Alonso Sánchez Baute

¿De dónde flores, si no hay jardín?

«Conmigo no se metan, galafardos, que en esto de ser garulla nadie me gana».

Jackson se crió oyendo novelas en la radio mientras su madre limpiaba baños. En un monólogo hipnotizante, narra su vida de sobreviviente de los suburbios con la sabiduría desafiante de quien, como los salmones, ha aprendido a vivir contra la corriente: una corriente de aguas tan caudalosas que si uno se descuida, se lo llevan todo.

A Gema su madre ha logrado transmitirle la conciencia de su fealdad y ahora busca en la prostitución lo que no sabe obtener de otra manera. Su relato, con la solidez y la potencia de una novela, narra el dolor de quien no tiene otro espejo que la imagen deteriorada de sí misma; pero el mundo que ha construido para sobrevivir es como un jardín en medio del infierno.

El protagonista de la tercera historia iba camino al éxito deportivo. Luego de ser violado su fe se vino a tierra. Y apareció la droga. El relato es la relación tierna, de soterrada violencia, entre dos desconocidos que se encuentran una noche en una situación límite cuyo desenlace está en manos de uno solo.

Tres relatos marginales, tres voces magistralmente construidas por Alonso Sánchez Baute.

Alonso Sánchez Baute

De dónde flores, si no hay jardín

ePub r1.0
Titivillus 09.01.2025

Alonso Sánchez Baute, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

¿De dónde flores si no hay jardín?

A Efraín Hinojosa
A mi hermano Julián

“¿De qué manera conserva su salud mental un marginado?”.

CARLOS MONSIVÁIS

Índice de contenido

Nunca echo sal a las heridas
Gema Almedrales: una biografía
No apto para espíritus sensibles

Sobre el autor

Índice de contenido

Nunca echo sal a las heridas
Gema Almedrales: una biografía
No apto para espíritus sensibles

Sobre el autor

Notas

NUNCA ECHO SAL A MIS HERIDAS

"¿El futuro?

¿Te refieres a los coches voladores y todas esas cosas?

No, nunca pienso en eso".

INSIDE LLEWYN DAVIS

"¿Quién no ha sido defraudado? No pensemos sin embargo que el culpable es un sistema, o la sociedad, o el Estado, o una persona determinada. Son nuestras propias ilusiones las que nos van defraudando. Todo comienza en el vientre materno y el descubrimiento de que hace frío allá afuera. ¿Y acaso es culpa del frío que haga frío?".

ANTHONY BURGESS

Mis tiempos de ñero han ido quedando atrás. Nunca nadie me enseñó a decir “Hola”, “Gracias” o “Buenos días”. Ahora hasta hablo bonito. Como un chico educado en un colegio colombo-gringo. Me he hecho fuerte a base de comer mierda y —bien biblia— sé que sólo puedo confiar en mí mismo. No creo en el limbo ni en la gloria ni en el infierno ni en la vida eterna ni en cualquiera de esos departamentos creados por Dios para atraer a ingenuos, aunque hay tres cosas que me enseñó mi cucho que nunca olvido: en la vida uno tiene que saber quién es, para dónde va y cómo conseguirlo. El resto de vainas las aprendí en la universidad de la vida… y de las chimbitas. No tengo plata para los tres golpes, pero nadie me quita lo bailado. Tampoco me dejo azarar del ambiente. Nací en el más bajo estrato social pero me adapto a cualquier terreno, así que cuando hay, hay y cuando no, pos ni modo. Soy como esos tigres que se atiborran cuando consiguen cacería pero la ven difícil en tiempos de apabullante sequía.

Tengo verbo, tengo pinta y hasta buena pinga. ¿Cómo no levantarme a la que me venga en gana? No es por chimbiar pero, tan pronto me ven el tumbao que tenemos los guapos al caminar, todas deambulan como moscas a mi alrededor. Los tipos también, pero yo a eso no le jalo. Sé que me desean por como me miran el paquete tantas vironchas que mueren por arroparme. Y por como se me insinúan. Pero si uno quiere ganar, de vez en cuando conviene soltar la cuerda. Me la llevo bien con las Jacarandas porque son buenos clientes.

Pero ¡hasta ahí!

Parezco joven pero no nací ayer: hace marras aprendí a peinar mi propia idiosincrasia, especialmente si se trata de pelear: cuando presiento que alguien intenta invadir mi territorio me limito a

mostrar los colmillos. Puede que no tenga la razón pero el mensaje queda enviado: conmigo no se metan, galafardos, que en esto de ser garulla nadie me gana: es cierto que tengo pinta de Pedro Navaja, pero soy más gonorrea que Juanito Alimaña. Al que no lo entiende se lo digo a mi manera: hay una diferencia entre ser un hijo de puta y ser el hijo de una puta. Yo soy ambas cosas. Quizás por eso me he vuelto solitario, pues cada vez son más las personas de las que huelo el peligro. ¿Por qué me temen? Lo tengo claro: no soportan la idea de ver al mismo nivel a alguien que viene de bien abajo.

En el diccionario hay palabras que en la realidad no existen. Bondad es una de ellas; solidaridad es otra; la justicia también es una farsa, así como la verdad, pues cada quien tiene la suya.

Esta que cuento es la mía.

Soy impaciente desde antes de nacer. Al menos es lo que mi madre dice por haberme parido prematuro. El silencio es una virtud que sólo les conviene a los peces: a nadie le gusta la gente callada. La toma o por güevona o por agazapada. Hablo con la velocidad con la que un boxeador reparte trompadas y vivo a cuarenta y cinco revoluciones por minuto, como me contó mi apá que aceleraron la salsa cuando —desde Cuba y Puerto Rico— llegó a mi Kali natal. Así de embalado me mantiene la cocaína que no dejo de esnifar en promedio cada veinte minutos. Ya me acostumbré al sabor del éter pegado a mi boca, a la carencia de saliva (que me obliga todo el tiempo a masticar chicles sin azúcar), al uso de Afrín contra la moqueadera, de los chastic para la resequedad de los labios, a la pedorrea de noche y de día o a la meadera por el exceso de líquidos que tomo para mantenerme fresco. Pero la droga me apalanca. No sólo me mantiene intensa la mirada y chispeante la memoria sino también la imaginación. Pensar con hambre no es bueno, pero soy tan astuto que cuando pienso mucho yo mismo me preocupo: me doy cuenta incluso de lo que no debo.

Que la realidad nunca es buena, es algo que aprendí desde niño: prefiero angustiarme en balde a pecar de güeva. Soy como esos vampiros que tanto me gusta disfrutar en la televisión. Sólo que en lugar de chupar sangre inyecto vida. Para muchos, soy un héroe nacional; para otros, el jíbaro más buscado de la ciudad. No soy un

peligro para la sociedad pero tampoco un lavaperros en el interior de la organización (más ahora, cuando la caída de los patrones ha ocasionado un aumento del detal). Navego mi nave como si fuera un bólido.

¡No como un boludo!

Sigo el ejemplo de Meteoro, mi héroe de la infancia. Desde niño soy adicto a los cómics y a los super-héroes. Vivo en una trama de película, manejando una química magnética con mis clientes: a cada uno le robo algo. No terminé la primaria pero escucho aquí y allá, grabando rápidamente en mi disco duro. Soy un hombre tan superado que hasta me copio la jerga de la gente con la que hablo. Me parezco a Bob Esponja, pero no por lo maricón —aunque a veces me haga— sino por lo que le absorbo a la gente. Nunca leo nada, ni siquiera los nombres de los almacenes que veo desde mi auto, pero memorizo todo lo que escucho. Por eso sé que el cerebro es moldeable como la plastilina y uno puede remodelar su mapa mental cuantas veces quiera. Aunque quizás mi sentido común se deba a que, cuando era niño, en casa casi nunca había carne pal almuerzo pero la cucha nos cocinaba hígado, corazón o menudencias mezclados con una buena pasta casera cada vez que podía, porque había escuchado de la señora para quien trabajaba que tragar mucho de esas vainas desarrolla la mente de los chinos.

Hablando de muñequitos…

Cuando era niño no sabía leer, pero me gustaban los dibujitos. Además de *El tigre de Malasia*, mi preferido era *Kalimán* porque tenía muchos enredos en la cabeza (y lo digo por su turbante). Todo por cuenta de que mi amá escuchaba la radio mientras hacía el aseo en los baños. Ella sólo era modelo los fines de semana. De lunes a viernes se encargaba de los baños públicos en la terminal, adonde me llevaba para evitar que me juntara con mi parche (aunque igual yo me le escapaba). Allá me la pasaba viendo salir buses a todos los pueblos del país a los que nunca he podido llegar. A las seis de la tarde, cuando volvía de trabajar, le gustaba sentarse en un banco de la cocina a oír un dramatizado llamado *La ley contra el hampa*; pero, mientras aseaba los baños en la mañana, el tiempo se le iba

escuchando en la emisora capítulos viejos de *Kalimán*. Con mi cucha, la radio era sagrada. Al escucharla, dejaba volar mi imaginación porque las historias de Kalimán siempre se desarrollaban en Oriente Medio, en Marruecos, en Italia… y solía imaginarme esos paisajes con unos sonidos impresionantes.

En lugar de ser hijo de una mujer que vivía de limpiar baños, soñaba con ser el descendiente caleño de algún faraón que, de tiempo atrás, se había perdido en mi barrio y ahora era perseguido por unos soldados que intentaban despojarlo de sus propiedades; que cuando nací fui abandonado en el interior de una canastilla a orillas de la quebrada de aguas yerbosas a los pies del Siloé y luego rescatado por mi cucho, que en realidad se llamaba Abul Pashá en lugar de Hospicio Sobrado; y que era el príncipe heredero de Kalimantán —Kali querido—, un reino que quedaba muy lejos, mucho más allá de los Farallones, al que algún día volvería para hacer justicia, enfrentándome a punta de yudo y karate a todas esas organizaciones criminales que habían hecho ricos a los ricos quitándonos a los pobres lo nuestro.

Uno de los personajes contra los que luchaba Kalimán se llamaba la Araña Negra, que en realidad no lo odiaba sino que tan sólo quería presumir ante el resto del mundo de haberse encargado de eliminarlo. Le decían así porque usaba un anillo tan venenoso que mataba todo lo que tocaba, pero era un hombre de nombre Martin Luker y siempre llevaba una máscara negra para que nadie supiera que el verdadero enemigo de la humanidad era él. Todavía recuerdo la voz en *off*, que en la radio, narraba su presencia con un acento muy misterioso diciendo algo así como: "Londres, seis de la mañana, el auto se detiene. En medio de la neblina aparecen las primeras horas del día buscando acabar con la oscuridad que de tiempo atrás se empeña en destruir nuestro planeta. Por fortuna existe la Araña Negra, que será la encargada de salvarnos de ese temible mal", y en ese momento entraba el fulano y se escuchaba de fondo el rechinar de una puerta y la voz impecable de Kalimán aconsejándole al pequeño Solín enfrentar siempre las inmundicias del mundo con serenidad y paciencia.

(Desde entonces asumí la filosofía

de que la vida hay que tomarla
con serenidad y paciencia).

En ese entonces, yo era el único Kalimán que no tenía Solín.

Cuando de nuevo me mandaron a vivir a Kali, no volví a saber de Kalimán. Como mi apá tenía televisor con antena parabólica y se cogían canales de Ecuador y Perú, me volví adicto a *Meteoro*. Por más que los amigos del barrio me invitaran a patear fútbol, no había poder humano que de lunes a viernes —entre las cuatro y las cinco de la tarde— lograra separar mi mirada de la pantalla. A pesar de saber que era el único varón entre los cuatro hermanos de padre y madre —o quizás por eso—, soñaba con conocer algún día a un corredor de autos del calibre de Rex, quien, por azares de la vida, terminaría siendo mi hermano; o que, por más problemas en los que me metiera, compartiría mi vida con amigos como Chispita y Chito. Incluso, como sabía que mis cuchos no se hablaban de tiempo atrás, cuando en las conversaciones con él la mencionaba a ella, la llamaba Mon Racer, como si fuera la vieja de Meteoro.

Las vueltas de la vida: con los años me he convertido en un dolor de cabeza para los tombos, a quienes —con serenidad y paciencia— me les piso en pique en mi propio Mach 5 al que todavía sueño con engallarlo bien áspero, instalándole en el centro del timón unos cuantos botones de neón que pueda oprimir para que protejan los neumáticos cuando mi nave pise determinado terreno, blinden el parabrisas contra las balas enemigas, transformen el auto en una nave submarina cuando atravieso los enormes huecos repletos de charco que abundan en esta ciudad o pueda —de llegar a necesitarlo— expulsar por el capó un robot en forma de paloma mensajera, a ver si algún día vuelven a dirigirme la palabra todas mis ex.

A pesar de que mi nave carece de todo eso, incluso cuando debo contestar la llamada de algún cliente o ponerme al día con los amigos que me escriben al Feisbú o me guasapean, conduzco de forma tan veloz que las autoridades ni siquiera han logrado saber en realidad cómo soy, aunque desde hace años llevo tatuada sobre mi espalda la diana imaginaria de un misil teledirigido.

Mi casa es mi carro. Por eso por dentro lo tengo vuelto mierda.

Entre las sillas y el suelo abundan desde ropa, cáscaras de banano, restos de Guoper y papas fritas untadas con kechu y botellas vacías de energizantes, hasta papelería de oficina. Aquí me juego mi pasado, mi presente y mi futuro, por corto que éste sea. Mientras me levanto de la última quiebra, le colaboro con el arriendo a mi cucha en su apartamentico de dos habitaciones —en un edificio esquinero en cuyo primer piso abren sus puertas cada día, entre las ocho de la mañana y las seis en punto de la tarde, un par de tiendas de zapatos—, ubicado en una calle perdida en el barrio Restrepo, al sur de la ciudad. Allí se mudó luego de vivir en Cazucá, tras quedar sola luego de que a su último marido le dieron chumbimba hasta que quedó muñeco por no pagar la cuota que le exigían para trabajar como busetero.

En este apartamento tengo un pequeño espacio, mi santuario, al que no permito que ingrese nadie. Ahí rindo la amarga pero muy blanca cocaína, que todavía compro religiosamente cada martes por la tarde, como desde los primeros tiempos. Pero en realidad soy de donde me cojan la noche y el día o, mejor, de donde no le dé papaya a la ley. Soy un hombre forjado en la carretera. Pero ¡no me hago mañas!

(Soy ese Hattori Hanso experto en
teletransportación y clarividencia
protagonista de los *Samurai warriors*, el
videojuego de lucha ninja que disfruto en mi
computador en las tardes de aburrimiento).

La gracia de la vida consiste en no dejarse atrapar: de los tombos, de las enfermedades, del amor (el que se enamora pierde igual que aquel a quien envuelve una ola hasta ahogarlo en las profundidades oceánicas). Por eso manejo un flou energético al cual los parceros le dicen “usted no llama tombo”, que consiste en sentirme un man de bien y creérmelo. No me da miedo cuando la ley me para en la calle porque actúo como esos mismos pelaítos de papi y mami a los que les vendo.

Huir es la levadura de mi vida. Huir del invierno, huir de la pobreza, huir de la discriminación, huir de la ley, huir incluso de mí

mismo, porque cuando no quiero pensar hundo el acelerador hasta el fondo y dejo que el carro me conduzca hasta donde quiera llevarme. Este es mi espacio propio en el mundo. Con todo lo que he visto y escuchado, no pretendo más. Me cansé de vivir como los salmones, de intentar abrirme hueco donde no quepo, de sentirme como una pulga empujando una catedral. De hecho, ni siquiera huyo: me la paso siempre buscando otro lugar y cuando ellos llegan yo ya no estoy, siguiendo la enseñanza que en alguna ocasión sopló don Pablo Escobar: hay dos años de gabela para esconderse en un mismo lugar. Es el tiempo mínimo que le toma a la policía descubrir el lugar exacto del cambuche.

Si este bólido hablara no solamente contaría anécdotas de sexo sino también de tristeza y desilusión. Aquí bailo y canto cuando me desborda la alegría. Me sincero sólo con mi cabrilla. Es mi verdadera historia de amor, la única que en realidad sabe quién soy, que conoce qué amo y a quién desprecio, que está al tanto de todos mis secretos. Tengo la tranquilidad de que no me va a traicionar, ¿o de veras alguien cree que los amigos guardan los tapados ajenos? La gente va y viene. Se mantiene a nuestro lado mientras le conviene. Sólo la calaca nos guarda lealtad eterna: a pesar de todas las personas que tenemos alrededor, la muerte es nuestra única y real compañera. Se pega a nosotros como una hermana siamesa desde el momento mismo en que nos engendran. Le tememos cuando se aparta de nuestro lado. Si la sabemos cerca le mamamos gallo porque hay respeto.

Los amigos de carne y hueso, en cambio, sólo nos acompañan mientras puedan utilizarnos. Por más que queramos creer que desahogarnos ante ellos nos ayuda a solucionar problemas, a nadie nunca le importa nadie más que sí mismo. Si otro extiende su mano es sólo para confirmar de qué manera le saca provecho. ¿Amigo? Amigo el ratón del queso. Creer sólo en mí mismo no es narcisismo sino ley de supervivencia. Este pichirilo es mi única compañía y por eso me deprimí cuando el Tránsito lo subió a una grúa y se lo llevó a los patios.

No por eso me dejo: que en ocasiones no tenga importancia para los demás no significa que carezca de identidad. La vida ya tampoco

me sorprende. La línea entre el bien y el mal ya la pasé y la que quedó naufragando por ahí me la olí en una sola noche sin pesar. Soy capaz de destazar a cualquier fiera en la mitad del aire, igual a aquella vez en la que Sandokán hundió su daga en la barriga de un tigre sólo por salvar la vida de su doncella.

Digo esto y recuerdo los gritos de cada una de mis exesposas insultándome cuando me les abrí, como si ellas no supieran que si me porto como un niño es porque no tuve infancia. ¡Lo bacano de ser hombre es confirmar que la vida es un juego y la infancia permanece para siempre! Nunca he entendido esa obsesión de las viejas por pretender humillarme llamándome inmaduro cada vez que me oyen hablar de Meteoro o de Kalimán, tal cual la frase que me escupió Oliberta antes de largarse para siempre: "Yo crecí y usted todavía sigue en pañales". Sin embargo, al inicio del romance, a ninguna le molestó que la llamara "Mi Leidi Mariana", que era la chacha de las películas de Sandokán. Oliberta se fue y otra vez volvió, la enésima al infinito vez, como siempre vuelven todas cuando les canto lo que quieren escuchar: "Mami, no me celes tanto que yo siempre me conmuevo con tu llanto. Yo sólo tengo ojos pa usted. Relájate, despreocúpate". Y así siempre. Van y vuelven, justificándose con una frase diferente. El cuentecito de siempre de que fue que tú que yo que no sabía y si acaso tal vez pero no sé en fin. "Ay, papi, no digas que te hago drama porque yo lo que soy es una comedia romántica" es la justificación predilecta, creyendo que con chistecitos cursis se arregla la vaina. Con tal de volvérmelas a culear sólo digo "Ajá". Si me conocen de antemano, ¿por qué quieren apendejarme tan pronto las desposo? Así son las hembras: se las tiran de bobas hasta el minuto siguiente de dar el sí frente al altar (y ellas juran que yo les creo cuando sé que esto simplemente forma parte del *show* de la evolución).

Me aburrí de que pretendan cambiarme. La que aspire a quedarse conmigo tiene que aprender a quererme tal cual, que entienda desde el principio que no soy un pirobito criado en algún barrio del norte, de esos a los que pueden manipular con sólo mover el meñique. Otro punto mío que llama la atención: si no fuera tan varón se irían con cualquier otro caribonito. Por fortuna, gozo de ambos beneficios, que es otra de las razones por las que

hasta el momento no he conocido la traición de ningún cliente. Todo entra por los ojos. La gente prefiere que en su casa u oficina los visite un díler bien pinta, del que puedan presumir ante sus amigos, antes que una garulla maluca. Como te sientes te ves, como te ves te tratan y si te ves mal te maltratan. Y no me disculpo: sé aprovechar las ventajas con las que me dotó papá Dios.

Dicho esto, recuerdo que, con la ilusión de hacer de su hijo el mejor jugador del mundo, el otro día una dienta me dijo justo al salir a llevarlo al costosísimo entrenamiento de fútbol que semanalmente le paga: "Antes que golear como Messi, ojalá cuando grande mi muchacho se parezca físicamente a Ronaldo". Así funciona el mundo y lo bonito es lo que arrecha. Podría asaltar la casa de alguna dienta, y hasta violarla si se me diera la gana… Esto último lo he hecho en más de una ocasión. En lugar de denunciarme, esas son las que con mayor frecuencia me llaman a pedirme que les lleve lo suyo.

Entre más malandro es uno, ellas más lubrican. No hay nada más rompecauchitos. Se les moja la chochita cuando uno se porta mal porque a la mujer le encanta el palo (y por cualquier lado que se entienda es literal). Se colocan en mud maternal convencidas del cuento de que nos van a "regenerar". Aunque al final quien las cambia soy yo porque, al conocerlas, todas las que luego fueron mis mujeres eran burras, conmigo dejaron hasta de fumar y todas luego se amaron entre sí porque las mujeres son lesbianas por naturaleza. Hasta mi amá debió de haber tenido su desliz en algún momento. No me abochorna decirlo. Soy un hombre de ideas abiertas y no juzgo a nadie.

De un tiempo acá se me olvidan los temas de los que hablo. ¡Ni recuerdo cuando hablaba de corrido! Cada vez me pasa con más frecuencia: por ir tan rápido las ideas se me desparraman en el cerebro. Como dice un amigo, inhalo pero no hilvano. Sucede porque mi cerebro anda a mil. ¿Ya se lo dije? ¡Qué importa! Quiero esto y aquello al mismo tiempo precisamente porque nunca tuve nada. Los juguetes de mi niñez los arrastraba el fango cada invierno. Tampoco tuve un hogar constante, siempre pasando de las manos de mi amá a las de mi apá, de una ciudad a otra, de este

barrio a aquél, lo cual sigue siendo igual ahora que debo movilizarme por toda la ciudad entre las casas y oficinas de mi extensa clientela con tal de evitar a la autoridad.

Antes de hablar de lo que soy, cuento de dónde vengo.

Mi cucha trabajaba como modelo (aunque nunca la vi en la tele ni nos mostró su foto publicada en alguna revista). En la pila recibí por nombre Jackson porque el año en que nací la canción que más le gustaba a mi apá era *Thriller*. Jackson Sobrado. Así, a secas. Soy el menor de los cuatro y quien más ha vivido junto a la cucha. Las dos mayores se preñaron cuando éramos muy pelados. Luego cada una se fue por su lado con su respectivo marido. Con el paso del tiempo, una se le fue al suyo mientras que la otra se aguanta al de ella, al tiempo que él también vive con otras. La que iba justo encima de mí un día salió de casa y nunca nadie nos dijo nomás sobre ella. Se llamaba íngrid y mamá decía que era muy problemática porque siempre le andaba preguntando por qué llegaba tan tarde en la madrugada o por qué cambiaba tanto de marido y todas esas cosas de las que a mi cucha no le gustaba dar explicación.

Le gustaba que yo la acompañara a sus vueltas porque sabía que era un cagoncito que tragaba entero. Era bien chusca. Se arreglaba con buen colorete y el cabello rebujado. Una vez al mes me decía "Vamos por lo del arriendo". Entonces vestía sus mejores pintas, con blusitas ombligueras y pantalones reapretados. No sé cuál era el bisnes que tenía con el hombre, un man ahí que era como el encargado de parcelar la tierrita de Cazucá. Mientras yo me quedaba en la salita de espera, ella entraba a su oficina y se encerraba por largo tiempo a charlar con él. Debían tener una buena parla, porque duraban harto rato hablando.

Mi amá una vez llegó borracha y terminó echando a mi hermanita de nuestro tejado. Tenía como once o doce años y a los pocos meses volvió muy calmadita con el rabo entre las piernas. ¿Dónde estuvo? ¡Ni ella sabe! Ni siquiera abría la boca cuando mi amá nos puteaba por cualquier babosada. Breve tiempo nos quedamos los tres solitos, justo hasta que mi cucha se levantó un marido que un día —aprovechando que los cuatro dormíamos en el

mismo colchón— intentó meterle mano a mi hermana. Yo me le enfrenté como una fiera y hasta le clavé un tenedor en una pierna. Al llegar de trabajar mi amá esa madrugada encontró la casa hecha un nuevedeabril, pero el muy galafa se la llevó al baño y, al salir de allí —varias horas después, luego de que los escucháramos jadear y jadear—, nos llamó mentirosos antes de gritarnos que no lo iba a dejar porque los hombres escaseaban y nosotros ya estábamos bien grandecitos y sabíamos cómo defendernos en la vida. Ingrid cogió camino esa misma noche y ya nunca jamás volvimos a saber de ella. Yo al principio me tomé el asunto con serenidad y paciencia. Al par de días llamé a mi cucho y me pisé pa Kali, reencontrándome con mis compadres de la infancia en ese barrio chungo abundante de negros bacanos donde crecí, llamado Siloé.

Kali fue la ciudad donde nací y Siloé el barrio donde me parieron. Mis apás vivían en idilio eterno, pero cuando se peleaban convertían la casa en zafarrancho. Los gritos eran lo de menos. Puños, patadas, sillas por el aire, mesas por el suelo. Cuando me olía aquello corría a encerrarme en el baño, me bajaba los pantalones y me sentaba sobre el inodoro a ver revistas de muñequitos durante horas enteras pensando que el único momento que tiene un hombre para estar consigo mismo es cuando está cagando. Mi hermana decía que yo era un egoísta porque en aquellos momentos las abandonaba en medio del zaperoco.

Yo debía de tener siete u ocho años cuando los cuchos se dejaron. La última vez que los vi juntos ella terminó en un hospital herida por un balazo. Mi memoria de ese día es borrosa, pero mi apá luego se justificó afirmando que fue ella quien lo empujó a eso, que él nunca quiso hacerle daño, que la había seguido amando y que todavía pensaba en ella más de lo que debería.

Los cuatro hermanos nos vinimos con ella a Bogotá. En esa época mi amá mudaba de casa con frecuencia. De Kennedy pasamos a Suba; de Suba, a Usaquén; luego al sur, en el México; de ahí a Lucero Alto, donde conocí al parcero ninja y a Yeisón Moscarda. Antes de los diez años ya había dado quimba por todos los laberintos fronterizos de esta ciudad, esos a los que Salvador Huerga llamaba “el *slunT*.

Con su figura mestiza y su piel arrugada, pero sin perder nunca

esa carcajada de castañuelas que respiraba alegría aun en los momentos de mayor tristeza, con mi cucho también estuve siempre de un lado a otro. Ya murió, a los cincuenta y pocos. Los últimos años le tocó mendigar para sobrevivir. Fueron tiempos difíciles que pasamos entre Kali y Bogotá.

¡Me da coraje cada vez que recuerdo cómo nos humillaban!

Primero vivimos donde una tía con mi apá y su nueva mujer, una cachaquita que trabajaba como doméstica y se había ido a vivir a Kali siguiendo el picante de la salsa. Victoria Cruel, que así se llamaba pero por cariño le decíamos Vito, fue la que me descorchó recién llegué a vivir con ellos, una vez que él salió temprano a buscar dinero y ella estaba de descanso. Era una mujer bajita y de cintura delgada —pero pechugona—, que en ese momento debía bordear los cuarenta. También tenía dos hijas, unas medio hermanas mías que eran mucho menores que yo. Según me contó el cuate —que conocía todas las miserias del barrio—, a la mayorcita "el ejército la volvió catrina por andar de soplona de la guerrilla". Para evitar juicios y explicaciones, la trocearon en mil pedazos y cada uno lo sepultaron lejos de los otros; la menorcita, también lo supe por él, mi madrastra —que nunca hablaba de ninguna de las dos, ni para bien ni para mal— la regaló o la vendió o se la entregó a una familia "bien" de ahí de Kali para que la criara. Qué importa: en cualquiera de los tres escenarios da lo mismo. Lo importante es saber que de esa otra hermanastra tampoco más nunca volví a saber.

Fue Vito quien, a los diez años, me enseñó eso que mientan "el pecado de la fornicación". Recuerdo que nos quedamos durmiendo hasta tarde esa mañana cuando comenzó a abrazarme y a tocarme por todas partes. A mí antes el pipí ya se me había parado pi veces, pero en esa ocasión fue diferente porque ella comenzó a frotármelo y, luego de bajarme el calzoncillo, se lo llevó a la boca por un muy buen rato. Cuando comenzó a hacerlo sentí mucho calor. Se me puso tan duro como brazo de albañil. No sabía si aquello era bueno o era malo pero la vaina me gustaba. Luego se me sentó encima y me empecé a asustar cuando sentí que se me iba a vaciar y se me saldría el alma por el pipí. De repente pensé "Dios mío, me morí", pero después de volver a respirar me di cuenta de que seguía vivo.

Ha sido la única ocasión en toda mi puerca vida que me he venido bien rápido.

Lo que más me arrecho fue el miedo de saber que papá podía volver a casa en cualquier momento. Esa vaina me desbocó la taquicardia. Sentí que el corazón me iba a estallar. Era un placer igual al que ahora siento cuando los tombos me pistean los talones mientras conduzco raudo por entre los charcos de esta ciudad.

Ese mismo acelere lo repetimos varias veces cada vez que mi cucho salía y quedábamos solos en casa. Durante más de un año, al menos una vez a la semana Vito se ocupaba de que aprendiera a conciencia todo lo que tenía que saber sobre lo que les gusta a las mujeres que les hagamos los hombres, que no es sólo cosa de meter y sacar. Más que con mi juguete, aprendí to'l placer que podía generar con la lengua besando, goloseando, estrujando, mordiendo.

Lo bueno termina por aburrir. Llegó el día en que Victoria no me motivaba. Le hacía la segunda por puro favor. Mi espada, fina pero bien larga, se asemeja por su forma a la cimitarra que usaba Sandokán. A Vito le encantaba la contundencia de los cabezazos con los que, cuando se me templaba como el acero de Damasco, la estremecía de un lado a otro en lo profundo de su funda. Por sus gritos de placer, sabía que la hacía conseguir varias veces el orégano, esa mata con la que confundía el orgasmo cuando era un pelaíto. Ahora, por más de que le daba y le daba, la mayoría de las veces no me venía. Una vez me montó *show* gritándome que, a pesar de que se me paraba y tal ya no me corría igual que antes, cuando la inundaba de leche e incluso seguía dándole fuetazos sin siquiera sacársela.

Comenzó primero con la rémora de que ya no me gustaba. Luego se le dio por burlarse con el cuento de que no era lo suficiente varón o de que yo sólo producía natas porque era tan hembra que hasta me había secado las güevas. Entonces mi daga se deprimía, se ponía toda chiquitica negándose a hacer faena. Y eso para un hombre es muy duro: saber que no puede hacerse respetar a pesar de empuñar una picha bien enhiesta. Eso es muy duro.

Un día masculló entre estruendosas carcajadas que se me chorreaba el helado y que quien de veras me la levantaba era el güey mexicano con el que me la pasaba. Esa vez no pude contener

la humillación y, con un *jab* de izquierda, 33 machaqué mi rabia sobre su cara porque, cuando toca, a las mujeres hay que saberlas amansar. ¡Nomás toréenme y verán! No a todas, porque no a todas se les olvida cuál es su lugar en la relación. Incluso en ocasiones lo provocan a uno sólo para confirmar hasta dónde las dejamos llegar. Si no les damos lo que buscan, de que la montan la montan las hideputas… Y que nadie me mire golpeado porque con Vito aprendí que, cuando ellas lo exigen, uno como hombre no puede ser inferior a su responsabilidad.

Llegó el momento en que, por más que Victoria me tocara, ni siquiera se me mosqueaba. En cambio, con las otras del barrio la cosa era diferente. No hubo una sola chimbita de Siloé a la que no barbeara hasta conseguir lambetear. Depredaba especialmente con la llegada del día, cuando los papás y los maridos se iban para su chamba, por lo que un cuate mexicano que vivía en el barrio, con el que me juntaba desde que me despertaba, comenzó a apodarme el Chacal.

Cuando ya todo lo bueno había sido ensangrentado con mis colmillos, no encontré mayor reparo en carroñar de las feítas, porque a ellas también había que hacerles el mandado. Después de todo "Está medio gordita pero chupa chévere, eso en cuatro no se ve, despué de ocho tragos y un par de percosé, con la luz apagá eso no se ve". No voy a justificarme alegando la vieja frase de que todo hueco es trinchera, pues la verdad es que a esa edad cualquier hembra me disparaba las feromonas. Con el tiempo, eso de acostarse con puros gurres me enseñó una gran lección: siempre resulta útil crear deudas de gratitud, especialmente de las mujeres.

Antes que en clavar encuentro opio mineteando: eso de que mi lengua se pierda por los contornos de la entrepierna me arrecha más que venirme. También prefiero lametear porque el consumo reiterado de perico me juega malas pasadas. A veces, cuando estoy desnudo y encuentro mi potente máquina de hacer bebés infinitamente minúscula bromeo conmigo mismo como para subirme la nota: "¡Mirá ve! ¡Qué avechuchito más tiernito!". Me toco las güevitas adormecidas y, por más que me la meneo de lado a lado o de arriba abajo, pocas veces consigo despertarla. Pero cuando logro ponerla a trabajar —¡ay, Dios mío!—, hay que ver

cómo esa vaina encabrita más que un toro bravo.

De tanto sildenafil que debo usar para poder empitonar a alguna hembrita cuando he abusado de la coca, en ocasiones el dolor en las güevas se hace insoportable por la dificultad para eyacular. Una vez estuve a punto de visitar la sala de urgencias de un hospital porque duré dos días con una parola que no se me bajaba ni metiéndola en una palangana repleta de hielo. Me sentía como ese tal Príapo que una vez mentó Salvador Huerga, así que aproveché y me saqué un par de retratos que colgué en las paredes de mi habitación pues, según sus palabras, después de que aquel volcán destruyó Pompeya se mantuvo en pie la casa de unos esclavos libertos que lograron hacer fortuna por tener en la sala de su casa la imagen de este personaje, que servía para ahuyentar el mal de ojos y la envidia, ese fruto que tanto se cosecha por esta tierra.

En todo caso, la mayoría de las veces —así lo intente— ni siquiera me corro. Incluso cuando me pajeo me gusta tocarme durante horas enteras pero sin estresarme por no venirme. Por más que me guste una hembra, "tener que cumplirle" no va conmigo… Antes me preocupaba por eso, pero ya aprendí que a la mente humana también se la puede masturbar así que, con tal de no sentirme mal, me comí el cuento de que eyacular es como… ¿qué digo?… el final.

Por la misma vaina de que no me gusta venirme, cuando me aburrí de la primera de mis esposas ella decía que yo era un impotente que no estaba acostumbrado a regalar cariño. A pesar de todas las veces que le hice ver el cielo con mi lengua, se quejaba —¿quién las entiende?—, alegando que nunca termino nada de lo que comienzo. Según gritaba, por no correrme "yo no creía en el futuro de nuestro amor" y no eyacular complicaba "nuestra relación afectiva" (¡vaya películas que se inventan las mujeres en su afán por agüevarnos!). Nuestro matrimonio acabó el día que sabiendo ella —porque ya lo habíamos hablado pi veces— que la palabra es como un grifo de agua que cuando se abre no hay manera de recuperar la que ya ha corrido, justo por los días en que mi encoñe por ella atravesaba por una cuerda muy floja se dedicó a chincharme en medio de una tostadera, delante de tantos otros que también se emborrachaban tomando vino de tetrapak, con el cuento de que yo

era tacaño incluso con mi leche. ¡Y eso que en apenas cinco años ya le había hecho cuatro hijas!

Tan pronto la escuché vociferar aquello me la pillé de reojo como queriendo decirle "No alentés a mi bestia interna que, como la de Adán, fue hecha de barro, así que mi voluntad también se resquebraja". No sé si por bruta o por boba, al rato volvió a vomitar la misma infamia. Yo a las mujeres las respeto, sobre todo en público, así que me

mordí los labios para sujetar con fuerza aquel instinto salvaje que por naturaleza los hombres engendramos a flor de piel, pero pensé regarme en prosa recordándole lo floja que era en la cama, pues era de las que se acostaba y lo obligaba a uno hacer to'l trabajo, como esas hembras que se convencen a sí mismas del rollo "Aprovechá que no todos los días te levantás a una como yo: soy un lujo que no cualquiera se puede dar".

La tercera vez que repitió lo mismo traje a mi memoria la frase de mi cucho de que cada quien debe estar a la altura de su mala reputación. Con semejante periquera que tenía en la cabeza en aquel momento, no tuve que pensarlo dos veces antes de sorrajarla a patadas delante de todos, pues —ni siquiera hay que advertirlo— uno con las mujeres siempre debe comportarse en modo cabrón, porque es la única manera de hacerse respetar.

Por aquello de que no hay nada que le caliente más los calzones a una vieja que recibir una buena muenda, esa madrugada ni siquiera me dejó llegar a la casa porque, con tal de no permitir que se le alborotara la culpa, me obligó a papeármela en la parte trasera del *jeep*. Al día siguiente, alegando que iba a dejar de ser tan choucera, se le dio por la rogadera de que la perdonara. Pero la cagada ya estaba hecha y mil disculpas en privado no borran un solo agravio escupido en público.

—¿Vas a cambiar? —vomité en su cara, ¡y con lo carnudos que a mí me salen los insultos porque me brotan de lo más profundo del corazón!—: no me vengas con esa mierda, que la gente actúa como los demás esperan sólo mientras consigue lo que quiere.

Solté aquello para no dejarme mangonear. No soy de esas personas afanadas por cambiar a los demás. ¡Bastante me han jodido las mujeres pretendiendo moldearme a su acomodo! No las

entiendo: se casan con un hombre barbudo y al día que sigue al de la boda montan camorra para que se afeite. Y eso no es así. Cada quien es como es y no hay más nada que agregar. Es posible que en algún momento, tarde o temprano, la vida nos obligue a mudar algunos hábitos, pero nuestra esencia seguirá tal cual como desde fábrica siempre ha sido. Es mejor caminar por otro rumbo —esto me lo hizo notar Salvador Huerga—, acompañándose de aquellos con quienes, en determinado momento, cada quien se sabe cómodo. "No sólo de pan vive el hombre ni sólo habita en la casa del Señor", recuerdo los sabios consejos de este amigo. "En la medida en que la amistad entre dos personas corre por un mismo cauce, tiene sentido —y filosofó mucho más—: la honestidad es la savia de la nobleza. Sin nobleza no hay respeto, ni mucho menos amistad".

Si en esa reunión sólo hubiera habido mujeres, los gritos de esta hembra quizás me habrían valido verga. Pero buscar ofenderme delante de otros cabrones, así fuera —como lo eran— una parranda de bobitos con plata (porque Dios le da pan a la gente sin chapa), no podía pasarlo por alto. Después de aquella escenita de telenovela a esta hembra me le abrí bien rápido. Se lo había cantado en do re mi fa; le había advertido en todos los tonos que no buscara lo que no se le había perdido, pero uno les habla en serio y ellas lo toman por mamadera de gallo. La hembra sabía que soy un Hattori Hanzo experto en técnicas de combate ninja,

que con la fuerza de mi puño una vez, a su lado, le partí tres dientes a un muchacho de una sola trompada. Y ahí está: ese día, después de culeármela en *e\jeep,* terminó en un hospital.

La curaron, la dejé en la casa y me largué a tirar calle. Me fui por ahí, a deambular por la ciudad. Cuando volví a verla un par de días después la encontré convencida, manduco en mano y otra vez lagrimeo de actricita de reparto en Televisa, de que todo ese tiempo me había espabilado en los brazos de otra pelada cuando en realidad durante esos dos días no había hecho más que conducir mi Mach 5 sin rumbo fijo, tratando de llorar estos ojos que se han de tragar la tierra sin conseguirlo, porque soy tan varón que debo usar gotas para refrescarlos. Nunca lloro (más de una vez me hizo falta, pero a todo se acostumbra el hombre), ni siquiera lo hice en esa ocasión cuando, arrastrado por el remordimiento de lo que le había

hecho, me sentí como puta en Semana Santa: todo pálido por dentro. Si algo pesa más que la culpa es la responsabilidad de ser macho, de tener los bemoles necesarios para actuar cuando toca. Todavía me da vueltas el arrepentimiento por haber tenido que darle aquella golpiza. Pero cuando a uno lo humillan la única herramienta que tiene a mano es la violencia; esto de ser macho es un chip muy berraco que a uno le incrustan en el cerebro desde bien pelao y al hombre que no hace lo que le toca lo matonean como a una loca: desde esa noche los amigos me respetan y las mujeres me desean.

A mí, que ni siquiera acabé la primaria.

Lo bueno hay que reconocerlo: esa primera esposa me enseñó a comer decentemente usando cuchillo y tenedor en lugar de sólo cuchara, así como de la segunda aprendí a vestir bien y a la tercera le debo este hablar bonito que cada día mejoro más.

Para engañar se necesita a alguien que se deje engañar y las mujeres —que saben que, como buenos machos, nos gusta jugar al plan del rey león que no permite que nadie se atreva a rozar su manada—, con tal de tenernos como perritos falderos lamiéndoles la mano, se hacen las bobas poniendo carita de yo no fui, y hasta lloriqueando, cuando confirman que las otras tácticas no les dan resultado.

Ya no les como cuento al escucharlas hablar de amor y de que les encanta el plan romanticón de ser invitadas a ver películas en las que ni hay patadas chinas ni matan a nadie, y hasta cuando fingen que no les interesa el sexo sabiendo en realidad que todas quieren culear siempre y cuando haya dinero de por medio. Las hembras llegan y se van por idéntica razón. Yo les sigo el juego hasta que me aburro de tanto sexo y de tanta manipulación con llanto y drama barato. Entonces Ies repito el verso “Devuélvete para la Academia Charló a ver si memorizas la escenita treintaidó que, por lo que veo, tú no naciste para la actuació”, dejándoles ver que de lo que buscan yo no estoy dispuesto a darles tanto.

Y se largan,

me dejan vuelto mierda y ni lo sospechan,

con la mirada escaldada y el corazón encendido.

Ay, las mujeres, divinas y todo como canta el Chente, que si alguien opina diferente debe ser porque jamás lo han traicionado. ¡Cosa que dudo! Igual, no puedo quejarme porque, siguiendo el ritmo de ese mismo canto, "las horas más hermosas de mi vida las he pasado al lado de una dama".

Además, de todas a las que me he echado simplemente por joder, tres veces hasta ahora me han anillado. Puedo asegurar que las peores son las costeñas. Son las más jodonas. Y las que más piden. Todo es dame y dame y dame. Eso sí: son las más hembras en la cama. No lo niego. Un catre impresionante. Pero saben cobrar por lo que hacen. Y Ies gusta un aparentado como a ninguna otra. Peor que las novias resultan las suegras. Maquinales, ambiciosas, más frías y calculadoras que un ajedrecista. Sólo les interesa la plata y la posición social. En ese orden. Ni siquiera lo disimulan. De entrada, exigen llevar a vivir a su hija a tal o a cual lugar de la ciudad donde la gente se descreste.

He perdido mucha plata en eso, que es la razón por la que ahora ando tan llevado.

Vuelvo al sur, a cuando me fui a vivir a Siloé con mi cucho.

Para entonces, mis tres hermanos mayores —los que tuvo mi apá antes de arrejuntarse con mi amá— se habían casado y armado cada uno toldo aparte. A pesar de que a mi apá cada vez se le acentuaba más la enfermedad, ninguno de ellos nos ayudó a pagar los servicios. Alegaban que el cucho había derrochado a manos llenas su dinero sin darles el más mínimo céntimo y que se había buscado ese final de soledad y enfermedad. Claro: como no había herencia, se largaron rapidito. Los pobres somos muy prácticos: ¿para qué disimular cariño cuando sólo nos van a dejar un televisor? (en mi caso se trató de una "guacharaca" que supe esconder a tiempo: tras la muerte de mi apá, esos mismos hermanos reaparecieron y, aprovechando que yo era apenas un cagón, entre los tres se repartieron las miserias).

Al principio me parecía muy charro que lo trataran así de mal, pero con el correr de los tiempos he comprendido que todos los hijos hacen exactamente igual, humillando a sus padres tan pronto

éstos se convierten en muebles gastados. En cambio, quizás porque ya no era más que un hombre débil que ni siquiera osaba llamarme la atención al enterarse de que yo la había cagado en algo, el viejo conmigo siempre fue un bacán. Por ejemplo —y es de las cosas que le agradezco—, nunca me soltó una palabra cariñosa, temiendo que, al hacerlo, pudiera manquearme. O, sabiendo cuánto me gustaban, me llevaba a los teatros Calima o Bolívar cada vez que a Kali llegaban películas de Sandokán. Por eso no puedo quejarme, pero tampoco porque me tuvo a su lado hasta el día aquel en que me mandó de regreso donde mi cucha luego de enterarse de que estaba llevando armas a guerrilleros, ladrones y bazuqueros.

A ellos llegué porque nos fuimos de aquí pa Palmita. De ahí nos devolvimos otra vez a Kali, al mismo barrio donde azoté baldosa hasta los ocho años. Allá también lo humillaban mucho por lo del alquiler y esas cosas. Entonces él decidió comprarse un ranchito, abonando la plata poco a poco. Le costó como dos millones quinientos, que era un montón de lucas. A Vito también la aplastaban porque a ella le tocaba hacer todo en la casa donde trabajaba y, a pesar de que había otra mujer que podía hacer lo mismo, a quien se la montaban era a mi madrastra. Ella lloraba mucho y por eso mi cucho compró la tierrita en Siloé, donde armamos nuestro cambuche con madera y tejas de latón.

En aquel entonces las calles de ese barrio en las lomas de Kali, destapadas y polvorientas, no eran más que trochas apestosas de toda suerte de porquerías por las que durante los inviernos resbalaba con furia el agua, arrastrando las pocas pertenencias —y hasta la historia de más de uno— de to'l vecindario; aunque algunos, mediante cables extendidos desde la quinta, robaban energía, la única luz que nos acompañaba en las noches provenía de velas y lámparas de gas de las pocas familias que tenían con qué comprarlas; por fortuna, a nuestro alrededor todavía había mucho monte y a los niños nos mandaban desde muy temprano a tumbar leña (que cargábamos en hombros, y de ahí el cuerpo de bultero que todavía conservo) para luego armar el fogón en los patios sin pared donde se cocinaba, a la vista de todos, en casas de paredes descascaradas donde se agolpaban familias extensas que por colchón dormían en el propio suelo; casas cubiertas con techos de

cinc que conservaban de día y de noche un pegachento calor sofocante, que hacía de las habitaciones —incluso en las noches de mayor fresco— lo más cercano a lo que debe ser un horno crematorio.

Tampoco había alcantarillado, así que cagábamos en una bacinilla y luego tirábamos la mierda a las aguas del arroyo que pasaba cerca, ese mismo en el que soñaba que un faraón me había abandonado cuesta abajo, recién nacido, al fondo de una canastilla. A varios amigos con los que a diario jugaba se los llevó la calaca disfrazada de disentería, de cólera, de gastroenteritis, de paludismo, de dengue hemorrágico: ya hasta olvidé el nombre de tantas enfermedades que nos regaló la zancudera que, al final de las tardes —especialmente durante los inviernos—, merodeaba por el barrio como nube tan espesa que parecía un engrudo. Otros, en tanto, nos hicimos más fuertes bebiendo todas las porquerías arrastradas por ese río que cruzaba a los pies de aquel abismo tropical. Tantos amigos muertos ayudaron a forjar en mí algún grado de importaculismo: si no morí fue por algo. No en vano todo lo que no mata lo vuelve a uno más hijueputa. Quizás la vida me tiene deparada la sorpresa de convertirme algún día en una especie —ahora sí— de hijo de un faraón para que vuelva a deambular entre sus calles impartiendo la justicia que tanto se necesita.

¡A veces eran tales el lodo y el vicio y el espanto y la basura y el olor a mierda y la depresión y la repugnancia y lo podrido, que hasta las ratas huían despavoridas de aquel barrio con tal de no ser arrasadas por la miseria humana!

Es curioso: siempre que recuerdo los años en Siloé se dibuja una leve sonrisa en mis labios. A lo mejor si hubiera nacido en El Chicó de los bogotanos hoy sería algo así como un músico aburrido —estoy pensando en cierto cliente mío— con ínfulas de intelectual: mamertos a los que no les interesa escarbar en el túnel de nuestra realidad y en su lugar viven atentos a lo que acontece con la realeza europea “rubia y adinerada”, como ellos juran que son todos los de por allá, al otro lado del charco. Habiendo crecido entre gente que criaba puercos mientras espantaba moscos, conservo con mi pueblo una profunda conexión.

Para colmo, nací sietemesino a principios de un agosto, que es cuando en mi Kali bella las abejas y los colibríes revolotean de árbol en árbol chupando con sus picos el néctar de los guayacanes florecidos, el alegre naranja de los cámbulos y el femenino violáceo de los gualandayes. Me acuerdo de niño correteando por entre los bosques vecinos detrás de libélulas doradas y de erráticas mariposas que columpiaban sus tules al viento, o fastidiándome en las noches de insomnio, cuando no me arrullaba el chischís persistente de la lluvia sobre los techados de latón, con el canto cercano de las ranas y las cigarras.

No me avergüenza admitir que crecí entre su polvo sabiendo que, más que un barrio, fue la universidad donde no sólo me profesionalicé sino incluso obtuve una "maestría en la vida", sin contar la gozadera con la que mis pies aprendieron a moverse con rapidez, como las algas llevadas al ritmo de las olas, al son de esa salsa que tanto amo.

A pesar de lo corrupto y degenerado que se advertía en todas esas casas sin pintura en la fachada por tantas cosas que entre sus calles a diario sucedían —además de la alegría con la que cada quien encaraba sus desdichas—, nunca he conocido un barrio más colorido. Creo incluso que el único amigo verdadero que he tenido fue aquel carnal mexicano de infancia. Tampoco volví a ver a su mamá, a la que me eché un par de veces aprovechando que la vieja vivía en una eterna tusa desde que el charro que la embarazó la devolvió a Colombia con su pelaíto a cuestas.

A veces pienso en él y se me encharcan los ojos. Y se me pone la vocecita chillona…

Nunca más volví a saber de él y me pregunto "¿Cuándo es el último día que vemos a alguien?", y me pregunto también si los caminos que se van bifurcando alguna vez se reencuentran, así sea en el infierno, o si tan sólo quedarán para siempre amarrados en algún tronco frondoso del pasado. Con los años he confirmado que sólo somos memoria. ¡Pura memoria y nomás que memoria! Por eso, en la medida en que envejecemos el corazón se va achicando al convertirse en una especie de cementerio de todos esos recuerdos que, por andar buscando tanto la felicidad, nos hicieron felices cuando no sabíamos que éramos tan felices.

Cada vez que busqué que mis hermanos mayores me ayudaran con los gastos de la enfermedad del cucho, rajaban de él. Cuando le preguntaba las razones que los habían distanciado, mi apá recurría a la virtud de los peces. Ahora sé que los viejos deshilachan sus recuerdos porque les conviene, porque la memoria no es más que dolor. Lo supe tiempo después, cuando comencé a acompañarlo adonde el médico. Durante esas largas horas en la sala de espera de los hospitales —y sin que se lo preguntara— mi apá hablaba con cariño de todos ellos, recordando el día en que enseñó a patear fútbol al mayor o la primera vez que entró a una sala de cine a ver *Estarguar* porque otro de ellos tenía un muñeco que se llamaba como el robot Arturito, o una vez que se robó una bicicleta porque el menorcito se había enchichado porque quería que el Niño Dios le regalara una a fin de año. Y así, muchas anécdotas más de cada uno de esos tres hermanos que eran al tiempo casi como sus hermanitos menores porque los engendró antes de cumplir los dieciséis. Ahí fue cuando me di cuenta de que mi apa no era ese tipo hosco, impenetrable, de pocos amigos que, salvo las contadas veces que se permitía soltar una que otra frase que lo volvía cercano, se caracterizaba por ser una persona ausente, indiferente ante los demás. En realidad era tan tímido que utilizaba ese caparazón para ocultar sus miedos, especialmente el miedo a sentir. Y fue ahí también cuando aprendí que la familia no se quiere por compartir sangre, sino por tener que soportarse mutuamente durante tantos años.

Al año de que mi apá comprara la parcelita llovió tanto que hubo un derrumbe y el agua se lo llevó todo. Guardo la imagen de la corriente arrastrando con nuestros peroles, incluido el televisor en blanco y negro que sus jefes le habían regalado a mi madrastra para que, al regresar a casa sin fuerzas cada noche, se divirtiera siguiendo el rumbo de la telenovela y hasta para que tuviera con qué obligar a mi cucho a quedarse frente a esa pantalla los sábados y domingos. A pesar de su enfermedad, al hombre le gustaba cervecear solitario pillando los partidos de fútbol.

Pero se derrumbó la casita y tocó volver a levantarlo todo.

Y a ese otro ranchito también se lo llevó el siguiente invierno.

Me sentía como una pelota de pimpón porque otra vez nos vinimos para Bogotá, pero al par de meses nos devolvimos a Kali. Habiendo crecido dando quimba entre la buitramenta oculta tras las callejuelas, nadie me ganaba cuando corría a esconderme por entre las empinadas escaleras de ese barrio de inmundicias donde abundaban los atracos, las peleas de borrachos, los insultos a grito herido entre las mujerzuelas, el reguero de sangre que descendía por los sardineles y las escenas de lujuria destemplada. Mientras aprendía a bailar el pasito cañandonga que los salseros heredamos de Jimmy Boogaloo, más de una vez me salvé de atravesármele a la parca en los tiroteos habituales que, por igual, podían escucharse fortuitamente de noche o de día. Ahí fue cuando comencé a conocer gente de las lomas donde vivíamos y a andar en gavilla con amigos mucho mayores que yo.

Como veía que a la casa no llegaba plata y a veces no tenía ni con qué ir al colegio, me metí como pude al llavero de un par de ellos. Pronto comenzaron a pedirme mandados como para ver si podía serles de confianza: que a buscarles cigarrillos, que a comprarles chicles. Esas cosas. Por cada vuelta que les hacía me daban una platica mientras me decían "No nos gustan ni los sapos ni las ratas". Al principio no creían mucho en mi lealtad porque en el barrio me llamaban el rolito por los tres años vividos en Bogotá, pero les dejé saber que, como dice un cliente vallenato, éramos "cucarachas del mismo calabazo". Los veía intrigar a voces bajas, camufladas en el tropel de la salsa en algún cafetín de esquina. A veces bajaban a tirar piedras con la cara oculta detrás de pañuelos. Otras tantas los ayudé a escapar cuando las autoridades los perseguían loma arriba. Entonces, con el cuate y otros pelaos de ahí del barrio, nos metíamos por entre los tombos y los obligábamos a correr más despacio o los hacíamos caer.

Al par de meses, cuando ya todos se dieron cuenta de que conmigo la vaina era seria, en una de esas, primero los del Eme y cuando a éstos el ejército les echó bala y los sacó corriendo del barrio, los de las Farc que llegaron luego, me comenzaron a soltar armas sin que se las pidiera. Para entonces —debía bordear los trece años— me daban treinta o cuarenta mil pesitos sólo por llevarlas de un lado a otro: 38 corto y 38 largo, AK-47 y fusiles. Los

revólveres me los guardaba entre el pantalón y los fusiles sí me los daban envueltos entre cobijas, con la instrucción de que comiera callado si alguna vez me llegaba a detener algún tombo. Por fortuna siempre he sido un ninjutsu, lo que significa que tengo curso en el arte de escabullirme sin dejar el más mínimo rastro.

Nunca tuve el problema de que se me hubiera disparado alguna, pues los fierros los entregaban descargados y con las balas aparte. Los llevaba de Siloé a Planadas, un pueblo en el Tolima resguardado milimétricamente por militares, además de policías y una extensa red de sapos a los que les daban dinero por acusar a la guerrilla.

Como para entonces yo era bajito y tenía pinta de niñato, nunca me requisaron.

Al volver a Kali, mis amigos me daban las lucas: por entregar armamento pequeño pagaban treinta mil y si era grande me soltaban cincuenta. Me devolvía a mi casa y las guardaba o le daba algo a mi apá. Cuando él me preguntaba, le respondía que las había mendigado en los semáforos o que me las había encontrado por ahí.

Hasta que un día mi cucho me siguió.

Eso pasó después de un par de años de andar en esas.

El cucho tenía una guacharaca en la casa por si algún día a algún vecino se le daba por asaltarnos y quitarnos lo poco que teníamos. Un día se timbró al ver cómo llevaba las que me entregaban los de las Farc, ocultándolas entre el pantalón. Me cogió en la esquina y me dijo "Venga para la casa" y me cascó como todo un varón. Fue la única vez que lo hizo. De lo contrario le hubiera devuelto lo suyo. Luego se inventó la historia de que me andaban buscando para matarme. "El primer mandamiento de la ley divina, mijo, es no dar papaya". Pero el hambre no escucha razones: no le creí, pensando que era puro trame sicológico para obligarme a salir de allá. Al día siguiente se apareció por casa una prima del cucho con la orden perentoria de que a partir de entonces tenía que irme a trabajar con ellos de tiempo completo.

Mi apá se encerró con llave en el cuarto donde todos dormíamos y no quiso despedirse cuando, desde el otro lado de la puerta, le grité que no se preocupara por mí, "soy todo un varón". Antes de partir, no olvidé pedirle a Vito que le pusiera mucho cuidado, que el hombre se veía muy cansado porque la enfermedad comenzaba a

tumbarlo. Siguiendo el rastro de Kalimán, sabía que debía buscar la manera de traer justicia a los míos, así que —a pesar de que por dentro iba cagado del susto— junté fuerzas, eché palante y me fui con la prima adonde un tal comandante, cuya casa quedaba sólo a unas pocas de la nuestra. Ella habló con él a puerta cerrada mientras yo quedé a la espera junto con otros muchachos reclutados. Cuando salió del cuarto, dijo que el hombre le había ordenado que me instruyera en lo que tenía que saber porque, en adelante, quedaba bajo su mando.

Pero nadie conocía como yo las callejuelas y escondrijos de ese barrio.

Al caer la noche me le escabullí a la prima y en el primer taxi que se detuvo en la avenida me fui a la Central de Transportes. En mis bolsillos guardaba el dinero justo para llegar a Bogotá. Fue una jugada maestra que planeé con serenidad y paciencia mientras esperaba en la sala de la casa del comandante.

Doce horas después, llegué a la terminal que escondía entre sus paredes las nostalgias de mi infancia. Deambulé un rato por entre sus baños y pasillos, como para llenarme con la fuerza y la energía de mis recuerdos de niño.

Al poco tiempo me presenté en casa de mi amá.

Así como Siloé era Cazucá.

Ambos barrios se trepan, como un pesebre de miseria construido con casas de ladrillo a la vista techadas con latón, por entre cerros a las afueras de la ciudad, por entre calles polvorosas escoltadas por regueros de basura, donde la leve brisa se confunde con el pesado perfume del plomo y la edulcorada fragancia del bazuco y con un cielo enmarañado de redes de energía que llevan a los niños a creer que en algunas de esas casas habita el Hombre Araña.

Se diferencian en que si en un barrio hace un calor de desierto en el otro el frío obliga a respirar mal; y en que mientras en Kali la guerrilla era la dueña y señora del lodazal, en ese entonces en Bogotá las bandas comenzaban a operar armando con machetes a los jóvenes para quebrar al que fumara bareta o metiera bazuco o nobritol, o a cualquiera que caminara en la penumbra luego del toque de queda impuesto por ellos mismos. Hasta a los tombos los

obligaban a respetar las reglas de la delincuencia. Al que no cumplía, tome pa que lleve. La droga —y su paranoia— formaba parte del desayuno diario de esta parte, una de las más extensas y populosas de la ciudad.

Pero no fue allí donde comencé a jibarear.

Mamá vivía en La Isla —a escasas cuadras del botadero de muñecos—, donde el hacinamiento de casas lleva a creer que están construidas una sobre otra. Ni siquiera se ve la tierra. El verde es un color para apreciar en la distancia mientras que el cielo, cercano, suele estar cubierto por una nube de moscas azules que, tan pronto descubren una víctima, nunca tardan más de diez minutos en incubar allí sus larvas.

La Isla es la parte más alta del barrio. "Goza" de un paisaje amarillo ladrillo alrededor de pequeños oasis de eucaliptos. Allí aprendí a mirar por encima del hombro pero también a hacerlo de reojo. "Ojo, pirobito, no se meta conmigo porque le llega la malpa", les arqueaba las cejas a los gomelitos de las oenegés que llegaban con ínfulas de enseñarnos con sus libros lo que ya habíamos aprendido en la calle. Como una vieja una vez que nos reunió a todos los niños para que la oyéramos parlar sobre emprendimiento. Me le paré en la mitad del blablablá: "Vea, sabe qué, deme un fierro y ya verá todos los negocitos que le monto" y salí corriendo después de ver cómo se le despepitaban los ojos.

Ese día me fui a capar pollos al Árbol del Amor, en la punta del cerro que quedaba al otro lado del nuestro, en Altos de la Florida, subiendo por los lados de los moteles de Soacha. Ahí fue cuando conocí a la Flaca y a la Cindy ("Con el que me trata bien soy un ángel; y al que no, le doy plomo", decía esta barbi) porque, como dijo el montallantas, "Tocó cambiar de parche". En esta gallada ninguno llegaba a los quince. Se llamaba Los Nike que no Copean, porque no le copiábamos a nadie, ni siquiera a los poderosos de La Isla, entre ellos al gañán aquel al que, una vez al mes, mi amá le sacaba lo de la renta.

Durante varios meses hubo plomo corrido de lado y lado, los viejos contra los pelaos. Siempre lo digo: "¿Qué es la guerra sino un juego de niños jugando a ser grandes, jugando a ser héroes, jugando a ser machos?". No nos ganaban porque intentaban jugar con lógica

infantil y, siendo niños, nadie tenía que decirnos cuál estrategia implementar para triunfar en la batalla. Andábamos en plan Kalimán, “Trayendo la justicia al pueblo”. Yo no sabía muy bien por qué era que peleábamos, pero cada vez que quebrábamos a uno de ellos sacaba pecho y caminaba por entre el barrio sintiéndome como cuando Los Pitufos marchan por el bosque con la musiquita de fondo, lan lan latan lan lan. Ellos tenían dinero para comprar mejores fierros, pero nosotros éramos más mente que toda esa gente. No se podía bajar la guardia hablando de más con ninguno que no fuera del parche. Y si en cualquier vuelta de la esquina uno se encontraba con alguno de esos gañanes, no había tiempo pa salir corriendo o meterle mente al asunto. Eso era cosa de pum, pum, pum y pa’l hueco, hijueputa.

Allí aprendí que lealtad es sinónimo de silencio. “Ojo gonorrea y cuenta lo que escucha o lo que ve, porque hasta ahí le llegó la felicidad”.

Hasta una noche que alguien se fue de jeta contando dónde era que cambucheábamos. Nos emboscaron a mansalva. Ahí mismo murieron cuatro o cinco de la gallada. Yo me salvé porque me las tiré de muñeco. Luego supe que a la Cindy se la habían llevado herida al hospital. Hasta allá fueron a buscarla los malparidos esos. Se salvó porque la china era bonita y había tenido su rollo con el comandante de la policía. Cuando él se enteró de que los gorilas la buscaban armados adentro del mismo hospital, la montó en una camilla y la sacó escondida de allí. ¡A lo Holyvú!

Cada persona tiene un momento de lucidez en el que visiona las metas de su vida. Ahí fue cuando ese rayo de luz me inspiró desde galaxias lejanas y supe lo que quería ser: alguien importante en el mundo marginal.

Basta de lora que llegó la hora del alpiste y he estado tan juicioso esta semana que ya hasta sudo agua bendita.

Sssssssnifff

Y otro poquito por la otra cerradura.

Sssssssnifff

La oportunidad me llegó disfrazada de barman. Sucedió al final de mi adolescencia, cuando un vecino amanerado comenzó a echarme los perros creyendo que yo también era jacaranda.

—*A.* esa mierda yo no le jalo ni si en este mundo sólo quedáramos Dios y yo —le escupí mis razones.

De puro ardido, el hijueputa me soltó el dato de que necesitaban un barman en la discoteca de vironchas donde trabajaba. Al principio dije que no tras recordar que, años atrás, mi cucho había finado precisamente por culpa de una maricona. Pero así es la vida: te obliga a tragarte las palabras enfrentándote a lo que más detestas… Y como la necesidad tiene cara de perro, al otro día me fui con el hombre.

Al dueño del lugar le gustaron mi estampa de gallo fino y mis espuelas de carey. Ese mismo fin de semana comencé mi carrera detrás de una barra sin tener idea de cómo se preparaba un cosmos, un destornillador o cualquier otro coctel. Un par de semanas después, ya los clientes me creían parte del mobiliario.

En lugar de licor, uno que otro me pedía perico. Le ofrecí una comisión al dueño de la disco y me aceptó la vaina porque sabía que la vida se hace tarde cada vez más temprano y la plata hay que rebuscarla hasta debajo de las piedras. Como no tenía cómo levantarme la cocaína luego de haber perdido contacto con Los Nike que no Copean, comencé a vender pepas que conseguía a buen precio de un compadre ninja del barrio con quien era mercenario de lunes a viernes quebrando a todo aquel por quien nos pagaran bien. El camino de la vida se pavimenta sólo cuando uno está abierto a cualquier oferta. Se joden los que se la empiedran: la única virtud ante la que el mundo entero se hinca se llama dinero. Ante ella se tuercen hasta los que de nacimiento son pendejos.

Un par de semanas después conocí a Pilar Fernández —Pilanca—, quien luego de pedirme un whisky me invitó a hablar bajo la penumbra en un rincón del bar.

—Si necesitás fuá, yo tengo to'l que querás.

Buscando un mejor precio, al principio me mostré desinteresado. Le dije que no necesitaba su perica, que a lo bien, que con la venta de las pepas ya me hacía lo suficiente. La mosca cayó en mi

telaraña: a los ocho días regresó con una mejor oferta. Un mes después me había convertido en su principal comprador, lo que me permitió obligarla a disminuir aún mucho más el precio de la coca. Pronto advertí que, luego de abastecerme, a Pilarica le gustaba sentarse frente a la barra para buscarme charla. Un día me la sabrosié y le gustó tanto la forma como dejé que mi lengua se perdiera en su entrepierna que al par de semanas me invitó a hablar directamente con su distribuidor.

Ese martes, recuerdo todavía el día de la semana, me vestí con pinta dominguera y le di a un taxista la dirección de una casa en Santa Ana Oriental, un barrio al norte de Bogotá —a escasos metros del Batallón de Caballería— donde sólo habita esa gente*preppy* (qué palabra tan maricona, ¿sí o qué?) que engendra pirobitos. Luego de timbrar me abrió la puerta la mismísima Pilarica, quien me hizo pasar a la sala a la espera del capo que a partir de ese momento se encargaría de entregarme semanalmente la mercancía. Sobre el sofá estaba sentado un viejito chuchumeco que jugueteaba con un gato en su regazo, lo que me hizo recordar aquella escena de Vito Corleone al inicio de *El Padrino*. Reí en silencio por mi ocurrencia: cómo podía comparar a este viejito que a duras penas podría sostenerse sobre sí mismo con el capo de capos de la mafia. "Debe ser el papá del duro", pensé mientras lo veía levantarse y ayudarse con el bastón para perderse tras una puerta al fondo del salón.

Quedé solo un par de minutos sentado en aquel inmenso sofá de tela rosa detrás del cual, a través de una inmensa ventana, podía ver un bonito y muy cuidado jardín. Nunca antes había entrado a la casa de alguien adinerado. En ese momento venía de recorrer mundo y sabía que, por más temores que uno sienta por dentro, hay que mantener siempre la cabeza altiva. "Nadie es más que yo y a nadie le trago entero", me dije en silencio para terminar de ahuyentar los miedos que me llegaban a la cabeza con la idea de salir corriendo tras recordar la manera como comúnmente se describe el carácter de los capos. "Pa capo, yo", me repetí un par de veces, convirtiendo la frase en mantra. Debí haber sudado petróleo un par de minutos. Pero no había manera de volverse atrás.

Estaba tan absorto en mis cavilaciones, concentrada mi mirada en las rosas rojas del jardín, que no sentí llegar a otra persona.

Cuando escuché su voz, ya estaba casi sobre mí.

—Mucho gusto, señor Sobrado. Soy Florentina Fernández.

Al voltear el cuerpo me topé con la figura de una anciana venerable apoyada en un bastón. Era la abuela de Pilarica y, a la sazón, la mayor distribuidora de cocaína, no sólo de toda la ciudad sino al parecer de Suramérica, pues —muchos años después— Salvador Huerga me contó que, parchando un verano en una discoteca en Punta del Este, se topó con la sorpresa de que quien proveía de fua a esa ciudad era mi amiga Pilarica.

Al final de esa reunión me había hecho con la franquicia para vender su coca en aquel bar de sodomitas. Poco a poco comencé a ser como uno más en la casa de doña Florentina. Todos los martes en la tarde recibía directamente de sus manos las rocas de coca que luego raspaba en la intimidad de mi casa, rindiéndola después con cal, cloro, levamisol, procaína, fenacetina, sal de frutas Lúa, aspirinas o lo que tuviera a la mano, antes de empacarla gramo por gramo en pequeñas bolsitas de plástico, de esas de marca Ziploc, aunque al principio la envolvía en papelitos de arroz de cinco centímetros que pronto dejé a un lado por el tiempo desperdiciado buscando doblar equitativamente los extremos.

A Pilarica, en tanto, seguí consintiéndola con mi lengua varios meses más. Hasta que, cuando comencé a tener dificultades para correrme, terminó fastidiándome su sola presencia. Las hembritas y las vironchas sólo existen para ser usadas: ellas en la cama, los maricones para quitarles el dinero. Tan pronto ven una cara bonita van soltando su billete como arma de seducción. En mis tiempos como barman ni siquiera tenía que poner mi mejor sonrisa para llenarme de propinas. A más de uno le saqué lo que ofrecía, pero a ninguno le entregué lo que pedía.

Entre tantos que se confundieron creyendo que prestaba el servicio completo, el único del que con el tiempo terminé siendo amigo fue Salvador Huerga, desde siempre uno de mis mejores clientes. Hábil para seleccionar las mejores pepas con sólo olerías, solía comprarme maletadas enteras que luego repartía con generosidad en las fiestas interminables que cada fin de semana organizaba en su casa, fiestas a las que con frecuencia me invitaba no en plan de díler sino por mera amistad.

Como el hombre era tan culto, cuando le conté con sonrisa presuntuosa que de niño me apodaban Chacal, me salió con el chorro de babas de que eso no debía causarme orgullo.

—*Chagáles* una palabra que heredamos de los franceses —me explicó como si yo fuera un pelaíto que comenzaba a ir a la escuela—, quienes desde siempre la usan como metáfora para esos hombres crueles que se ensañan con sus víctimas, sacándoles todo el provecho que pueden.

—¡Chinga tu madre! —lancé un grito de felicidad—: ¡siempre quise que alguien me definiera de esa manera!

Esa historia —sumada al hecho de que le gustaba conversar conmigo— me llevó a tomarle cariño. Inicialmente creí que, al mostrar interés en mí, el hombre pensaba que algún día llegaría a rozar mi cuerpo. Pero su mirada de sacacorchos carecía de deseo. Salvador había sido un psiquiatra prestigioso, y de él aprendí que, más que conocimiento, en esta vida importa la actitud: eso de creerse dueño del universo, precisamente por saber que el resto de la gente vale güevo.

Así fue como descubrí que a la gente le encanta ser tramada de puro vacile. Hasta dicen que soy de esos que le dan colorido a un funeral. Supongo que la sabrosura me viene de cuna, al haberme engendrado mis cuchos en pleno parque de las Banderas, una noche de locura luego de gozarse la juerga por los días de la Feria de Kali. Por eso no soporto la inactividad ni conozco el aburrimiento. Sé que existen esas palabras pero nunca he sentido aquello a lo que se refieren, lo cual —de alguna manera— me hace un hombre innatural o, mejor, sobrenatural porque, tal cual lo muestran los documentales de animalplane, hasta los animales bostezan de pura ñañara. Soy bueno para echar labia a pesar de no ser culto ni educado como tantos que conozco. Doy la apariencia de alguien en quien se puede confiar. Digamos que con mi pinta de rudo y todo me hago querer. O quizás me hago querer precisamente porque, luego de lo sucedido con Salvador Huerga, me sé conservar de lejitos: junto a él aprendí que si uno entra muy alzado, lo quiebran; y si lo hace de güevón, lo tumban.

En medio de todo, me doy muy duro.

Nadie imagina cuánto me flagelo por mis errores cuando

deambulo por la ciudad conduciendo mi Mach 5. Entonces me dejo llevar por la pesadilla de saber que a pesar de tantas puertas que se me abren por cuenta de mi negocio, nunca lograré ser considerado uno de ellos. A veces me encierro en mi apartamento, metido bajo las sábanas, con las cortinas de la ventana bien cerradas para que no logre entrar el más mínimo rayito de sol, y me quedo viendo películas en la televisión durante varios días. Pero como camarón que se duerme se lo lleva la corriente, en algún momento me vuelvo a llenar de fuerzas a punta de perico y me esfuerzo con mi mejor sonrisa para salir a animarles la vida a mis clientes.

Fue lo que me amistó con Salvador Huerga, un hombre de estirpe castellana con mundo y posición social, treinta años mayor que yo, que disfrutaba la compañía de gente divertida, a quien en principio nada me unía, salvo la mutua soledad. Cuando supe lo de su muerte, ya nos habíamos distanciado por cuenta de un equívoco que yo no supe reconocer a tiempo. Y es que, salvo cuando he necesitado volver a echarme un polvo con alguna vieja, perdón es una palabra que desconocen mis labios. Además, a tipos como Salvador uno les dice que les cree o les baja la cabeza en silencio para luego saber hacer las cosas a nuestro acomodo a espaldas de ellos. ¿Quién ha dicho que porque ese otro ha triunfado es más mente que yo?

Salvador era macabrito. Pronto descubrió que intenté ofenderlo desde mi muro de Feisbú con una de esas frases que suelo escribir entrecomillas por aquello de que “El que lo entendió lo entendió”, que él entendió muy bien tan pronto leyó, pero de la que tuvo a bien hacerse el loco y dejó pasar como si no la hubiese leído, sin perdonarme jamás por haberla escrito.

Lo supe mucho tiempo después de que no había nada que hacer, pues sus cenizas ya habían sido esparcidas por el viento. Respetar no es palabra aprendida ni de la vida ni de las mujeres. A las malas entendí su lección de que por mucho que haya risa y amistad de por medio no a todos se los puede tratar de igual manera.

Lo malo de Salvador eran sus silencios duros y crudos, de una frialdad y un distanciamiento que marcan, especialmente cuando en ellos estaban involucrados los demás. Porque está bien que ocultara ante los otros sus pensamientos y emociones. Al principio, cuando

lo veía abandonar la amistad de alguien que de tiempo atrás había sido su amigo, suponía —como tantos otros— que era una especie de castigo por haberle fallado en algún momento, por algún error de esos que en ocasiones uno juzga banal y a los que él les daba un valor inmenso. “A nadie le pido que deje de ser por mí, pero a los amigos les exijo lealtad”, me explicó sus razones alguna vez. Hay quienes viven de acuerdo con su propia moral y sus propios principios. No son muchos. La mayoría, de hecho, ni siquiera se lo han cuestionado alguna vez.

En la medida en que me permitió conocerlo comprendí que su delicada sensibilidad, sumada a la paciencia con la que observaba con minucia lo que sucedía a su alrededor, le permitía mantenerse dentro de la cabeza de quienes lo rodeaban. Como si compartiera con todos nosotros una especie de realidad paralela, fundiéndose en cada uno, o hasta desapareciendo, para poder meterse en la piel de cualquiera que lo rodeaba.

Quizás por su profesión, o como si algún hecho sucedido en su niñez lo hubiera marcado para siempre enseñándole a desconfiar de las personas, su ojo era clínico —como el de esos médicos a los que les basta ver el iris para descubrir lo que aqueja al enfermo—, y escudriñaba a fondo, sin que nadie lo percibiera, la mente humana hasta conocer la maldad natural del hombre. Eso lo convertía en una especie de náufrago, un desterrado a la espera… ¿de qué? ¿Acaso de la muerte? No puede ser feliz quien sabe tanto del ser humano. Lo peor es que voy por el mismo camino: de tanto que he camellado en esta vida, ya conozco todo ese maní: me basta verle la cara a cualquier fulano para saber qué se puede esperar de él.

Eh, ¡qué vaina como se me encharcan los ojos al recordarlo!

Va por ti, amigo.

Sssssssssniff

Me dolió la forma como la prensa se encarnizó con su asesinato. Con tal de escandalizar para vender, hay periodistas que no son más que mercaderes del morbo. Incluso se burlaron del hecho de que a un médico que en el pasado gozara de tanto prestigio, en su funeral lo acompañara tan sólo su perra que, siempre lamentándose, no se movió ni un minuto de la cabecera del ataúd. Todo es relativo y cada uno ve lo que quiere mostrar. La que podría ser la más grande

lección de lealtad, en manos de la prensa se convirtió en una anécdota ruin y hasta macabra. Por desgracia, con la muerte muere también la posibilidad de defendernos y nuestro nombre pasa a ser pasto del ultraje.

No tengo mayores quejas: el hombre fue tan bacano conmigo que —por contar sólo un ejemplo entre miles que recuerdo— no dudó un minuto en salirse de la reunión importante en la que estaba aquel día que lo llamé, cercanas las once de la mañana, para que fuera a buscarme porque los del Tránsito se habían llevado mi nave a sus patios.

Sucedió un martes (otra vez un martes. Siempre un martes).

La noche anterior me había ido de parche con la bumanguesa Amancia Berlitz, una judía jodida tan alta como una garza (se parecía a la cuaresma: larga y sin carnes) y tan tetona como una vaca, pero brava y refunfuñona como una perra recién parida, a quien, para demostrarle "mi amor" y poder seguir culeándomela, luego me tocó dejar preñada. Al amanecer de ese martes, después de una noche de pasión calculada, más la complicidad de tres o cuatro pepas, a ella se le dio por el plan romanticón de mirar la ciudad a la altura de La Calera. Hacia el mediodía, cuando Salvador llegó por nosotros por los lados de la piedra donde está pintada la paloma, se encontró con la sorpresa de que estábamos hechos una etcétera porque mi hembra vestía tan sólo un beibidol, mientras que a mí sólo me cubría el cuerpo una camiseta blanca, mi pantalonera negra con caritas amarillas de esmail y mis felpudos con la cabeza del rey León.

Así de noble era Salvador, un hombre que gozaba de prestigio, dinero y cualquier cantidad de amigos pero que, sin embargo, por más fiestas y más música y más alcohol con los que buscaba ahuyentar la soledad de su corazón de ballena, no conseguía abandonar esa mirada de desasosiego (cómo me enredo al decir esta palabra) de quien no logra resetear algo que se le tatuó en el pasado, algo cuyas razones parecían continuar taladrándolo dentro de la cabeza. ¿Cómo se le vende esperanza a un fulano que carga como calvario toneladas de mierda? Fue preguntándome estas vainas como terminé entendiendo que sus interminables rumbononones no eran más que el muro con el que buscaba evitar

ese minuto de soledad que pudiera devolverlo al martirio de su niñez. “No quisiera apagar nunca la música ni permitir que los amigos se marcharan de mi casa porque cuando todo termina comienzan mis problemas”, le escuché decir alguna vez.

Salvador no sólo me abrió las puertas de su casa sino que me regaló dinero para validar el bachillerato, me apalancó cuando quise seguir estudiando e incluso me presentó con un amigo suyo, rector de una pequeña universidad. Al principio me puse pilas con la vaina porque tenía la ilusión de sacar esa chimbada adelante. Pero al final le quedé mal al Juergas, pues asistí a un par de clases de Mercadeo tan sólo por breves semanas. Sucede que ya estoy muy viejo para madrugar todos los días a encerrarme en un salón de clases. Eso de tener que cumplir horario no va conmigo porque yo lo que quiero es ¡billete!… Nunca se lo confesé pero, por más piloso que soy, me sentía mal sentándome entre otros que contestaban con mayor facilidad cada cosa que los profesores preguntaban. Hasta con las hembras a veces me sentía inferior. Y eso es duro. Digo, eso de que uno alcance a plantearse la inquietud de que una vieja puede estar por encima. Si no me dejo humillar de un varón, muchísimo menos de una cualquiera. Además, lo había hecho antes. Así que a la mierda con eso de estudiar en un salón de clases.

Ssssniff
Sssniff

Soy un hombre ambicioso: humildad no es palabra que salga de mi boca. He hecho todo lo que ha estado a mi alcance para dejar atrás mi pasado de sicario y jíbaro. Por más que lo intento, este bisnes no tiene salida: es la única puerta con la que la misma sociedad me permite mantenerme con vida. No soy un capo ni traqueteo invirtiendo dinero para luego coronar lo de un cargamento. Lo mío es el nivel más bajo del negocio, el de quien le da la cara al público, aquel de quien nadie tiene duda de su trabajo porque nunca lo esconde ni lo niega. Como ese que atiende detrás del mostrador de un Macdonal. Soy Tony Montana al inicio de *Caracortada.* No estoy orgulloso de eso, pero es lo que hay.

La venta de droga me produce para lo básico. Para completar

mis gastos mensuales he contestado llamadas en un colcenter, vendido automóviles en una concesionaria, pintado paredes, pirateado películas de internet para luego venderlas a dos mil pesos en un localito que alguna vez arrendé en la *61* con 13. Incluso una vez tuve que someterme al horario diario de una empresa privada que tenía una concesión con la empresa de gas y, aprovechando los conocimientos como electricista que heredé de mi cucho, iba de casa en casa solucionando los problemas de los usuarios. En este negocito me fue medio bien porque la empresa me pagaba el mínimo y me daba lo del transporte pero, como normalmente la gente no sabe mayor cosa sobre los aparatos que tiene en su casa, con mi labia fácil terminaba convenciéndola de que el calentador estaba quemado y tocaba cambiarlo. “Si se lo compran a la empresa para la cual trabajo —les explicaba a los usuarios— les cuesta un millón de pesos, que pagan, con intereses, a través del recibo mensual. Yo les puedo conseguir el mismo aparato en setecientas mil barritas”. Ante semejante ahorro que les ofrecía, el cliente se decidía por lo mío, así que comíamos callados los dos. Hasta que apareció un güevón con el cuento de que aquello era un chancuco y sus tales principios no le permitían ayudarlo a uno que es pobre y tiene que rebuscarse para salir adelante, me armó un tierrero y los hijueputas dueños de la empresa hasta me denunciaron penalmente, porque este país es así, la justicia es pa los de ruana. Los riquitos creen que lo pueden coger a uno de marrano y se quieren quedar con la tula completa, cerrándonos a los demás las oportunidades que el camino nos ofrece.

Yo me exijo mucho con tal de salir de pobre y demostrarle al mundo que no soy un equisyeyzeta. No le como cuento a ese rollo de que uno viene marcado de antemano o de que el número sumado de las letras de mi nombre y apellidos define mi futuro. Una vez una bruja me dijo: “El destino es quien baraja las cartas pero tú eres quien las juega”. Yo le contesté con esa seguridad que algunos califican de arrogancia: “El destino soy yo”. Y demás que es cierto: me la paso Graneándome bisnes bregando a salir adelante. Todos los comienzo pero no finalizo ninguno porque caminar en línea recta es más rápido pero muy aburrido y eso de montar empresas es cosa de ricos. La vaina es guerreándola porque la plata sólo se

disfruta cuando uno es joven. No me conformo con las sobras que me da la vida: me sobra talento para mecanear, por igual, motores de carros o neveras que toda una noche gotean. Soy una especie de Macgiver: un experto todero. Que pida lo que quiera el cliente que cualquier cosa se le tiene (y aprovecho para decir que es falsa esa historia que contaba el Juergas a mis espaldas, de que aquella vez que fui a su casa a instalarle una lámpara hice un cortocircuito tan áspero que dejó sin luz, durante tres días, al barrio entero).

Por eso, si me tiran huevos, hago tortillas.

A pesar de que me falta mucho para convertirme en un vitocorleone, disfruto esto de vender droga a domicilio de lunes a domingo al amparo del sol o en la pesadez de la neblina. Me encanta sentir cómo me sube la adrenalina de sólo saber que trabajo en algo para lo que hay que tener cojones. Eso da caché, sobre todo entre las hembritas, a quienes se les humedece la cuca nomás confirmar que siempre he tenido eso que los españoles llaman "vergüenza torera", que no son más que las agallas para superar el miedo antes de entrar al ruedo, o tener orgullo y güevas para llegar más lejos del sitio pobre donde se nace. Meterse cada día en la boca del lobo, llevando el vicio hasta la oficina o la sala de la casa de políticos y de policías, escama la piel. De cualquiera de esos que se juran amigos de frente, en cualquier momento se puede recibir el beso de Judas.

Con tal de no terminar en la cárcel o en un hueco cualquiera acompañando los cuerpos de tantos otros ene enes, me valgo de mi carisma para hacer reír a mis clientes con chistes fáciles, conmoviéndolos al exagerarles lo dura que ha sido conmigo la vida y hasta valiéndome de mi buena pinta. También he sabido aprovecharme del placer por el miedo que sentimos desde niños, cuando preferimos escuchar cuentos de horror en lugar de historias con final feliz. Por eso al principio me hice con una buena fama de comemierda para que conmigo nadie se meta sabiendo que, si se me da la gana, en un dos por tres puedo convertirlo en muñeco. Y cuando los ricos abren sus puertas una vez, ya pueden ser engañados cuantas veces uno quiera.

En parte, de esto también le debo mucho a Salvador Huerga. Fue

en las fiestas en su apartamento donde comencé a relacionarme con esa gente que se hace llamar “decente”. Un buen fin de semana por esa casa desfilaban militares, personas de la farándula, intelectuales de cualquier pelambre, políticos de medio pelo, burócratas que se toman por importantes por sus cargos temporales y riquitos que lo único que tienen para hacerse querer es el dinero. Y, por supuesto, eso que llaman “la bohemia”: gente que no tiene más nada que hacer en la vida salvo divertirse “pensado”, entre la que se contaba más de un cineasta o escritor de prestigio. Todos ellos gente de poder. Es decir, gente débil. Hay debilidad detrás del poder porque quien lo detenta siempre quiere más: sabe que sin poder no es nadie. Y conocido el talón de Aquiles, conocida la manera de hacerlo caer. Ninguno de ellos era más mente que yo. Podían haber triunfado logrando un alto cargo o siendo pane de la rosca por buena suerte o por tradición familiar, pero les faltaba la calle que a mí me sobra. De modo que a ninguno le comía cuento.

A todos ellos era presentado como amigo de Salvador, pero quienes me conocían de antemano nunca olvidaban soplarle a ese nuevo conocido mi verdadera actividad comercial, de modo que cada noche dominical, de regreso a casa, mis datos de contacto ya formaban parte de sus agendas. Los lunes, desde temprano, mi teléfono comenzaba a timbrar con pedidos desde cualquier lugar de la ciudad. Para desplazarme, los primeros meses contraté los servicios de un taxista amigo, a quien no sólo le pagaba por horas sino que incluso, por el nivel de las ganancias, le colaboraba con plata extra a modo de comisiones. Seis meses después ya había ahorrado el dinero suficiente para hacerme con mi primer carro: un Renault 18 de un modelo tan viejo que parecía que fuera a dejarme tirado en cualquier esquina. AI final se portó tan bien que le invertí platica, le mejoré el motor y hasta lo pinté de otro color.

Andaba tan ajisiado sintiéndome libre frente al volante que a los dos años me pasé a un Ford más grande. A pesar de ser más moderno, no supo portarse a la altura de las circunstancias. Pronto tuve que hacerlo a un lado para adquirir el *jeep* descapotable rojo encendido que todavía me acompaña. Me gusta este color desde que le oí decir a un cliente que alguna vez fue secretario de Tránsito de Bogotá que, de todos, es el que menos estrellan, especialmente en la

oscuridad. No es poco el palo que a diario debe enfrentar mi carrito: con lo extensa que es esta ciudad, y a pesar de su enloquecedor tráfico, lo corriente es que por el camello de un día normal cruce diez o doce veces de extremo a extremo la sabana.

Afirmar esto va a escamar a más de uno: aquí la coca revolotea en todas partes por igual. Como decía Pilarica, "O la vendés o la consumís". No hay grises, ni naranjas, ni morados. Yo me reparto equitativamente: me guardo un poco y el otro noventa por ciento me evita pasar hambre, ya que es lo que me sirve para pagar el arriendo, la luz, el agua, el wifi, el gas y todo lo demás.

Con la llegada del dinero pronto pude dejar atrás los barrios a las afueras de la ciudad —ese slum al que se refería Salvador Huerga medio en broma medio en serio—, y arrendé un apartamento en una calle céntrica de la ciudad, por los lados de Bolívar Bolo Club. Un año después me trasladé a un edificio más moderno en el sector de Galerías, a un par de cuadras del estadio El

Campín, pues la cercanía de la avenida nqs me facilitaba el encuentro con mis clientes.

Allí nacieron mis dos hijas mayores, porque ya para entonces me había cazado Altagracia Cruz, cuyo apellido resultó tan cierto que por demasiado tiempo se convirtió en mi inri. Altagracia era una bizcocha de piernas tan largas y torneadas que producía vértigo. Solía peinarse hacia atrás buscando despejar al máximo su cara, en la que sus verdes ojos seducían incluso cuando bajaba la vista. Me encantaba cuando se ponía blusitas transparentes sin brasier para que se le vieran los tetones, y los hombres escurrían las babas sabiendo que esa hembra me pertenecía y que si se metían con ella yo les sacaba mi guacharaca. Era callada, pero no por timidez sino porque se sabía reina de todas las miradas, como esa gente que no tiene nada que decir porque con su sola presencia le basta para atraer. Una diva. Me molestaba al confirmar que, tras conocerla, algunos la trataban como si fuera una prostibruta y hasta solían criticarla por la falta de "amueblamiento de su cerebro", pero se me pasaba rápido tras recordar que la envidia también es un exceso de admiración que no ha sido aceptado.

Cuando la conocí a sus quince años, esta paisita de bien arriba

de la loma de San Cristóbal, en Medellín, de mirada espabilada, acento arrechante y andares de gacela, estaba tan curtida en la cama que parecía venir de regreso. Lo que me encantó aquella noche que la vi por primera vez fue su fragilidad. Sucedió en el apartamento de amigos mutuos. Ella estaba allí con su novio, que no le brindaba la atención que merecía. A una mujer como esa no nos la manda el destino todos los días, de modo que hay que saber aprovechar el corto tiempo —aunque cuando la hembra está bien buena, el tiempo a su lado siempre es corto— que nos permita su presencia. Ese payaso de apellidos engominados no la merecía. Ni siquiera salió en su ayuda cuando ella lo enteró de que otro de la fiesta intentaba seducirla. Se lo dijo con la cara encharcada en lágrimas —la vi— pero él no le creyó. "Si no sos capaz de defenderme como todo un hombre, ¿qué hacés conmigo?", le escupió con rabia delante de todos. Luego agarró su chaqueta, salió a la calle y desapareció.

La volví a ver pocos días después y desde entonces se fue a vivir conmigo.

La historia siempre se repite: el día que, en otra fiesta, corrió a buscarme lloriqueando para contarme que un cabrón aprovechaba que yo daba la espalda para seducirla, lo entendí rápidamente. Era una bizcocha, yo estaba enamorado de ella y ella de mí. ¿Cómo no creerle? El muy cobarde negó la afrenta. La tercera vez que se lo reclamé con la mirada desafiante del tigre que no se va a dejar quitar a su hembra, me soltó una jeringonza. "No le pare bolas a esa nena que una mujer siempre es un revólver cargado". Me salió krishnamurti el güevón. "Y con las armas no se juega", grité para que todos supieran que no tenía más opción que levantarlo a trompadas. Mientras le destrozaba la cara vi dulzura en la mirada de Altagracia. En ese momento supe que entre más golpeara a ese canalla mejor sería el polvo aquella noche.

Altagracia fue mi primera esposa y quizás la nena que más ha empitonado mi pasión. Si no hubiera sido tan jodona lo más probable es que seguiría siendo mi princesa Tokugawa a la que Hattori Hanzo siempre protege. Pero así son las mujeres, que mueren convencidas de que sólo a punta de gritos y zapatazos se sostiene una relación.

La vaina comenzó a afearse desde la primera vez que la vi con curitas: un lunes de regreso a casa, preocupado por la cantaleta que me esperaba, la encontré llorando en la cama con una curita en la mejilla. Luego de tres días de farra, había tomado la precaución de abandonarme el domingo en casa de un parcero sabiendo que las hembras siempre esperan que uno esté en pleno guayabo, con las defensas abajo y el dolor de cabeza más berraco, para subirle al sambenito del "Con quién creés que te casaste", "Yo no soy como esas bandidas con las que te la pasás", "A mí sí me vas a respetar", y etcétera, pero de inmediato me sentí culpable al confirmar que mientras yo me divertía mi nena la pasaba mal por un brote doloroso que le había salido por esas cosas que, según me explicó llorosa, "Sólo les pasan a las mujeres". Esa mañana me ovillé a su lado haciéndole arrumacos, porque cuando uno se enferma es la única vez que de veras necesita a su lado a alguien que lo consienta. En la tarde, al ver que la molestia se le había pasado, la llevé al Sanandresito de la 37 a terminar de aviarla con muestras de cariño. A lo largo de ese año la misma molestia le repitió varias veces. Hasta que me di cuenta de que sólo se enfermaba cuando yo me iba de rumba y que la tal curita sólo tapaba su propia fealdad de mujer que necesita valerse de argucias como única forma de conservar a su macho.

Cuando la encaré, enfermó tanto que cayó en cama tres meses seguidos. Le dieron fiebre alta, escalofríos y dolor en todos los huesos, de modo que apenas podía desplazarse hasta el baño. Veía televisión desde que despertaba hasta bien oscura la noche. Sin embargo, los varios médicos amigos que acudieron a mi llamado no encontraron ningún mal más allá de sus eternos síntomas. Yo sabía que lo que la mataba era la culpa, que procede de maneras misteriosas —como la arrechera— y el daño en la mente lo traslada al cuerpo. Para evitar que me sucediera lo mismo, a lo largo de ese tiempo me convertí en su sombra y me quedé a su lado para estar atento al más mínimo de sus pesares. Ahí fue cuando me volví adicto a las series de vampiros y de mafiosos: el televisor no era un placer sino un castigo. Pero más demora en convertirse la noche en día que en caer un mentiroso: las casualidades del destino me llevaron a sospechar que aquello no era más que un encubierto.

Sabía que estaba en medio de una trampa, pero me encarretaba pensar que mi hembra se sacrificaba en cama durante tanto tiempo sólo por tenerme a su lado. Eso era amor y saber que a uno lo quieren de esa manera es rico, eleva la autoestima, produce placer. De modo que la perdoné y le llevé la corriente con tal de presumirla frente a los amigos (uno hace tantas cosas pa levantar la envidia creyendo que es la manera de colarse entre los de arriba y resulta que ellos también están presumiendo frente a uno). Pero, por buen catre que una barbi sea, tarde o temprano cualquier ken termina hastiándose. Y yo no soy Jesucristo para cargar ninguna cruz. Así que de buenas a primeras le canté: "Deja ese diablo por allá, mejor que nunca regrese".

No fue fácil dejarla. Llamaba to'l día hipando, emberrinchada conque se iba a suicidar si no volvía con ella. Una noche no pude más con la arrechera y me le aparecí en la cama a medianoche. Coleamos lo más de rico, porque lo bueno de las peleas son las reconciliaciones. Pero no fue sino abrir los ojos para sorprenderla revisando mis nuevos contactos en el celular. El emplome me obligó a salir de su casa en calzoncillos luego de manotearle la cara y dejarla chillando en el suelo. Por atrevida fue que le casqué.

De nuevo se le dio por mandarme mensajitos con el cuento de la perdonadera. La barbi me sodaba la nota en la cama, pero yo no me soportaba su forma de ser. Durante varias semanas me dediqué a jarrar guaro con la nueva banda sonora de mi Mach 5: Galy Galiano, el Chente, Julio Jaramillo, Juan Gabriel, Rocío Dúrcal. "Pero ves, que al engañarme te engañas tú misma, por tu altivez, por esas cosas que tú haces conmigo, quiero olvidar, que Dios te dé un castigo, me iré pues así lo has querido". Me amariconó la hijueputa poniéndome a chillar baladas.

Un mes después volví a escuchar su voz en el teléfono. Para entones no comía bien y, llorando sin lágrimas, hasta había adelgazado dos o tres kilos. Me propuso un "encuentro civilizado". Dudé por varios segundos. "La conciencia me dice que la debo olvidar y el corazón me grita que no puedo", me repetía a cada nada la estrofa de la canción. En ese tira y afloje volví a sucumbir como un güevón.

En lugar de hablar de amor, los hombres camuflamos las

palabras con el sexo. Delante de los amigos uno no puede decir "Quiero dormir a su lado" sino "Me la quiero culear". En realidad tan sólo quería verla, confirmar si —ante mis ojos— seguía igual de bonita o si andaba tan demacrada como este pechito.

Esa era la espinita: me arrechaba la idea de saber si de veras sufría por mí.

La cita fue en el Juan Valdez de la 53 con 7, cerca de la peluquería donde trabajaba. Tan pronto la vi supe que mi tiempo de soltería estaba contado. Para colmo, treinta segundos después de estar sentados frente a frente me lanzó a la cara un cubo de agua helada: "Estoy embarazada otra vez", dijo suavemente, con los ojitos entrecerrados y una mezcla de felicidad y preocupación en la sonrisa. Se me aliñó la vida, fue lo primero que pensé al imaginar la llegada de mi quinto hijo. Sentí cómo me bailaban de un lado a otro las pupilas mientras mis labios formaban la curva de una hamaca: pura cara de tonto de pueblo, por no decir que de retrasado mental. Bastaron esa frase y esa mirada para que se me moviera el andamio. Cuando uno es un verdadero varón no hay palabras más bellas que pueda escuchar: una mujer embarazada no es más que la valla móvil que publicita la virilidad de su marido. Cualquier arrocito en bajo que uno tenga por ahí y todavía esté dudando en darnos el sí, de inmediato se nos abre de piernas al confirmar de lo que uno ha sido capaz.

Con la noticia de mi tercera paternidad el tiempo de incertidumbre, de no querer seguir a su lado pero con la esperanza de que el amor todavía no termina entre ambos, finalmente fue cosa del pasado. Dejé a un lado el trago, la moqueadera y esa desazón originada en la idea de que la vida no valía la pena si no la tenía a ella a mi lado.

Durante los siguientes meses, la potra dejó de corcovear. Volví a mi eterna alegría. Salía a trabajar y cantaba a voz de trueno, "Que a besos yo te levante al rayar el día, el día nos sorprenda corazón y que el idilio perdure siempre al llegar la noche, la noche sea tan sólo de los dos y cuando venga la aurora llena de goce, juntos solos tú y yo, se fundan en una sola tu alma y la mía". Al alba me levantaba comiéndomela a besos y al llegar la noche continuaba el amorío. La vida me sabía a frutos del bosque. Me sentía un pendejo

pero me sentía feliz. Comencé a coger las cosas con suavidad, a dejar de correr en el Mach 5. Como ella solía acompañarme a entregar la ración diaria a mis clientes, temía que de la nada surgiera otro vehículo y arrastrara con mi ilusión de ser otra vez papá. Era un miedo personal que nunca le confié a mi hembra, pues no me interesaba que supiera que me afectaba algún tipo de kriptonita: lo malo no es tener un talón de Aquiles sino permitir que el resto del mundo lo identifique. “Siempre hay que actuar como los luchadores mexicanos —oí alguna vez en labios de la cucha de mi carnal—: en público nunca jamás se quitan la máscara”.

El Juergas me contó una vez mientras olíamos perico en una tostadera, sentados ambos en su amplia terraza con la vista del occidente bogotano frente a nosotros, que hace un jurgo de tiempo existió un imperio llamado Bizancio, el más más de todo el mundo en ese momento. Como al árbol que más frutos da es al que más piedras le tiran, los demás países querían destruirlo pero ninguno lograba arrasar sus murallas. Pero nada dura para siempre. Una noche, luego de una batalla tenaz en la que los bizantinos lograron repeler todos los ataques, los turcos descubrieron que en alguna parte de la muralla había una pequeñísima puerta que servía de salida a los peatones en tiempos de paz. Era una puerta tan pequeña e insignificante en términos militares que to’l mundo se olvidó de ella. Se llamaba Kerkaporta y llegaba directamente al corazón de la ciudad. Pues bien: por ella se metieron los enemigos, sin tener que repeler jabalinas o ser bañados con aceite hirviente. Una pequeña, insignificante y olvidada puerta fue la causante de la destrucción de más de mil años de imperio.

Yo no estaba dispuesto a que la esperanza que me invadía por ver la sonrisita de aquella cosita que había salido de mi mar lechosa, por abrazar y colmar de besos aquella demostración pública de mi virilidad, se convirtiera en la puerta de Kerkaporta con la que Altagracia me pudiera luego mangonear. Ni siquiera la dejaba asomarse por el baúl del carro, donde guardaba cajonadas enteras de ropita de bebé y teteros y pañales y zapaticos bordados por unas monjitas en la Caracas con 57 que me recomendó una de mis dientas. Ya hasta había escogido su nombre. Nipson, como se llamó uno de los mejores presidentes que han tenido los gringos (de

tanto que lo mencionan es porque debió de haber sido muy bueno, ¿no?). Nipson Sobrado Cruz se llamaría mi pelaíto. ¡Porque nacería varón, no lo dudaba! Las hembras sólo son un problema porque toca estarles cuidando la virginidad. A los varones, en cambio, basta con enseñarles a no ser vulnerables para que no les ocurra lo de Supermán, que desde que el mundo sabe que es alérgico a la kriptonita, por más fortachón que sea y más rayos superpoderosos que vista, cualquiera puede darle una patada por el culo. También quería enseñarlo a patear fútbol como hizo mi apá conmigo y acostumbrarlo a acompañarme en mi Mach 5 para que desde niño supiera que el juego de la vida lo gana el que no se queda quieto y sortea todas sus batallas.

Pero algo pasó. Por más que cada mañana pegaba el oído a la panza de mi mujer, el pequeño Nipson nada que pateaba. Me aterré al pensar que lo que venía era una hembrita. Por varios días me terapié convenciéndome de que de ella también podía hacer una guerrera. Hasta que no pude más y encaré a mi mujer. Al principio se azaró. Salió corriendo, me manoteó, me gritó una y mil veces que me amaba y que no quería perderme. No entendía a qué venía todo aquello. Yo estaba tranquilo, hablándole con ternura para evitarle una contrariedad que pudiera hacerle daño al bebé. Pero ella seguía en las mismas, fuera de sí, actuando como una posesa. Por una centésima de segundo alcancé a pensar que todo lo que se esconde estorba y envenena, pero preferí no pensar mal y entender que aquello era una típica crisis de mujer embrazada y decidí abrirme de allí y dejarla hasta que se tranquilizara sola.

Así fue. Al volver a casa esa noche, de nuevo estaba hecha una mansa palomita, sólo preocupada por consentirme con besos y arrullarme con la caricia de su voz, que me repetía una y mil veces todo lo que me amaba, y cómo soñaba con estar a mi lado cuando ambos no fuéramos más que un par de uvitas pasas chiquiticas y arrugaditas a la espera de ser tragadas para siempre por la vida. La amaba tanto que hasta le prometí perdón por anticipado por cualquier equivocación que cometiera en el futuro.

Pocos días después, mientras echaba la ropa sucia a la lavadora, me dejé llevar por la arrechera producida por el perfume que exhalaban sus tanguitas. Ya los calzoncillos comenzaban a

apretarme por lo dura que la tenía y las bolas a dolerme por las ganas de correrme cuando en la parte interior de la braguita divisé unas cuantas gotas de sangre. "¿Y esto qué fue?". Desperté de mi letargo sexual. Metí las manos en la lavadora, reburujé y reburujé buscando los demás calzoncitos. En todos había sangre. ¿Cómo era posible que a una mujer preñada le llegara la regla? Me dejé caer sollozando sobre la madera del piso tras entender que nunca había percibido las patadas de mi Nipson en la panza de mi esposa porque, como repite el dueño del restaurante chino que visito cuando tengo pa'l almuerzo, "Es muy difícil encontlal un gato neglo en una habitación oscula, soble todo cuando no está."

Hasta ahí llegó esa historia de amor.

Manipular no es más que alterar la verdad a la caza de intereses particulares. Para hacerlo, basta conocer el punto débil de aquel a quien se manipula. El manipulador no es más que un estafador emocional —con frecuencia, un ser inferiormente acomplejado— que encuentra su sosias en el manipulado. Es un juego que requiere al menos de dos personas, pues los intereses suelen confluir: cada uno le da al otro lo que busca, convenciéndose a sí mismo de que es más inteligente que el otro. Por eso a la hora de exigir cariño o comida ningún animal sabe usar mejor su lengua o su mirada que un perro. Han estado desde tanto tiempo al lado de los humanos que aprendieron a encontrar su punto débil para manipularlos. Los gatos, que conservan un lado salvaje, se saben independientes para acercarse a su dueño no porque les conviene —pues no han perdido el placer de la cacería—, sino porque realmente se sienten cómodos a su lado.

Altagracia era lo primero.

Cuando regresó a casa esa noche, me sabía tan emplomado que ni siquiera se me ocurrió apalearla como hacían con la ropa las mujeres de tiempo atrás cuando, para sacarle la mugre, la golpeaban con un manduco contra las piedras. Habría podido hacerlo aprovechando que la justicia estaba de mi lado. ¿Acaso alimentar la ilusión paternal de un hombre enamorado no justifica la ira y el intenso dolor del engañado?

Quedé achicopalado sabiendo que no valía la pena discutir con ella. No podía permitir que me encontrara: la gente es mala y la

venganza siempre forma parte de su menú. Al día siguiente, cuando la vi partir al trabajo, agarré mis motetes, cambié mi número de celular y desaparecí para siempre de su vida.

Mi apá me confió alguna vez, a la orilla de los tragos, que con su primera desilusión amorosa el hombre está preparado para enfrentar su destino. "Vos necesitás esperar mucho tiempo, ve —a veces se nos va la vida en eso— para recordar con ternura ese trago amargo". Necesité mucho tiempo, es cierto, para amortiguar ese dolor. Seguía amando a las mujeres, pero ya se me había clavado una espinita bien adentro que me decía todo el tiempo que no podía volver a dejar entrar por mi ventana al señor Cupido.

Ssssniff
Sssniff

Un par de meses después de haberme quitado de encima esa cruz, yacía entre sábanas con Oliberta Yacomelo, la vallenata (en realidad era de La Jagua de Ibirico pero se había criado en Valledupar) de sonrisa musical y caderas de cumbiambera que, como decían sus amigos costeños, estaba tan buena como un novillón. Tan briosa que electrocutaba, por cuenta de su hambre de aventuras era mil veces más rumbera y metelona que yo. A veces incluso se pasaba de voltajuda, como si estuviera recargada con una de esas baterías que duran y duran y duran que usa el conejito del comercial de eneryaicer.

Con la exuberancia del Amazonas, tenía una melena rubia ensortijada de raíces, culo de hormiga santandereana, piernas gruesas que disfrutaba presumir en bluyines enchorizados y tetas mastodónticas que mi dinero ayudó a agrandar (porque las hembras me gustan operaditas, como toca), mientras yo sacaba pecho sabiéndome un hombre lo suficientemente exitoso que hasta podía levantarme a semejante pedazo de carne. A diferencia de Altagracia, esta ternera era toda alegría y palabra fácil: tenía una sonrisa tan dulce y pronunciada que me encantaba venírmele en la boca. Nos casamos en una ceremonia sencilla a la que no invitamos a ninguno de nuestros amigos porque, en lugar de parrandearnos la plata, prefirió que le regalara un anillo de diamantes bien costoso,

de esos de Charosky que sólo venden en el primer piso del Andino.

A pesar de que sólo le hice dos nenas —que para más alegría nacieron gemelas: así de potente estuvo ese polvo—, con Oliberta el matrimonio duró mucho más que con las demás porque cuando el maíz se calienta demasiado, salen palomitas. Con la caricia de sus palabras, sus labiecitos de terciopelo y sus manitas que me arrunchaban bajo las cobijas hasta cuando el sol marcaba la media mañana, esta hembra me arrechaba tanto las güevas que pronto me domesticó. Yo le cantaba en la cama "Mami qué me estás haciendo, yo no te estoy midiendo, no hay un detalle que a mí se me escapa de tu cuerpo, y cuando te pones a hablar, mi mente está imaginando el momento y el lugar". Aunque no era tanto un asunto de sexo sino de complicidad, de parecemos demasiado, de divertirnos con la más mínima pendejada, siempre enratonados, pegado uno al otro. Y cuando no era así, no se desgastaba en llanto: Oliberta tenía claro que ella era la oficial. "No tengo problema con que andes con cualquiera de esas fufiirufas que yo sé que tienes en el sur —gritó alguna vez al verme regresar borracho—, pero te advierto dos cosas: a mí no me vengas a pegar ninguna enfermedad rara, y el día que no amanezcas en esta casa, de una puedes quedarte a vivir con la que te entrepierno". Eso era lo único que me exigía todas las noches: volver a casa. Como en cualquier otro matrimonio.

Con ella la vida era relajo y desestrés, como la brisa fresca que se respira luego de un fuerte aguacero: cero drama, cero bochinche y mucha risa bacana de esa que a uno le sale tan fácil como si estuviera enmariguanado. No parábamos de tirar: mutuamente nos probamos todos los humores, nos besamos poro a poro, compartimos líquidos y otras cosas, experimentamos toda suerte de placeres (una noche perdimos la llave de las esposas que me ataban a la cama y tuvimos que llamar a un cerrajero). Lo único a lo que siempre me negué fue a ese gustico de meterse bolas por el culo. De resto, entre más olíamos a sexo, más ganas nos daban de seguir haciéndolo. Para colmo de mis encantos, le disgustaba dar lora por la calle, anadeándose ante los otros hombres sin mi compañía y sólo salía de casa los fines de semana, cuando parchábamos hasta que la luz avisaba que de nuevo era de noche.

Su frase preferida, que la repetía desde el momento mismo en que despertaba, era:

—Metámonos un pase, ¿sí?

De una sacaba de mi gaveta alguna de mis bolsitas Ziploc y, aprovechando que seguía acostado a su lado, derramaba todo su contenido en el hueco que tengo en medio del pecho… Nací así, con el pecho hundido. El médico le dijo a mi cucha que era malformación o deformación o un asunto que tiene un nombre todo raro: ¡plexo cóncavo! Es un hueco entre mis tetillas, como ese que se forma cuando uno extiende el índice y el pulgar antes de echarse un pase de coca, pero es diez veces del tamaño del que se hace en la mano. Hay que ver el tarrao de perico que cabe ahí: una bolsita entera,

¡toda una gran catajarria!

Eso era lo que hacía Oliberta todas las mañanas tan pronto abría la pepa del ojo: vaciar una de esas bolsitas en ese hueco…

Ssssniff

Sssniff

¡y hágale, hermano, que para eso es que sirve la nariz!

Nuestra casa parecía siempre un fin de semana… Hasta que a la suegra se le dio por venirse a Bogotá porque al marido lo habían metido a la cárcel acusado de despilfarro, luego de su paso por la alcaldía, y ella estaba empeliculada con la idea de que yo era un capo de grandes ligas que generaba ingresos mensuales suficientes para costear un apartamento en un barrio del norte donde pudiera moverse libremente como perro por su casa.

Lo dije atrás: no hay nadie a quien le guste aparentar más de posición social que a una matrona costeña. Lo bien que lo pasaba con su hija se vino abajo cuando se mudó a nuestro modesto apartamento esa loca de atar cuyo nombre real era Blanca Lima pero a quien le gustaba que la llamaran Blanch porque, echando labia de un pasado familiar emparentado con una nobleza que nunca existió, se creía su propia carretilla —era palabra que ella repetía al criticar las mentiras de los demás— de que era una mujer

que respiraba por cada poro elegancia y alcurnia cuando lo cierto es que no era más que una langosta voraz que arrasaba con todo a su paso, para luego desaparecer dejando embarcada a su víctima con la frase de “El fue quien lo hizo. Yo sólo se lo pedí”. Lo curioso es que cuando, antes de casarme con Oliberta, la visitábamos donde vivía —un pueblo tan caliente que parecía que el sol lo mirara con alevosía y venganza—, me sorprendía verla salir de su casa bañada en Menticol, “el aire acondicionado de los pobres”.

La malparida se levantaba cada día candeleando a la hija en contra mía. Cuando finalmente nos mudamos a un mejor apartamento, por los lados de El Chicó, la muy hijuesuegra descubrió un restaurante fino a la vuelta de la cuadra, y con el cuento de que a ella la habían alimentado con manjares desde niña todos los días, pedía a domicilio que fricasé de pollo, que cerdo al curry con almendras, que pato a la naranja y estragón, y no sé qué más vainas raras. A fin de mes, el restaurante mandaba la cuenta… Soy botado con mis hembritas y no tenía por qué gastarle a esa vieja, pero al final este pechito tenía que poner la cara por esa arrimada que me sacaba la piedra cada vez que me decía Kowalsky, dizque porque yo era tan salvaje “Como el protagonista de una película que recordaba de juventud”. Para colmo de males, si la hija no se preocupaba por el tiempo que yo dedicaba a trabajar fuera de casa, la madre —en cambio— se afanaba por relojearme, malpensando siempre que si me demoraba más de la cuenta era porque estaba en brazos de otra hembra (y demás que era cierto).

Entre más la semblanteaba, más adivinaba sus perversas intenciones.

Ssssniff

Sssniff

La marimorena entre ambos no se hizo esperar. En el tango la culpa siempre es del otro, lo que hace imposible conciliar diferencias. Durante varias semanas en ese apartamento se desayunaba con insultos y se cenaba con groserías. Hasta los vecinos se vieron involucrados y hasta nos tuvieron que mandar a

los tombos para calmar los ánimos y bajar el tono de los gritos en más de una ocasión. “Es que estamos ensayando para un *casting,* salía entonces —sonrojada y con la voz muy suave— mi mujer a dar la cara.

En medio de una pelea en la que sentí ganas de escupirle la bilis a mi suegra, se me ensangrentó el puño con la cara de mi esposa. Le volví mierda la nariz. Tres días de hospital, cirugía de reconstrucción de urgencia, doce millones de pesos —que en ese momento no tenía— desembolsados en préstamo por Salvador Huerga (necesité seis meses de trabajo forzado para terminar de pagárselos). Intenté continuar la relación pero no pude. Me la sodaba con Oliberta pero, por más liberal y tolerante que uno sea, hay gente a la que uno nunca puede adaptarse: no había día que la vieja no intentara limar mi escaso presupuesto.

Un día no pude más y, a lo bien, me solté la rienda.

El problema con los matrimonios no es con quién uno se casa sino de quién se separa. El amor es un campo de batalla en el que cada fuerza se esmera por ocultar su verdad buscando “venderse” tal cual la ilusión de la víctima. Nos enamoramos de lo que queremos ver en el otro y cuando descubrimos quién es realmente esa persona ya es demasiado tarde: no se trata de que el amor sea ciego sino de que, por querer creer en él, nos negamos a ver.

Luego de partir palitos, Oliberta me montó una perseguidora de la que todavía no me repongo. De algún programa de animalplane me quedó la enseñanza de que la tercera persona en la distancia de una cascabel es la que más debe de temer porque ellas apuntan a la primera persona, se lanzan sobre la segunda pero muerden a la tercera. Fue lo que hizo esta víbora que, para ser mamífera, resultó más venenosa que una musaraña de cola corta: fijó su mirada en Altagracia Cruz, se tiró en picada contra Azuley Cortada, pero la víctima fui yo. A partir de entonces nos engarzamos en una batalla sin cuartel en la que, tantos años después de haberla echado de mi cama, no deja de sorprenderme su habilidad para juntarse con mis otras exesposas con la frialdad de uno de esos políticos que, con tal de triunfar, carroñan hasta su propia mierda.

Dicen que donde hubo fuego cenizas quedan. En cambio aquí todo se convirtió en humo, un humo que quisiera no haber visto

nunca… ¡Brava esa hembra! Resultó tan malvada —mil veces más que Rosemary, la del bebé— que no se curaría ni si el mismo papa le hiciera un exorcismo. Qué actitud tan escalofriante para montar intrigas con la única idea de chimbiarme la vida porque sí, pues ella sabía que yo más pobre imposible y que lo que tengo de rico es lo que le hacía en la cama. ¡Yo que presumía de sabérmelas todas… para terminar entendiendo que siempre he sido un títere de las mujeres! Desde entonces me quedó la enseñanza de que la virtud no es ninguna virtud y que entre más perro uno las trate más posibilidad tiene de sobrevivir.

Prefiero pasar de largo con esta historia. Quiero creer —a lo bien— que todas las vagabundinas que Oliberta tenía bajo la manga quedaron atrás. De lo contrario, un año no alcanzaría para detallar todas las que me hizo.

Lo malo fue que a partir de entonces se me armó un peo en la cabeza pensando que yo tenía el palito para levantarme a las más complicadas. Me di cuenta de que las mujeres me encantan bien hembras o bien guerreras, de esas que a los otros se Ies van pero que conmigo se vienen. Pero en las cosas del querer uno siempre lleva las de perder. Uno se cae, se raspa, se cura, pero vuelve a caer y a rasparse más duro. Por más que uno ponga anjeo en las ventanas o lo pille a escobazos cuando lo ve aparecer, Cupido siempre encuentra un huequito por donde meterse. Y no una sino pi veces: toda la vida se nos va en esas.

Entre tantas que cruzaron por mi cama, no pasó mucho tiempo hasta que llegó a joderme la existencia la chacala Azuley Cortada (“cortada a la medida para mí”, como me gustaba bromearle al principio cuando estábamos entre sábanas), tan caleña como yo —incluso físicamente tenía un lejos con mi amá en sus fotos de juventud—, lo que significa que este estómago volvió a alegrarse con las viandas de la niñez: lulada y champús, aborrajados, marranitas… Cuando la conocí, pasé de largo porque no era propiamente mi tipo. Ella hizo su verónica y le cogí el lance porque de lo contrario quien quedaba mal era yo. Pero duró mucho más el matrimonio de Eva Braun porque muy pronto se prepagueó: resultó más abeja que una abeja (y ya sabemos que quien nació pa bandida, bandida se queda), pues mientras estuve con ella su corazón se

mantuvo en otros cuerpos. Una mañana que amanecí con las luces altas, le dije —a lo bien— "Hasta aquí te trajo el río: estoy aburrido de tener más cuernos que todos los renos de santaclaus juntos". Me sacudí como hacen los perros después de haberse mojado.

No voy a negar que esta otra potra convirtió mi corazón en carne de carroña, pero ¿quién dijo que a las almas negras no nos rompe también, de vez en cuando, el dolor? Por fortuna, ya conocía esa melodía. Luego de dos matrimonios fallidos, había aprendido que la tusa dura el mismo tiempo que dura la incertidumbre de que esa persona a la que amamos algún día regresará a nuestro lado: mantener viva esa esperanza es lo que vuelve mierda el corazón. La tusa no es más que un asunto de decisión, de saber decir ¡basta! y apagar la llama de una vez y para siempre. Entonces el dolor, sin darnos cuenta, se desvanece.

Ella, en cambio, jamás podrá olvidarme: salió de mi casa con una nena en su panza.

Me han cazado tres veces por puro güevón. A las niñas, para mantenerlas, por ahora no hay con qué, pero no pueden quejarse porque les doy mi cariño. A veces las saco a pasear en el carro y me las llevo a comer helado. Eso sí, lo digo a voz en cuello y con ustedes de testigos, ay de aquel que se atreva a rozar la virginidad de alguna de ellas (ocho conocidas y faltan datos de otros municipios) porque hasta ese momento le llegó su historia.

No es por tirármelas de víctima, pero me tocó dejar la escuela cuando tenía doce años para comenzar a trabajar y ayudar en la economía familiar. La gente se burla de mi ortografía cuando escribo en mi Carelibro. Yo agradezco que —al menos— tengo un computador en casa y, mal que bien, sé leer y escribir, pues me eduqué en el analfabetismo. En el colegio a duras penas aprendí a cancanear, que es como en el barrio le decían al hecho de que uno lee tan mal que tartamudea al juntar sílaba con sílaba. Y eso de sumar y restar lo memoricé a punta de arepas, que era lo que les vendía mi cucha a los obreros de las construcciones en la época en que no había camello en los baños públicos.

Yo la acompañaba y veía cuánta plata le daban por lo que vendía y cuántas devueltas tenía que entregar, dependiendo de los billetes que recibía.

Esa fue mi verdadera educación matemática.

Ya luego, cuando nos fuimos a vivir a Cazucá, en el colegio aprendí la forma de los números y cómo se escribían en el papel. Pero, desde antes, ya sabía sumar y restar. Lo que pasa es que, por más que sumaba, las cuentas nunca me daban lo que necesitaba. Sobre todo cuando enfermó mi apá. Eso fue lo peor. El era diabético y tenía que inyectarse a diario con insulina, pero ¿con qué comprarla si a duras penas teníamos para comer?

Ssssniff

Sssniff

Al pobre todo lo malo le llega junto: cuando comenzó a perder los dedos, Victoria Cruel lo abandonó y debí regresar a Kali a acompañarlo en el ranchito de Siloé. La situación fue empeorando cada vez más rápido. Le dio un infarto y tuvo después una falla cardiaca que le restaba energías. Con los labios azulados y dificultad para caminar, la enfermedad se le complicó cuando hubo que amputarle una pierna. Tenía que cargarlo y hacer unas filas interminables en las salas de urgencia hasta que lo atendieran. En casa me tocaba desde llevarlo a orinar demasiadas veces al día por cuenta de la poliuria hasta limpiarle el culo, ensuciando mis manos con esa hedentina después de verlo cagar. Luego había que cambiar también las sábanas, que no eran más de tres juegos que lavaba a diario para que el cuerpo no se le llagara. Y yo ahí, a su lado, viendo —sin poder hacer nada— cómo lo que fue un roble en el pasado ahora no era más que una arrugada uvita pasa.

Lucía tan cansado y achacoso como si tuviera treinta años más, con la frente completamente despejada, la mirada herrumbrada —enmohecida—, los ojos enlagañados por una eterna tristeza, la nariz y las orejas pobladas de pelos blancos y los labios estriados. Lejos estaba de ser el hombre de carácter fuerte y voz templada que recordaba de mi infancia, pero me negaba a abandonarlo a la siniestra de Dios porque, como canta el poeta panameño, “A pesar de los problemas, familia es familia y cariño es cariño”.

Murió en mis brazos una madrugada de invierno a la entrada del

Hospital Departamental, luego de resollar por largos minutos como si fuera un caballo de competencia al final de una carrera. Tenía cincuenta y tres años. ¡Cincuenta y tres años! Exactamente veinte más de los que he cumplido. ¿Es esa la expectativa de vida que me queda ahora que los médicos han dicho que mi constante carencia de saliva, así como la imposibilidad de llorar por cuenta de mis conductos lacrimógenos secos, se deben a la herencia diabética que comienza a hacer de las suyas?

A veces la nostalgia se me aparece, como una nube de moscas, con antojos como caminar con los compadres por la ribera del río, visitar a los artezánganos que ofrecen su comercio sobre mantas dispuestas en los alrededores de la placita de San Antonio o disfrutar del paisaje de la ciudad, contemplándolo a lo lejos desde la Loma de la Cruz, pero desde entonces no he vuelto a mi Kali bella. El día de su muerte me sigue dando vueltas en la cabeza porque el dolor de saberse abandonado es una estaca que se incrusta para siempre desde el pecho hasta la espalda.

¡No hay peor cosa en este país que morir de pobre!

Por eso me río, pero por dentro lloro, cuando a alguno de esos congresistas a los que semanalmente les entrego en su despacho su ración personal de coca se les llena la boca hablando en la televisión de “Igualdad social y sanidad pública”.

Me río, pero por dentro lloro, al recordar esa madrugada lluviosa en la que los taxis se negaban a llevarnos hasta el hospital aduciendo que mi cucho podía morir en el trayecto y tendrían luego que declarar en algún juzgado de la ciudad.

Me río, pero por dentro lloro, tratando de sacar de mi memoria la imagen del médico que, luego de pasar por eso que llaman *triage,* a la entrada de urgencias del hospital, le entregó a mi apá una papeleta con el turno 67, ordenándole esperar en una sala atestada de pacientes en la antesala de la muerte.

Me río, pero por dentro lloro, al acordarme de aquel momento en que —luego de cuatro horas de espera el tablero marcaba apenas el número 27—, mi cucho dijo, con la mirada vacía, inerte: “No puedo más”. Su cuerpo expiró sobre el mío y quedó con los ojos tan abiertos como quien acaba de toparse con el mismísimo demonio.

Yo mismo fui quien se los cerré, mientras la fila para ingresar a

urgencias seguía igual de paralizada como la de un banco a fin de mes. A nadie le importó mi dolor. Me miraban como a un bicho raro por cuenta del escándalo que había armado a la entrada del hospital, luego de que un maricón ingresara a la sala de urgencias ataviado de pies a cabeza como una mujer mientras daba alaridos por la herida de un cuchillo que el muy cobarde no se atrevía a sacarse de la panza. Pensaba que merecía atención antes que el resto de pacientes que esperábamos turno. Desde mi asiento, con mi apá todavía vivo a mi lado, grité que era el colmo que a ese inmoral lo atendieran primero. Otros pacientes se envalentonaron y me acompañaron en coro, exigiendo que al menos vistiera como un hombre porque allí había niños que se podían escandalizar. Por tanta bulla, varios médicos llegaron a la sala y amenazaron con no seguir trabajando si continuábamos en ese plan. Al travestí lo remitieron a otro hospital, pero seguí exigiendo para que, en una nueva ocasión, a esos pervertidos ni siquiera les permitieran cruzar las puertas del hospital. Algunos me pillaban de reojo, como pidiéndome que me callara, que el problema ya se había resuelto, pero en realidad yo ni siquiera estaba furioso. Lo que estaba era cagado del susto, sí, cagado del susto de sólo imaginar que mi apá me estaba dejando y que yo quedaría total y absolutamente solo en esta vida de mierda a la que no pedí nunca venir. Toda la vida uno se hace el valiente ante la muerte, pero cuando la tiene así de cerquita se paraliza de sólo recordar toda esta mierda que hemos comido para que al final nos toque dejarles el campo a otros que llegarán a sufrir lo mismo. Ese tiempo valioso en que pudieron haber salvado a mi cucho se desperdició tratando de atajar a esa loca malparida. ¡Me quedé solo en esta vida por culpa de esa hijueputa travestí!

Luego vino lo del funeral. Me tocó mendigar cargando el cadáver. A nadie le duele saber lo que uno sufre, sólo escandaliza aquello que produce envidia. Si no es porque mi amá se apiadó de mí y me giró lo de los gastos de última hora, habría tenido que tirarlo por ahí. Vi cuando su cuerpo fue depositado en el ataúd y estuve presente cuando lo metieron al mausoleo con un cupo que mi mamá consiguió que le prestara una pariente cercana.

Un par de semanas después, cuando fui a visitarlo por última

vez antes de devolverme a vivir a Bogotá, me topé por casualidad con el sepulturero que se había encargado de sellar su tumba: vestía exactamente las mismas ropas que vestía mi cucho el día que se fue.

Buitres.
Es lo que somos.
En lugar de indulgencia,
desde pelao conocí la rapiña.
Que nadie me hable del infierno,
que enfrenté al diablo siendo apenas un sardino.
¿Miedo a la muerte?
Que tema ella de mí cuando yo llegue a su lado.

Ssssniff

Sssniff

¿Qué tengo ahora que perder si antes no tuve nada y de todas maneras voy a ser bueno cuando todos los amigos me lloren frente al ataúd?

Si acaso me reservo algún miedo es el de volver a no ser considerado alguien.

¡Ni un fantasma siquiera!

Uno más de esos que deambulan por ahí que a nadie le importan.

¡Al menos los tombos tienen mi nombre, saben que existo, me persiguen!

De pelado me tocó asistir a los cinco años de primaria vistiendo los mismos zapatos remendados, mientras que la mayoría de mis compañeros estrenaban a cada momento dos o tres pares de Naik o de Ribuk. Eso es muy duro, que uno no sólo sea pobre sino que además no tenga cómo aparentar lo contrario. Duele. La herida queda en el alma por más que uno carcajee aparentando que le ha puesto gasa.

Ahora tengo una guaquita en el Sanandresito de la 37 donde compro toda este ropa chimba que pasa por legítima. Igual hacen las viejas del norte que vitrinean por Unicentro o por el Andino

mientras portan un bolso falso de Luivuitón o de Carolina Herrera. Todos jugamos al mismo juego de la apariencia porque a nadie le gusta que lo crean un pobre indio zarrapastroso y arrastrado. Al verme con una camiseta que en letras grandes pone Versach o Dolche y Gabana, los clientes bromean y afirman que soy más ostentoso de lo que era Dodi Al-Fayé mientras mentalmente se preguntan si la prenda que luzco es original o no. Ahí está el secreto: dudan. Y eso les duele. Saber que yo puedo presumir de lo mismo que ellos presumen les duele tanto como si una lanza les atravesara el pecho.

Hay quienes me miran como si estuviera grillado cuando menciono estas cosas. "Claro —pensarán—, qué sabe del mundo este pobre idiota cuando ni siquiera terminó la primaria… ¡Un pobre güevón que vive de vender droga!". Por eso, precisamente, sé de lo que hablo. En quince años trabajando como díler he tenido más acceso a lujosas oficinas o a glamorosos penjaus que simples vendedores de la calle.

Aquel cliente de Valledupar me contó una vez que en su ciudad hay una calle que desde siempre bautizaron La Cagá porque allá habita la gente bajera. Es tan larga tan larga que en algún punto colinda con el barrio de la gente juepajé, llamado Novalito. Justo en la esquina donde las aguas del río desembocan en el mar, existe un edificio al que el humor urbano llama con sorna Altos de Cagalito. Igual me ocurre: vivo en los límites donde la mierda pasa a ser *fashion*. Alguien también me contó alguna vez que quienes caminan sobre una delgada línea floja reciben el nombre de funámbulos. Eso soy yo: un funámbulo sonámbulo, porque la única manera de caminar entre un mundo y el otro es haciéndome el dormido mientras que, con tal de lavar sus responsabilidades, otros intentan convertirme en el Dar Vader de esta película.

De otro cliente aprendí que cuando en Nuevayor comenzaron a construir rascacielos, a principios del siglo pasado, los ingenieros no lograban conseguir obreros que se le midieran a la tarea de treparse tan alto. Para poder construir los pisos superiores de todos esos edificios hubo que buscar entre aquellos que de antemano ya habían tenido que ascender grandes peñascos. Así llegaron hasta los mojauk, unos indios de ese gran país del norte a quienes

menospreciaban para otras lides más honrosas, pues siempre hay alguien que ha perdido el miedo a morir al constatar que lo peor ya lo ha padecido.

Así ocurrió conmigo:

Esa gente del norte que ahora me mira por encima del hombro fue la misma que me buscó cuando todavía no dedicaba mis noches a cruzar la ciudad en mi Mach 5, para que les hiciera la vuelta —junto con mi compadre shinobi— de volver muñeco a todo aquel que le había jugado una mala pasada. Para entonces vivía en el Lucero, un barrio tan grande que en lugar de uno son tres, que queda al sur del sur, en Ciudad Bolívar, una localidad más cerca del centro de Villavicencio que del de Bogotá, donde aprendí que ser hombre es portar un arma y haber sido padre antes de los quince. Es una tierra sin ley ni Dios. Dios sólo se aparece por allí de vez en cuando en forma de iglesia, repartiendo culpas para poder despojar miserias. La ley, en tanto, éramos nosotros. La otra ley que imperaba era la de los peces, que suele acompañarse de la ley del gatillo más rápido.

Entre esas calles, la mayoría sin pavimentar, con casas residenciales que ni siquiera gozaban de servicios públicos básicos (sólo había agua dos horas al día), con frecuencia había enfrentamientos entre pandillas para ver quién era el chacho de la manada. Que recuerde ahora, las más mentadas eran Los Aguaepanelas, Los Droguis, Los Gaviotas, Los Cuasinadas y Los Gatos. Nosotros teníamos un parche propio —siempre he sabido hacer toldo aparte—, que pronto pasó a ser el gallo que más cantaba en ese corral.

No había robo, atraco a mano armada o extorsión que no pasara por nuestros ojos. El negocio fuerte era la vacuna a los conductores de buses: dos mil pesitos por entrar o salir del barrio. No era poca plata, pues la mayoría de los buses parten y terminan en los extremos de la ciudad, en este caso rutas muy populares como Meissen/ San Francisco. Además, las vías de escape son más fáciles: el monte está a sólo un paso. Si algún busetero se negaba a pagar, de inmediato lo hacíamos “entrar en razón”. A veces la sola amenaza era suficiente, pero la letra con sangre entra: al que se creía muy machito tocaba ajusticiarle a algún miembro de la

familia, normalmente a un hijo. A veces incluso tocaba darle plomo al busetero mismo, como nos pasó con la sabandija aquella que alguna vez intentó culearse a mi hermana. Mi amá no lo sabe —y quizás esa culpa es la que me obliga a vivir con ella—, pero fuimos nosotros los que nos encargamos de ajusticiar al bellaco de su marido.

A las pelaítas les encantaba andar con nosotros, y más cuando a un mancito del barrio al que le decíamos Yeisón, sabiendo que ese no era su verdadero nombre, se le dio por el vicio de la música de despecho cantando con un parche llamado Amigo de mis Amigos. El hombre era pintica —delgado, 1,85 de altura, blanquito, con pelo encerado castaño oscuro— y un día subió al Youtuv un videíto. Ser malo mola: como el hombre se volvió famoso, el trabajito se nos duplicó. El se dedicaba a lo suyo mientras con mi compadre ninja nos encargamos de montar una oficina en la esquina de la calle 64 sur con avenida Boyacá, en la que atendíamos a esa gente que sabe que en este país la justicia no existe, ni siquiera la divina —bueno, esa nunca ha existido; de lo contrario, no habría pobreza ni el mundo estaría tan mal repartido—; esa gente para quien todo se paga en esta vida. Pero para ello hay que meterse la mano al bolsillo.

La vuelta se cobraba de acuerdo con el "valor" de la persona. El monto iba entre uno y cincuenta millones de lucas. Nuestra Oficina de Cobros no era como la de Envigado, donde pagaban hasta dos mil paquetes por servicio, pero es porque esos paisas tienen mucha plata para aceitar la maquinaria con armamento, carros y motos bien ásperos. Aun así, el negocito lo teníamos la chimba, cada uno con su propia función: unos cobraban, otros manejaban los contactos y los demás hacían lo que tenían que hacer. La misma comunidad nos buscaba para que llamáramos al orden a los muchachos que se estaban enviciando, a los que se les torcía la patica o se les aceitunaba la voz o se dejaban crecer el pelo más de la cuenta —poniéndose areticos y mancadas de esas— o a los que se les iba la mano en lo que no debían. Llegó el momento cuando ya no sólo nos buscaban vecinos del barrio sino que llegaban hasta nuestra puerta, a bordo de naves que uno sólo veía en la televisión, gente del otro extremo de la ciudad, de donde vive la gente

ricachona.

Es decir, gente decente.

Ejemplos de esta gente se desgranan en mi mente por montones. No hay que decir nombres, pues al mencionar uno cualquiera el resto lo asume como chisme en contra de esa persona, y la utiliza luego para sacar pecho y presumir de no ser como ella. Todos son iguales. Se escudan en el morbo de los nombres ajenos tan sólo para señalar a los otros de esa misma calaña que se niegan a admitir ante ellos mismos. Así son de garullas estos forajidos, que cometen el delito y luego se convencen de que ese mismo crimen sólo se les puede endilgar a los demás. No hay que alterarse por esto —quien se escandaliza con mis palabras es porque se espejea en ellas—, pero es bueno no olvidar que siempre hay más polvo sobre la alfombra que debajo de ella.

La otra razón por la que callo esos nombres es porque si alguna enseñanza le he robado a la vida es que no vale la pena desgastarse en rencillas. Listar a esas personas sería tanto como iniciar un toma y daca de esos en los que nunca gana nadie. El odio no va a resucitar lo que está muerto y ya nadie perdona como el Hombre Araña, pero a la gente se le va la vida odiando. ¿Para qué echar sal sobre la herida si lo que pasó, pasó, y no hay forma de que vuelva a suceder de otra manera? No me complico por lo que otros son o hacen o dicen o piensan. La vida es corta y hay que ser práctico: el mundo siempre da la vuelta hasta poner las cosas en su lugar. Si alguien no es como creí al principio, lo dejo volar mientras me alejo. No soy un hombre de odios sino de olvidos y por fortuna en el cielo siempre habrá más aves.

Cuando la identidad nacional está en peligro, los ciudadanos se apoyan en su bandera patria. A mí me sostienen en pie la persistencia, el batallar a diario y no dejármela ganar. Nunca me duermo sin recordar antes, como un mantra, “Tú puedes. Vas a lograrlo”. Al día siguiente me levanto y todo sigue igual. Pero sé que si llegué hasta aquí voy a seguir teniendo fuerzas para llegar hasta el final.

La misma bruja que una vez me habló de mi destino, en otra ocasión afirmó que nunca tendré plata por cuenta de mi excesivo optimismo. “Para ser rico se necesita ser consciente de que no habrá

nada al día siguiente, y ser tacaño y acumular y acumular y acumular". Demás que así es, pero conmigo no va: todo lo que me entra lo gasto, así no se trate más que de mero antojo. Pero si eso me hace feliz ahora, ¿por qué debo preocuparme pensando que quizás llegaré a mañana?

Una vez me preguntaron qué quería ser en el futuro.

"¿Cuál futuro?".

Como decía el chacho de aquella novela venezolana: "Como vaya viniendo, vamos viendo". Mi sueño ha sido sobrevivir, aunque siempre creí que moriría antes de los treinta. Eso afirmaba cuando rondaba los quince y ya le había sacado a la noche más brillo que muchos otros de mi generación. Ahora tengo la edad de Cristo: le debo tres años de ñapa al infierno. De modo que a cada rato me repito:

"Tienes que escapar, amigo,
tienes que escapar muy pronto,
de la máquina de cortar

ton tos".

Gema Almendrales; una autobiografía

A Sarita Araújo

“Quien no encaja en el mundo
está siempre cerca de encontrarse a sí mismo”.

HERMANN HESSE

“Creo en el poder liberador de la palabra. Pero también creo en su poder de destrucción pues así como hay palabras liberadoras también las hay destructoras, palabras que yo llamaría irremediables porque aunque parezca que se las lleva el viento, una vez pronunciadas ya no hay remedio, como no lo hay cuando le pegan a uno una puñalada en el corazón buscándole el centro del alma”.

FERNANDO VALLEJO, *El desbarrancadero*

I.

Porque Dios no me dio belleza, me tocó ser puta. A pesar de ofrecer mis servicios sexuales a toda suerte de clientes masculinos, nunca supe acercarme a nadie, así como nunca a nadie le interesó acercarse a mí. No digo *a este cuerpo*, porque de este cuerpo vivo. Me refiero a quien lo habita, que es quien importa. Sin embargo, me habría encantado casarme y ser una espléndida ama de casa, "de esas que esperan a su marido al final del día con la cena y los aconteceres familiares servidos sobre la mesa", como dicen que alguna vez afirmó un afamado escritor homosexual que murió lejos de su patria —solo, viejo, triste y feo—, sin que el amor lo rozara alguna vez ni por leve ni lejana casualidad.

Sé que a quien da la más mínima oportunidad el mundo lo despedaza sin piedad, tal cual narra Patrick Süskind en *El perfume*, cuando —en su búsqueda de amor, reconocimiento y de su propia identidad— el protagonista derramó sobre su cuerpo la esencia que guardaba en un pequeño frasco. Atraídos por el olor "a ángel", todos los pordioseros, prostitutas y criminales que se encontraban a su alrededor se abalanzaron de inmediato sobre su cuerpo, devorándolo hasta no dejar absolutamente nada.

Ni un recuerdo suyo siquiera.

Así las cosas, me he preguntado varias veces qué tanto vale la pena escribir mi biografía: en tiempos de escándalo, cuando los medios hacen a un lado el devenir de nuestros corazones, cualquier palabra o imagen que roza la palabra "sexo" se presta para que los mercaderes de la moral abusen de ella. Llamo así a quienes tachan de obscena la vida sexual de los demás mientras ellos mismos se lucran con el dolor, el morbo y la tragedia ajena. Yo, en cambio,

por moral sólo conozco el buen gusto.

Toda persona cree que tiene algo interesante como para llevar a un libro. ¿Hay algo de especial o de diferente en mi historia que amerite su escritura? Es posible que sea igual a la mayoría y al ripear cada madrugada las teclas de este computador buscando sacarle filo al silencio de las horas que hacen puente con el amanecer, tan sólo pretenda el desahogo tras volver a casa tan excitada como una actriz que necesita tiempo para despojarse del personaje al término de una función teatral.

O quizás el afán por escribir estos textos, ahora que he perdido todos los lazos con mi pasado, sea la manera de recuperar mi propia historia y, de paso, recobrar la de mi familia; una historia de la que desde niña busqué escapar pero que siempre ha estado ahí, corriendo a la par de la mía como hace el mar con la playa.

La familia, causa y fin. El seno que nos acoge es también el que nos ahoga. Si me hubiera distanciado de mi casa desde que era pequeña quizás habría caminado pasos distintos a los del resentimiento y la amargura. Pero nunca fui tan fuerte como lo presumía. Yo, que siempre fui osada, nunca tuve agallas. Hacía creer que era vanguardista e independiente. En el fondo, nunca dejé de ser un gorrioncito temeroso de la ausencia de mi madre.

¡Mi madre! Qué difícil me resulta pronunciar estas palabras. Y qué difícil, mucho más, adjetivarlas con amor. Como en aquellas planas escolares con las que aprendimos a escribir.

Amo a mi mamá.

Mi mamá me mima.

No, mamá nunca me mimó. Desde que yo era niña cargó su rabia sobre mis hombros. Con el paso del tiempo terminé por entender que la odiaba tanto como la amaba; la odiaba tanto como hubiera querido que ella me amara. Nunca supe si me quiso mucho o poco (¿se puede graduar el cariño?). Lo cierto es que mi infancia estuvo llena de “castigos y humillaciones”. Como la de Jane Eyre. No en vano he titulado esta historia del mismo modo que hizo Charlotte Bronté con su célebre novela: *Una autobiografía*. Un mínimo homenaje para una de mis grandes heroínas.

Para sobrevivir dejé atrás a mi familia, aunque nunca dejé de

vivir con ella. Y así fue hasta muchísimo tiempo después de que mis padres murieran: ya no estaban, pero sobrevivían sus recuerdos habitándome como demonios.

Hasta que auné suficientes fuerzas para tomar el toro por los cuernos.

Hace muchos años que hice a un lado la nostalgia. Ni siquiera me permití conservar alguna fotografía familiar enmarcada sobre la pequeña mesa junto a la cama: mandé al pozo del olvido cualquier recuerdo de mi padre, de mis tres hermanos y, especialmente, de esa mujer que me trajo al mundo, al parecer, tan sólo para alimentar su propio placer de verme sufrir. Tanto bordear el camino para no pisar la maleza exuberante de los recuerdos y, con la llegada de las primeras canas, tener que devolver los pasos. Los años han traído consigo la necesidad de reconciliarme con ese pasado sobre el cual tuve que echar tierra para poder sobrevivir.

Es de madrugada cuando mejor pensamos, pues la oscuridad agudiza nuestra capacidad de escuchar esa vocecita interna que con frecuencia nos indica si lo que hacemos es correcto o no. Escribo en primera persona, siempre en el orden en el que van llegando las ideas y los recuerdos. No pretendo justificar el desorden en el que cuento esta historia, sino recordar que los años generan lagunas en nuestra memoria que, en ciertas ocasiones, parecen del tamaño de un océano. Callo mi edad actual porque sabemos que a los hombres, de las mujeres, no les importan los años cumplidos sino los gastados.

Hoy, mientras escribo, después de haber sumergido mi cuerpo por más de media hora en el calor espumeante de las aguas de la tina, visto un traje de gasa transparente del color del achiote que entalla perfectamente en mi moldeada silueta, con una abertura pronunciada que inicia en el muslo de la pierna izquierda y rematado en un escote palabra de honor que permite admirar el collar en oro blanco con diamantes y esmeraldas que hacen juego con los pendientes alargados que heredé de la nona de mi madre. Para protegerme del frío me cubro los hombros con una piel de marta cebellina y, cada una de las manos, con un mitón de encajes bordado con sutiles rosas del mismo tono del vestido. He dejado a un lado las sandalias de tacón doradas para juguetear con los dedos

por entre la aterciopelada alfombra de mi cuarto. Sobre la tapa de mi escritorio, cerca de esta pantalla y del jarrón de cristal con rosas amarillas, descansa una copa de albariño frío, muy seco y ligero, junto a un tazón repleto de aceitunas negras rellenas de queso azul. De fondo, la voz de "la bellísima" cantando lo que más amo: *Quando men vo soletta, per la via, la gente sosta e mira, e la bellezza mía, yutta ricerca in me, da capo a pie*[1]. En tanto, doy gozo a los ojos mirando la ciudad a través de la pequeña ventana de mi piso, desde donde se divisa a lo lejos, sobre el techo de un edificio, la valla publicitaria de una marca de ropa interior femenina que muestra la imagen de una modelo con medidas de reina y un diminuto bikini sobre la frase, silueteada con luces de neón que tartamudean, "Mujeres valiosas, mujeres grandiosas". ¿Acaso los ciegos son los únicos que encuentran la belleza en el alma?

El cielo está despejado, de un cerúleo tan diáfano como el mar en lo profundo. Hay pocas estrellas. Siempre hay pocas estrellas en el firmamento bogotano. Si mantengo la mirada alta, me dejo llevar por la belleza de la ciénaga de lucecitas que parecería no acabar. O mejor, del océano sin fin en el que se ha convertido esta ciudad. Si bajo la vista, confirmo que transitan pocos carros sobre la avenida que golpea sobre la acera de mi apartamento. Como cada día de la semana, en dos o tres horas podré ver los techos de colores tropicales de los buses de transporte público entrando o saliendo del centro de una Bogotá opaca, a la que le gusta darse aires de señorío y cosmopolitismo; un submundo —tan gris como las ostras— atiborrado de oficinistas, mucho más triste y nauseabundo que el *underground* al que otros tanto le temen: de noche, las calles que circundan edificios como en el que ahora habito se tiñen de esa tristeza obscena que durante el día todo lo absorbe. No son las prostitutas, los borrachos y los travestís, con su colorido y alegría, quienes agrisan con su sordidez estos lugares, sino esa gente —los burócratas— que, con el peso de su resignación, se convierten en nube de langostas que todo lo devoran a su paso. No les bastan las calles y las paredes: viven como si hubieran muerto con los muertos, desdorando el ambiente con su amargura infinita de tener

que trabajar por trabajar, de cumplir órdenes a cualquier patán, de lagartear un puesto de quinta en el que se les va la vida, no de nueve a cinco sino entre los veinte y los sesenta. Quizás por eso desdeñan el espacio que a diario ocupan, se vengan de él, lo arropan con su tedio eterno, con su modorra, con su mal humor.

Conozco a muy poca gente: mis vecinos del edificio, dos o tres personas con quienes parloteo al final de las tardes, cuando merodeo por el barrio junto con Gárgola pocas horas antes de comenzar a laborar, unas cuantas compañeras de trabajo —la Shiaparelli, la Peki d'Oslo, la Isabelle Dufresne— y al mandamás de El Infierno, Felipe Jacinto; al dueño de la ferretería ubicada en el primer piso preferiría no mencionarlo como un conocido, pero con su hijo al menos me saludo de vez en cuando. Podría contar a otros más, incluyendo a varios con quienes, valiéndome de una foto que no es mía, me he "amistado" a través de Facebook. Con ninguno de ellos cruzo ninguna palabra que genere algún tipo de debate intelectual. Hasta hace unos meses, ese placer estaba reservado para Salvador Huerga, pero con el escándalo que alborotó la prensa ya todos conocen la manera tan salvaje y brutal como mi amigo fue asesinado.

Soy una mujer estricta con mis principios y tan obsesiva con las palabras como los perros con los olores. Y, como un perro, cumplo con la rutina asimilada: duermo cada día hasta las cuatro de la tarde. En la medida en que muere el día, mayor confianza adquiero, de modo que, luego del desayuno, doy una vuelta —¡amo la tristeza del naranja bogotano a las seis de la tarde!— por el pequeño parque ubicado dos cuadras al norte del edificio donde habito. Navego por internet entre siete y diez de la noche. Almuerzo antes de las diez y treinta e inmediatamente después me recuesto sobre la cama mientras Gárgola se deja acariciar la panza (este momento de ternura, que al principio no fue más que un pequeño regalo de placer, pronto se convirtió en obligación: los perros nos vuelven esclavos de su rutina tanto como hacen los hombres con sus palabras); luego camino hasta el trabajo —salgo en pos del amor cuando nadie me ve— y regreso a casa, caminando, hacia las tres o cuatro de la mañana. Al igual que los gatos, yo también veo en la negrura. De hecho, no temo de la noche sino a la luz; no a las calles

solitarias sino al tumulto; nunca a animal alguno, salvo al hombre: no hay nada más cruel y salvaje que el ser humano; no hace daño por necesidad sino por mero placer. Una vez a la semana paso por la farmacia a comprar el Baloto. También una vez a la semana voy a la peluquería a que me laven el brusquero, me depilen el bikini y me hagan la manicura. Detesto las mascarillas o que me echen cremas en la cara: sólo me maquillo cuando sé que permaneceré encerrada en mi casa y nadie me verá (me gusta visitar la peluquería, pero no tanto para que traten de embellecerme sino para escuchar lo que hablan las otras dientas. También me gusta hojear las revistas que encuentro allí, pero no tanto para saber de chismes de famosos desconocidos, sino para soñar que algún día —quién sabe, la vida da muchas vueltas— salga retratada en esas mismas páginas sin que los demás se sorprendan, para que más de uno, al verme allí sonriente, alcance a pensar "esa mujer merece esa felicidad"). Cada quince días camino hasta Paloquemao y me devuelvo en taxi a casa con el mercado. No fumo. Me gusta apurarme un par de copas de guaro tan pronto llego a El Infierno, pero nunca me excedo. Una vez probé la cocaína y se me dio toda la noche por la pensadera. ¿Para qué necesito una droga que me pone a pensar si no hago más en todo el día que pensar y pensar y pensar? En otra ocasión fumé marihuana, pero me dormí antes de que terminara de humear el pucho. Quedé sin entender el placer de un vicio que te arrastra a los brazos de Morfeo.

Mientras Bogotá vuelve a abrir los ojos —y oigo a mis pies la respiración de Gárgola, frenética a veces, como si soñara pesadillas—, mariposean en mi cabeza aquellas mismas preguntas: ¿vale la pena dedicarle tiempo a la escritura de algo que quizás a nadie le importe? ¿Cómo trasladar a los otros mi tragedia sin evitar que se queden sólo con la anécdota? ¿Cómo contar mi historia sin que se les antoje obscena? Pero también, ¿por qué preocuparme por algo tan efímero como la belleza? Depende de lo que se entienda por banal. ¿La búsqueda del amor lo es?; ¿aspirar a la complicidad de un ser amado lo es?; ¿ser tenida en cuenta y valorada por los demás lo es?; ¿pretender que una voz sea escuchada por el raciocinio que argumenta y no por la figura física de quien habla lo

es? Como si no bastaran todas estas inquietudes, todavía no resuelvo el *kóan* de mi biografía: ¿cuánto de mi trabajo es tentación y cuánto oportunidad? ¿Cuánto es pecado y cuánto ilusión? ¿Cuánto lujuria y cuánto emoción?

Por ir en contra de la encrucijada, sin pensarlo, la prostitución saltó sola y se convirtió en un viaje sin retorno. No trabajo en ninguno de esos locales de excesiva luz a los que antes acudía de cacería, ubicados dentro de los lindes del Santa Fe, ese barrio de prostíbulos donde los dueños se esmeran por renovar trimestralmente la nómina con la idea de que al otro lado de la juventud sólo está la muerte. Sólo al final de cada mes los propietarios convocan a todas las chicas sin importar si son viejas, gordas, desdentadas, flacas, malucas, negras o estiradas. Ese único día, el día de pago a los burócratas, los ríos de alcohol encuentran belleza donde la sobriedad no la ve.

Para evitar competir con quienes gozan de mayor *atrezzo* (utilería falsa, es cierto, pero al fin y al cabo utilería), una vez a la semana visito un apartamento en Los Rosales para bajar la pulsión sexual de Juan Martín Pizarra, un muchacho con síndrome de Down que actualmente ronda los veinte. La mamá fue quien me buscó. Algunos se pueden escandalizar de que una madre me pague por complacer sexualmente a su hijo. Sólo puedo decir que la mujer lo tiene claro: la naturaleza carece de moral. La doña estaba desesperada por las desvergüenzas de Juan Martín, que no tenía problemas en mostrar una erección o masturbarse delante de sus amigas. El médico le aconsejó hacer a un lado los prejuicios y calzar los zapatos de su hijo. “Que tenga discapacidad no significa que no desarrolle su sexualidad como cualquier otro joven de su edad”. Antes de que la señora traspasara las puertas de El Infierno, las pocas prostitutas que accedían a tener sexo con un discapacitado ya habían intentado, sin éxito, complacer las necesidades del muchacho. “Les veía la compasión en la cara tan pronto llegaban”, me confiaría luego la doña. Algún conocido del lugar donde trabajo le recomendó mi nombre. Cuando escuché su propuesta, algo dentro de mí me hizo dudar la respuesta, pero de mi boca salió la palabra “sí”.

El chico me cayó en gracia desde la primera vez que lo vi: era

divertido, siempre con una sonrisa en la mirada y una palabra de picardía. Nunca antes había estado realmente con una mujer y sus maneras en el sexo (no utilizaré el eufemismo de "hacer el amor") eran infantilmente salvajes. Dolorosas. A veces incluso crueles. Poco a poco, con argucias de zorra vieja plagadas de dulzura y cariño, le fui calmando las ansias hasta que nuestros encuentros pasaron a ser algo más que un mero asunto sexual. A partir de entonces sus relaciones familiares también cambiaron: de ser un muchacho agresivo y grosero se convirtió en un joven "correcto". Como acto de agradecimiento, la doña dejó de pagarme al contado y me ingresó como asistente de Gerencia a la nómina de su empresa, la misma que mensualmente me cancela dos millones de pesos por las cuatro visitas que le hago a su hijo cada mes, más lo que por ley le corresponde consignar al operador de caja por el concepto de seguridad social.

Mis encuentros con Juan Martín no se limitan a estos placeres. Hay otros mucho más sutiles y sensuales que nos alegran el alma por igual, como sentir la mano que se desliza, acariciante, besando la piel con la yema de los dedos, o los ojos cerrados con las facciones y los gestos memorizados o el estruendo de sonrisas en el aire o la lengua perdiéndose en las axilas o la palabra que no necesita pronunciarse o el calorcito sudoroso que se ancla en nuestros cuerpos o esa lengua de fuego entre mis nalgas o el abrazo y los abrazos y otros abrazos y muchos más abrazos. En fin, que la pasamos bien cuando estamos juntos. Como buenos amigos que tienen sexo de vez en cuando y se divierten mientras lo hacen. A veces, cuando Cupido se niega a cruzar la puerta, al amor hay que saber inventarle atajos.

Juan Martín es el único hombre para el que me elegantizo, especialmente al momento de vestir lencería de seda. En ocasiones incluso pongo música en su habitación y le bailo a la manera de un estriptis. Nadie imagina cuánto me excita entonces confirmar cómo le saltan las pupilas, le llueven chispitas en los ojos —se le vuelven trizas sin siquiera parpadear—, se le siluetea insistente una sonrisa, se le adelgaza la respiración, se le escucha lejano un asibilar intenso y se le ve como a ningún otro hombre el deseo de devorarme.

De resto trabajo en El Infierno, un bar cerca de la avenida

Jiménez donde no abunda esa cierta clientela que acude al Santa Fe. Pero antes debo contar lo que de esos otros sitios ahora sé. Hablaré de ello como si fuera un preámbulo para que luego no se diga que nunca se explicó y que se contaron las cosas torpemente.

En los prostíbulos son frecuentes cuatro tipos de clientes: los que "van a lo que van", los que simplemente van a mirar y si acaso se sacan lo suyo y se jalan un pajazo mientras chismosean por entre las junturas de las puertas lo que ocurre en el interior de las habitaciones (algunos hasta se molestan cuando una puta se les acerca más de lo debido), viejitos con "demencia" viril y aquellos que buscan desahogar su mente antes que su cuerpo: a veces simplemente necesitamos que alguien nos escuche y para ello nada mejor que el consejo de un desconocido.

Es lo que hacen todos esos ciertos clientes del Santa Fe en los llamados "reservados". Luego de quince minutos exactos de placer sexual, se valen de las rameras para quejarse del vacío de su alma o de la incomprensión que padecen por cuenta de su novia o esposa o de sus problemas en la oficina o de los dañados que hicieron y de la culpa que no los deja vivir: nadie imagina la cantidad de secretos que guardamos las putas. Vienen por sexo pero en realidad necesitan cariño. No es la belleza de las mujeres que allí trabajan lo que encarece los servicios. Pagan el tiempo que ellas gastan escuchándoles sus traumas.

Es la razón por la que las novias y esposas se desgarran de celos al enterarse de que su hombre les ha sido infiel a nuestro lado: no es que compartan su deseo lo que no les perdonan, pues en tal caso celarían también la mano propia cuando la usan con igual fin. Lo que hace añicos su autoestima es confirmar que su hombre busca en las meretrices algo tan vulgar y mundano como el mero placer de la compañía.

No sucede igual en El Infierno.

Con frecuencia mi clientela ni siquiera me roza con sus palabras: empotra, sin más, su pene en la boca o en la vagina. La mayoría de las ocasiones, en par patadas quedo despachada… y, ¡que pase el siguiente! Me va mal en el amor pero tengo mucha suerte con el sexo quizás porque todavía soy joven y puedo exprimir mi cuerpo. En esto de la prostitución el destino es la fe: si crees que vas a

levantar seguro terminas tirando; y, claro, dejar a un lado los remilgos: no hay hombres apuestos o feos ni viejos o jóvenes ni gordos ni flacos sino hombres dispuestos a gastar su dinero en quien les proporcione quince minutos de placer. Por eso juego a la cantidad. No estoy obligada a pagarle comisión a don Jacinto, de modo que con veinte o treinta mil pesos que me cancela directamente cada cliente, en una buena fajina logro hacer entre doscientos y trescientos mil. Sumando tan sólo jueves, viernes y sábados, a menudo supero los tres millones de ganancia. Es dinero rápido, pero eso no lo convierte necesariamente en dinero fácil, pues hay casos de casos. Así y todo, es mucho dinero para mí sola: todo lo que gano es libre de impuestos, vivo en casa propia y la gula es el menor de mis pecados. Me basta con alimentarme dos veces al día, siempre algo ligero: desayuno café oscuro, bañado con una lágrima de leche, y lo acompaño con una arepa de queso con mantequilla y mermelada de naranjas o de grosellas; a medianoche, almuerzo un pedazo de carne con papas o verduras. Cuando hay necesidad, aplaco los antojos con fruta, nueces, queso o yogur.

No me vendo, como es usual que se diga que hacemos las putas. Se vende aquel que, a cambio de posición social o económica, para sobrevivir se humilla al hacer lo que no quiere o no le gusta. Tampoco vendo mi cuerpo, como también se afirma de nosotras: por más que otros lo disfruten, sigue siendo mío. No comparto la frase de que las putas vendemos amor. El amor no es más que un ala que le nace al alma, es una abstracción sin propiedad que sólo requiere una sonrisa y el gozo eterno para ser compensado. De modo que es imposible convertirlo en mercancía. Digamos a secas que, a cambio de dinero, entrego placer.

Por todo esto no me marchito ni bajo la frente. No marco territorio pero tampoco permito que se metan conmigo. Se equivocan quienes creen que me doblegan al negarme oportunidades por carecer de mayores atributos físicos. La ofensa y la humillación son juicio propio y corresponde a cada quien afectarse o no cuando otro pretende hacerlo. Soy yo quien decide a quién le trago entero. Es el poder que me otorga la soledad, pues nunca recibo tarjetas de san Valentín y sé que nadie escribirá sus condolencias en mi muro de Facebook al enterarse de mi muerte.

Pero soy una mujer digna: vivo segura y libre para esclavizarme tan sólo a aquello que me importa. Mi libertad no es más que dar rienda suelta a la imaginación, tal cual me acostumbré a hacerlo desde mi niñez cuando, fantaseando con las historias que encontraba en los libros de papá, escapaba de la severa mirada de mamá.

En algún momento de mi vida me habría encantado, como hizo Dalí con el retrato de su madre, escupir sobre su rostro. Pero madre es madre y, por encima del recelo, todavía quedaban migajas de respeto. Tan pronto las cresas hicieron un festín con su cuerpo, tuve a bien incinerar cualquier fotografía que me recordara su figura. Sólo me quedaron grabados para siempre el sonido de la voz en sus escasos momentos de ternura; la carcajada casi infantil con la que celebraba sus propios chistes y un dejo lejano del olor de su piel, a jabón de avena, a perfume de albahaca, bergamota, jazmín y rosas. Aun así, su presencia fantasmal amenaza con romper, en los momentos más inesperados, las aguas turbias represadas a lo largo de estos años.

¿Por qué mi madre me odió tanto? ¿Por qué me rechazó desde antes de nacer? Peor aún, pues el pasado carece de solución, ¿por qué no logro sacarme de la cabeza a esa mujer que, desde que nací, se empeñó en hacer de mi vida una miseria?

Recuerdo la tarde dominical en que, siendo yo todavía una adolescente, se me acercó sigilosa y, con la mirada seca y endurecida de quienes mueren de sed, me susurró al oído una línea que tenía la misma intención de un arma:

—Ovidio ha muerto por tu culpa.

La frase me dinamitó el cerebro como si fuera un fogonazo de fósforo blanco. Pero ni siquiera le sostuve la mirada. Más bien giré el cuerpo para darle la espalda y, estallando en una carcajada nerviosa, busqué hacerle creer que sus palabras no me afectaban, a pesar de que estuve a punto de irme de bruces cuando la oí (luego supe que, tras una fuerte discusión con ella, papá se había encerrado en su estudio y en realidad había muerto de un ataque al corazón).

Más de una vez papá le llamó la atención por esa manera de decir las cosas. “Cuida esa lengua, le decía, que es más afilada que

una hoja de Gillette". A ella le molestaba que él la aconsejara. Creía que lo hacía "para mangonearla" (decía, con la cabeza altiva y la mirada chispeante, que no había nacido para cumplirle órdenes a ningún hombre). "Yo soy así", repetía, o "Dios me hizo así y a estas horas de la vida nadie me va a cambiar".

A pesar de su postura física siempre amenazante, eran frases que revelaban un carácter de rebeldía infantil, que dejaban salir a flote a esa niña malcriada que recurría a las pataletas para imponer sus caprichos. Sólo que ahora era una mujer adulta que no cuidaba sus palabras sabiendo el daño que producían. Y digo "sabiendo" (me atrevo a meterme en su cerebro) porque es claro que lo sabía: basta recordar al cura que ella escuchaba cada domingo sermoneando en misa sobre el poder de la palabra. O, dicho todavía mejor, sobre el tremendo poder de la palabra.

Así como se cuidaba de decir groserías delante de sus hijos no cerraba la boca con aquello que sabía que, al pronunciarlo, haría daño. ¿Lo hacía precisamente por eso? ¿Jugar a la niña mala era su manera de hacerse perdonar? Desconozco si sus palabras se enquistaron o no en la memoria de mis hermanos. No todos los hijos somos iguales. No a todos la ofensa y la humillación fortalecen o laceran de la misma forma. Son esos temas de los que nunca se habla porque son parte del caparazón familiar; se callan como una manera de respetar el dolor del otro, como una manera de hacer creer que nunca se los escuchó, que nunca se los padeció.

Cada vez que mamá se me acercaba, y era peor cuando en sus labios dibujaba una amplia sonrisa, lo hacía para enrostrarme alguna desdicha. Como aquella tarde cuando se molestó al encontrarme maquillándome frente al espejo de su tocador —yo debía tener para entonces seis o siete años— y me atravesó la cara con una bofetada tan briosa como la patada de una yegua. El golpe me arrastró hasta la puerta de su habitación y me hizo rodar hasta el borde de las escaleras.

—¡Es imposible pintar una imagen nítida sobre un lienzo emborronado! —gritó con furia al verme tendida en el suelo.

A partir de ese día jamás volví a sonreír delante de ella y me forcé a ser una mujer rígida que evitaba incluso el asomo por mi

memoria de cualquier recuerdo vago que tuviera que ver con la risa. Parafraseando el poema de Elizabeth Bishop, podría decir que *Perdí a los ocho años / el coraje de reír / en la mesa de mis padres / y nunca lo recuperé*. Fuera de casa, en cambio, y quizás como una manera inconsciente de despertar empatía, por mucho tiempo conservé la costumbre de esbozar una breve sonrisa al final de cada frase, hasta que un levante de turno, un costeño con pinta de *beach boy*, me lo echó en cara a gritos. Entonces comencé a comportarme con los demás de la misma forma en que desde niña hacía con la familia y terminé de forjar mi carácter, tal cual aconsejaba alguno de los tantos libros de autoayuda que para entonces ya había leído.

La risa, y cualquier arista de humor, se convirtieron en una herramienta subversiva para demostrar mi desprecio. De tanto enseriarme en casa, poco a poco fui perdiendo la alegría. La reservaba, de pequeña, para mis momentos de privacidad, cuando bailaba y cantaba solitaria, prisionera de las eternas cuatro paredes de mi cuarto, desde el que se veía el patio a través de una *finestra* de guillotina por la que, en las noches, me escapaba hasta la calle. Digo "escapar" cuando en realidad lo que hacía era ausentarme de casa. De haber escapado, nadie me habría extrañado.

Por esa misma ventana, tal cual le escuché a mi padre reprocharle la víspera de mi primera comunión (y fue la única vez que lo oí culparla por algo), mamá intentó matarme cuando era una bebita de ocho o nueve meses. Según las palabras que recuerdo, él se quejaba de haberme encontrado, completamente desnuda, llorando bajo la lluvia entre las matas del patio, y ella se limitaba a contestar nimiedades. Una sola vez se atrevió a replicar, con un gesto de desdén, "Se me resbaló de las manos", una frase con la cual no convenció a papá, quien siguió cuestionándola, repitiendo una y otra vez su canallada. Mientras tanto, mis hermanas gemelas observaban el espectáculo desde la distancia, tal como las recuerdo desde que tengo uso de razón, hasta cuando comencé a entenderlas como un par de fantasmas que deambulaban por la casa cual si fueran extras sin parlamento en alguna película (en realidad, son tan irrelevantes en mi pasado que no amerita gastar tinta en ellas).

Al final, mamá zanjó la discusión con un grito que resonó a lo largo y ancho de aquella enorme casa de tres pisos.

—Respéteme. ¡Yo no soy una Medea!

Luego entró corriendo a mi habitación y, zarandeándome —pálida y trémula—, escupió:

—Sabía que me acarrearías problemas desde el instante mismo en que el médico anunció que nacerías de pies.

Nunca la perdoné. No puedo decir que no la quisiera. A fin de cuentas, era mamá. Pero no le perdono que me haya quitado lo único que jamás deberían arrebatarle a nadie: su autoestima. Ella me plantó en la mente sus palabras como un virus resistente y es de la palabra de lo que nos aferramos para sobrevivir. Esas palabras nefastas me obligaron a crecer derrotada. Ahora puedo pronunciar esta palabra: derrotada. Estaba convencida de que no merecía nada bueno, de que no podía luchar por lo mío, por lo que yo quería. Poco a poco me fui conformando con las migajas que me dejaba la vida hasta que caí lo más bajo que podía. Aun así, algo dentro de mí que todavía no sé qué fue se negó a rendirse por completo. Quizás, pienso ahora, todo se debió a que nunca abandoné la idea de que el patito feo algún día se convertiría en un hermoso cisne.

2.

Tengo los pies bien puestos sobre la tierra. No creo en hadas madrinas, en seres de luz ni en dioses griegos. Nunca fui inocente, luego nunca fui feliz: era muy joven cuando se me murió Dios. Sucedió cuando perdí el interés en agradar a los demás. ¿De qué valía hacerlo sabiendo que, por más que lo intentara, no lograría el amor de la persona que más me importaba? Salvo cuando era objeto de sus regaños o cuando papá me trataba con especial cariño, desde niña me percaté de que caminaba por este mundo tan invisible como un mosquito. O como si formara parte de esa casta india, los *dalits*, a la que sólo se le permite salir de noche: personas miserables desde antes de nacer sólo por la creencia de que fueron creadas en la parte innombrable de una divinidad; personas que no son “nadie”, que tienen prohibido tocar a alguien de una clase social superior, que están obligadas a limpiar con sus propias manos

los excrementos ajenos o que son forzadas a prostituirse, so pena de ser encerradas en una celda a la espera de la muerte por inanición.

Cuando era niña, más de una vez quise desaparecer sin dejar rastros. Solía ocultarme durante horas entre los bloques de ladrillo de una construcción abandonada en la misma cuadra de nuestra casa. Lo hacía para que los demás se olvidaran de mí, para evadir la mirada escudriñadora de mamá, para concentrarme en la lectura de los libros que extraía de la biblioteca de papá sin preocuparme por la opresión que me empezaba a crecer en el pecho como un tumor. Desaparecía solitaria, pero siempre acompañada por todos esos personajes de ficción que alimentaban mi fantasía. Tenía diez años y esos eran mis únicos amigos.

Hubo un tiempo en el que me acostumbré a deambular mi negrura por entre alargadas sombras o por entre calles desérticas, a usar zapatos cuyo tap tap sobre el pavimento no llamara la atención o a ingresar a espacios donde mi cuerpo se camuflara. La noche cumplía la misma función del caparazón bajo el cual las tortugas esconden el miedo. O, para usar otra metáfora, seguía el ejemplo de los avestruces que bajan la cabeza para pasar desapercibidos. Todavía soy violentamente tímida: ¡detesto exhibirme, dejarme ver en público, permitir que otros sepan que existo!

En el colegio y en la universidad, mis compañeras me veían con desdén: bajaban los ojos, guardaban silencio y seguían de largo. Con el tiempo aprendí que hay labios que no necesitan musitar palabra porque la mirada lo dice todo. En ocasiones sentía clavados sobre mi piel los ojos de alguien. Al voltearme, creía confirmar que me miraban con cierto pesar. Más de una vez me confundí creyendo que había envidia en esas miradas, pero ¿envidia de qué?

A veces, cuando camino por la calle en horas diurnas, la gente evita acercárseme demasiado. Les he escuchado decir a mis compañeras de El Infierno que muchas veces se sienten como cebras acechadas por leones: tal cual es la mirada depredadora de los hombres, que ansían devorar a todas las putas tan pronto ingresan al local. Nada de eso ocurre en mi caso: nadie me mira de frente más de un minuto, lo cual significa que a nadie le interesa escucharme. Es como si creyeran que el dolor me lo tengo merecido.

“¿Qué más quieren de mí?”, me pregunto silenciosa, con la garganta rota y la mirada encharcada. Vivo enclaustrada y solitaria, pagando caro el hecho de no haber nacido con la belleza de las demás.

3.

Pesé al nacer 4 kilos y 253 gramos, tal cual está escrito al respaldo de una foto en blanco y negro que me muestra desnuda y calva, con los cachetes tan gordos que apenas permiten insinuar la naricita, mirando sonriente hacia la cámara con una mezcla de placer y curiosidad.

Papá me contó alguna vez, rebosante de cariño, que aprendí a caminar mucho antes que a gatear. A los ocho meses ya me sostenía con fuerza de las patas de las mesas y me carcajeaba al escapar de los brazos de mamá. Podría bromear afirmando que era “callejera” desde la cuna. Supongo que me gustaba saberme libre buscando espacios diferentes a las cuatro paredes en las que me encerraban a jugar con mis hermanos, siempre obedientes y temerosos de la mirada severa y los regaños frecuentes de nuestra madre, a quien yo miraba fijamente a los ojos como una forma de retarla desde que era muy pequeña. Según palabras de papá, ella entonces me palmeaba fuertemente las nalgas al tiempo que me regañaba por mi “insolencia”. Ni aun así me hacía brotar una lágrima, lo cual alimentaba mucho más su rabia. Ahora pienso que desde entonces estaba poseída por el espíritu de Jane Eyre. Digamos que este carácter desafiante fue imantado a mis genes por mis antepasados, que llegaron a este continente encadenados. Como no les daba importancia a los golpes y seguía adelante sin bajar la mirada, desde niña supe que la sociedad desconfía del placer ajeno por la libertad. La gente vive tan atrapada en sus culpas y en sus destinos moldeados por sus familiares o amigos, que recela de aquellos que sólo cumplen sus propias órdenes. No hay que olvidar que los gatos disfrutan tanto mirar pajaritos no sólo porque se los quieren comer sino porque envidian que puedan volar.

No guardo ningún recuerdo de las “insolencias” de mi niñez, salvo que mis hermanos se negaban luego a jugar conmigo para evitar contrariarla. Cuando nos regañaba a todos cuatro por igual,

corrían a buscar mi complicidad. Entonces me rogaban que la enfrentara para que disparara yo la rabia que a ellos se les trancaba entre los labios. Incluso me buscaban cuando la pilatuna corría sólo por cuenta de ellos, como la vez en que una de las gemelas gritó cuando sintió el corrientazo luego de que la otra la obligara a meter los dedos en una toma eléctrica. A mamá llegó a molestarle tanto la manera desafiante como la miraba, que con frecuencia se quedaba a mis espaldas mientras me sermoneaba. Como los halcones, a los que les vendan la vista para que no se alteren ni les picoteen los ojos a su dueño.

Mi talento fue nacer con la piel curtida para soportar golpes, pero esos callos que me cubren el corazón no han logrado llenar el vacío que siento por dentro ni apartarme la tristeza de los labios.

4.

A pesar de que con los años poco a poco he ¡do extrayendo esos recuerdos que se enquistan en algún rincón de la memoria, quizás en esos cajoncitos secretos perdidos en los laberintos del cerebro en los que escondemos lo que no queremos recordar pero tampoco somos capaces de destruir, todavía no termino de ajustar por completo el rompecabezas de lo que sucedió la mañana en que fui por primera vez al colegio. Cierro los ojos, dejo sonar en el ¡Pod la música nostálgica que me devuelve a la niñez, que vendría a ser la *Balada N.º 2* de Chopin, y hago un esfuerzo por recordar los espacios que permanecen cubiertos por la niebla de los años.

Sé que la noche anterior mamá no estaba en casa. Aprovechando su ausencia, Laurencia, una de las chocoanas que nos ayudaba con los oficios domésticos, había sacado un secador de pelo. Durante un par de horas, y entre bromas de complicidad, entre ella y Hermecenda, que era quien cocinaba en casa, se dedicaron a desovillar las greñas que para entonces ya me crecían casi hasta tocar los bordes de las nalgas. Cuando los cabellos estuvieron completamente lisos, destinaron unas pocas hileras a cada lado para trenzarlas, con una cinta rosa que se unía en la parte de atrás de mi cabeza, sobre el resto del pelo que flotaba al viento. Cuando me vi en el espejo no podía creerlo: me veía como una princesa de cuento de hadas.

A duras penas pegué los ojos esa noche. Estaba exaltada. Me levantaba a cada rato y, a hurtadillas —para evitar despertar a mamá, a quien había oído llegar dando tumbos por la borrachera (incluso la oí rodar un par de veces al tratar de subir por las escaleras)—, prendía la luz del baño dentro de mi habitación para admirarme en el espejo.

Al día siguiente desperté recostada sobre la silla que había frente al tocador del baño. Mamá entró a mi habitación en ese momento y, al verme así peinada, me gritó mil cosas y me zarandeó con tanta rabia que creí que me rompería los huesos. Luego vociferó llamando a Laurencia y a Hermecenda mientras me metía, con todo y pijama, bajo la ducha, sin importarle que el agua estuviera tan helada que me quemó la piel.

Como si se tratara de un acto reflejo, bajé apresuradamente las escaleras, crucé el comedor, salí al patio y respiré profundamente. Laurencia venía detrás de mí. Al verme tan agitada trató de abrazarme pero se lo impedí. “No le pares bolas a lo que dice esa señora”, dijo con rabia. “Es mamá, Laurencia —contesté dándole la espalda mientras caminaba hacia el árbol que golpeaba la ventana de mi habitación—: si ella lo dice, yo le creo”.

Ante la mirada impávida de la empleada, que no intentó detenerme, subí hasta la última rama del eucalipto, ensuciando por delante y por detrás el uniforme escolar. No lloré ni grité ni dije absolutamente nada. Tratando de imitar a los simios, tan sólo me colgué agarrándome lo más fuertemente posible con la mano derecha, deslicé la izquierda por debajo de mi muslo derecho y permanecí así durante un buen rato. Si a mamá la hacía feliz creer que yo era una mica, no tenía reparos en complacerla. Ella no lo entendió así: tan pronto me vio corrió energúmena por el patio, mientras se quejaba de mi “falta de compasión”, gritando que algún día, no muy lejano, yo sería la causa de su muerte. “Que nadie lo olvide cuando me vea en el ataúd —gritó con rabia al ver que mis hermanas, acompañadas de Laurencia y Hermecenda, habían salido al patio al escuchar sus gritos—: la culpa de mi muerte, tarde o temprano, será de esta pendeja”.

Bajé del árbol tan pronto vi a papá cruzar la puerta del patio. Me aferré a su pierna derecha —¡me aferré a ella, no me escondí

detrás de ella!— y, sin la más mínima expresión de alegría o de dolor, fijé la mirada en los ojos de mamá mientras escuchaba el patético silencio de papá. Así fue siempre, me percaté de eso a partir de ese momento: papá era incapaz de domar a una esposa mucho más joven que, mar de colmos, buscaba desesperadamente llamar la atención aun a costa de ella misma, pues mamá no se detenía a pensar en el daño que les hacía a los otros o que se hacía a sí misma.

No hacía las cosas por maldad (sé que debo intentar ponerme en sus zapatos). Papá nos contó alguna vez que la nona de mamá le había dicho que, de niña, mamá era pataletosa. Se crio como hija única de un matrimonio que se excedió en mimos y regalos. Nunca le negaron un capricho. Que si quería un vestido, un vestido le daban; que si quería un collar, un collar le regalaban; que si quería un caballo, un caballo le compraban. Nunca estaba satisfecha con lo que recibía, de modo que de todo se antojaba, especialmente de lo que no necesitaba. Una vez armó revuelo en una fiesta porque pretendía los aretes que llevaba otra niña. Como no quiso regalárselos, mamá se los arrancó a la fuerza. En lugar de castigarla, sus papás, mis *nonni*, les pagaron a los padres de la niña por los mismos aretes que esa misma noche mamá dejó botados en algún lugar de la casa.

Pero al parecer, según también nos contó papá, la mamá de la *mía mamma* era una mujer seca, tan dura como la coraza de una tortuga. El cariño no lo mostraba con abrazos o con ternura sino con objetos, con regalos materiales. Y así creció mamá, creyendo que sólo la querían quienes le dispensaban cosas.

Hasta que mis *nonni* murieron en un accidente de tránsito.

Quedó huérfana a los ochos años en un país diferente al de su familia. Quedó al cuidado de su abuela, quien para entonces ya vivía en su finca, llamada Eurotas, rodeada por una corte de empleados negros a quienes trataba como esclavos. Recuerdo haber visto en mi niñez un reguero de fotografías que la mostraban en el centro de gloriosas mansiones mientras la servidumbre la abanicaba con palmas gigantescas (al estilo de una escena cinematográfica) o a la cabeza de una inmensa mesa solitaria, pero repleta con toda

suerte de frutas y manjares.

De modo que mamá, luego de ser el centro de atención de unos padres generosos, pasó a vivir acompañada por decenas de servidores, a quienes consideraba socialmente inferiores y, por eso mismo, absolutamente solitaria. Le hacía daño a cualquiera que se le acercara, por su necesidad de ser amada. Esto no lo supe aquella mañana en que asistí por vez primera a la escuela. Para entonces yo era una niña de escasos seis años pero, de tanto analizar a su verdugo, uno llega a conocerlo más que a sí mismo. E incluso, igual que hace uno consigo mismo, corre el riesgo de no perdonarlo.

Esa mañana, antes de salir por primera vez para el Leonardo da Vinci, el mismo colegio italiano en el que se había graduado mamá (mis hermanas, en tanto, estudiaron en el Marymount), le escuché decir al volver la espalda, ya más calmada, "Hoy se cierran las puertas del paraíso… De ahora en adelante tendrás que acopiar todas tus fuerzas, y aun así no serán suficientes". No supe a qué se refería. Tenía seis años y le daba poca importancia a lo que sucedía a mi alrededor. Sin embargo, las palabras que oía, especialmente cuando provenían de labios de mamá, retumbaban durante largo tiempo en mis oídos. Estas, en particular, en su momento las asimilé como una anticipación del dolor que vendría después. Para mis oídos, era como si ella hubiera dicho "Prepárate para sufrir".

Laurencia me acompañó un par de cuadras, hasta el sitio en el que me debía recoger el bus escolar. Durante la caminata, le pregunté por qué mamá me decía esas cosas. ¿Acaso yo había hecho algo malo y debía ser castigada? Laurencia no supo qué contestar. Dijo que quizás yo había entendido mal y que seguro mamá se había despedido de mí con una frase de amor.

—¿Y por qué no me trajo ella misma al paradero de buses? —dije y la miré de frente, totalmente dueña de mis palabras.

—Está organizando la reunión que tendrá esta tarde en casa con sus amigas —contestó sin convencerme, con la voz entrecortada.

—¿Sí ves? Son más importantes sus amigas que yo.

—No llores por eso —dijo mientras se agachaba a limpiar las lágrimas que comenzaban a correrme por la mejilla.

Cuando subí al bus, los otros niños me miraron con espanto. La niña que iba sentada junto a mí no dejaba de mirarme en completo

silencio. Me sentí cohibida, casi arrinconada. ¿Qué tenía mi cara que llamara tanto su atención? Le pregunté. Me miró con desdén, pero no contestó. El niño que estaba sentado en la banca detrás de la nuestra, en cambio, susurró a mi oído "Eres muy rara". Nunca había escuchado esa palabra.

Esa tarde, al regresar a casa, corrí emocionada a la habitación de mis padres. Papá todavía no regresaba de trabajar y mamá estaba recostada sobre una esquina de la amplia cama matrimonial. La televisión, situada sobre una mesa al otro lado de la cama, estaba encendida pero ella no parecía disfrutarla (en realidad, me convencería de eso con los años, sólo disfrutaba los momentos en los que ella era el centro de atención. La soledad, por tanto, era para ella una agonía lenta y extrema). Hasta tanto no estuve justo al borde de su cama, rozando con mi cuerpo la pierna que le caía hasta el piso, pareció no notar mi presencia. Me miró con desdén. "Un chico me ha dicho que soy rara", me escuché confesarle con una voz muy baja. "Vete acostumbrando —enfatizó en voz alta, casi sin mirarme—. En este mundo nada es igual para todos".

Por alguna razón me sentí regañada, así que bajé la cabeza como hace la gente condescendiente para evitar llevar la contraria y salí lentamente de la habitación. Tan pronto crucé la puerta, devolví los pasos y le pregunté, todavía con la vista puesta en el suelo: "Si lo sabes todo, ¿es porque eres bruja?". Ante su silencio, la miré a la cara. No pestañeó. Tan sólo dijo: "Si lo supiera todo, sería millonaria".

Puestas hoy en perspectiva, aquellas palabras me suenan de manera diferente. El paraíso al que parecían referirse era mi propio hogar: ya no sería más la niña consentida de papá que reía hasta dormirse, en adelante tendría que asumir la responsabilidad por todo lo que hiciera y para eso tendría que hacer acopio de fuerzas. ¿Acaso fue éste realmente el sentido con el que ella las pronunció? ¿Será que siempre entendí de manera diferente lo que ella quiso decir y memoricé sólo aquellas palabras que me ayudaban a latigarme?

5.

En mi niñez siempre sobró el dinero. Crecí en La Soledad, en ese entonces el barrio en el que vivía la "gente decente", que era la expresión que acostumbraba usar mamá para referirse a sus amigos. Sin ser una gran mansión, por el alarde de su decoración la nuestra habría podido ser la casa donde Gatsby desparramara su amor por Daisy Buchanan. Era esquinera, con un patio enorme que tenía un eucalipto altísimo entre cuyas ramas adoraba esconderme, y tan amplia que cada hermano era dueño de su propia habitación, a un lado de la de nuestros padres. La de ellos y las de las gemelas miraban a la calle, mientras que la mía limitaba su paisaje a nuestro patio. La ventana de guillotina quedaba casi pegada al eucalipto, por lo que, en las mañanas ensolaradas, chorros luminosos se colaban por entre las ramas, dibujando en el suelo una atmósfera atigrada que amaba quedarme mirando durante horas enteras (*komorebi*, me contó una vez un cliente japonés, es la palabra en su idioma para describir esa luz).

Cuando uno es niño, un árbol es un mundo entero. A mí me servía para encaramarme, esconderme o refugiarme (creo que de allí vienen las manos ásperas, varoniles). Cuando no me divertía trepándolo, me encerraba en mi habitación a jugar solitaria, siempre siguiendo las órdenes maternas de vestir con bata blanca de limpieza quirúrgica, en el más estricto silencio y con la puerta cerrada pero sin seguro. Aquello era como un convento de monjas donde la superiora retozaba mientras mantenía a raya a las novicias.

En esa época, Bogotá era una ciudad triste, de calles silenciosas y solitarias, dominada por una constante llovizna, con un cielo a veces gris metálico, a veces azul mortecino. En la mañana, muy temprano, se intuía que en algún momento pasaría algo novedoso pero, con el correr de las horas, ese algo lentamente se iba apagando.

Las noches eran más frías que ahora, pero me las apañaba para saltar por la paredilla, aprovechando las ramas del árbol que daban a la calle, y salía a caminar muy tarde en la oscuridad a lo largo del Park Way, situado justo a la vuelta de nuestra casa.

En ocasiones era tanta la soledad en aquellas madrugadas que me desnudaba y deambulaba por entre la mitad del parque

sintiendo la brisa helada, tan cortante como una cuchilla de carnicero, acariciar toda mi piel. Me asustaba, al tiempo que me excitaba, la posibilidad de ser descubierta.

No me tocaba. Ni me acariciaba el cuerpo. Soñaba con que alguien apareciera por allí y se deslumbrara con la visión de las curvas desnudas, aunque corría a ocultarme detrás de un árbol cuando algún carro, normalmente taxis desocupados, cruzaba por el lugar.

Guardo en mi memoria ese miedo como uno de los mayores placeres que nunca he vuelto a sentir.

6.

Terminaba mis estudios de bachillerato cuando papá murió. Era un hombre de paso lento, silencios angustiantes y mirada inquisitiva, aunque cariñosa. A pesar de su cabello encanecido, lo marchito de su piel y el cansino tono de su voz, mostraba esa felicidad engañosa que esconde la comodidad. Ni yo ni ninguno de mis hermanos tuvimos nunca conocimiento de lo que fue su vida antes de que, en el umbral de sus cincuenta, desposara a la mujer que luego nos parió. Tampoco le conocimos mayores amistades. Ni siquiera tenía relación con sus hermanos y sobrinos. Era un hombre que parecía haberle ganado la batalla a la soledad, salvo cuando mamá lo cantaleteaba por cualquier nimiedad. En tales momentos veía en su cara esa mueca de desdén de quien, más por conservar la tranquilidad que por alimentar la cobardía, es incapaz de desatarse del pasado.

Para su fortuna, tenía para esconderse una biblioteca muy completa, con todas las grandes obras de la literatura. Su mayor placer consistía en encerrarse allí a escuchar la *Norma* de María Callas o la *Balada N.º 2* de Chopin, mientras jugaba haciendo fumarolas con el humo de los puros que encargaba a La Habana o apuraba dos o tres vasos de whisky, servidos siempre en vaso corto con dos cubos de hielo y un tris de agua.

Mi relación con él siempre fue mejor que con mamá, quizás porque era veinte años mayor que ella y asumía su propia existencia sin mayores contratiempos. Cuando yo nací, ocho años después de las gemelas, él despuntaba los sesenta, pero trabajaba de sol a sol y

tenía poco tiempo para compartir con sus hijos: o porque estaba en su biblioteca, bien sea sentado en su cómodo sillón leyendo alguna novela o tecleando alguna historia en su escritorio (al morir, salieron a la luz decenas de cuentos que escribió desde su juventud), o porque se lo impedía su actividad como profesor universitario, que fue la razón por la que se empeñó en darnos a los cuatro hermanos la mejor educación.

Salía de casa desde mucho antes de despuntar el día. A mi habitación llegaba cada mañana la estela de Roger & Gallet que seguía a su paso. A veces abría la puerta, luego de pedir permiso golpeándola con suavidad, para darme los buenos días con una tenue sonrisa en los labios y su mirada doméstica de curiosidad infinita, parecida a la de los conejos. Luego lo escuchaba descender paso a paso las escaleras para desayunar en la mesita de la cocina. La mayoría de las veces sólo lo veíamos los fines de semana, en especial los domingos, cuando bajábamos a Eurotas a visitar a la nona materna, que lo adoraba.

El médico dijo luego de su muerte que el infarto le sobrevino de forma tan fulminante que no alcanzó a darse cuenta de que la de la guadaña lo llamaba a su presencia. De esa misma forma quisiera morir yo: rápidamente y sin dolor, nunca de la manera, casi caricaturesca, como fue segada la vida de mamá, a quien le sobrevino un aneurisma cerebral mientras ciscaba en el inodoro. Ese mismo médico fue el encargado de contarnos que, quizás intentando aliviar algún torzón que le rumiaba con rabia, había pujado con tanta fuerza que la presión de la sangre fluyó demasiado aprisa hasta comprimírsele en el cerebro.

Así es la vida, ¿no? Una mujer que se preocupó tanto por la pulcritud… ¡para venir a morir cagando!

7.

Luego de la muerte de papá, mi situación en casa se complicó. Cualquier tema al cual me refiriera —fuera inteligente o baladí, en tono serio o en broma, como reflexión positiva o crítica negativa— no era bien recibido o no era comprendido en el sentido en el que lo decía. Cada palabra era tomada como una agresión. Cada conversación terminaba en insulto. Se quejaban de mi manera de

vestir, de la forma como actuaba, de los gestos, de mi mirada, de mi soledad. Aquello era como dormir con hienas. Para mamá, mis hermanas y mis cuñados, que se fueron a vivir a la casa luego de una boda conjunta, yo era un ser extraño, una especie de loquita de atar que nunca tenía nada interesante para decir. Creo que en ocasiones ni siquiera me escuchaban.

Me convertí en un ser silencioso, una muda que deambulaba, de forma casi espectral, por entre los pasillos de esa vieja casona. De alguna manera, me sentía confinada en una cárcel, soportando en silencio la discriminación de mi propia familia. Para salvarme, hice lo mismo que papá: me refugié en la biblioteca y fui feliz dejándome habitar de todos esos personajes con los que diariamente compartía las alegrías o las calamidades. Toda esa ficción era mi realidad y en mi propia casa pasé a ser vista como una idiota. Mis hermanas, sólo preocupadas por el mundo de la apariencia y del qué dirán construido tan sólidamente por mamá, decían que alguien que vivía encerrado entre libros y personajes irreales no podía ser una persona normal.

¿Cómo tener amor propio cuando todos alrededor me daban la espalda o me trataban como a una desquiciada? ¿Cómo cimentar la identidad en medio de las burlas y los rechazos? Cada día tenía más y más preguntas. Todas sin respuesta.

8.

De niña quise ser santa. Quizás por eso soporté las costumbres de mamá, siempre tan rezandera. A las seis de las mañana nos levantaba, todavía con los ojos entelarañados, a cantar en coro el ángelus junto con Hermecenda y Laurencia, vestidas siempre como mayordomas de algún castillo de la campiña escocesa. Aquel era el único momento en que se les permitía a ambas mujeres compartir con nosotras.

“El ángel del Señor le anunció a María”, iniciaba mamá y las tres hermanas le contestábamos como si fuéramos las chicas del dududuá en la orquesta de algún cantante negro gringo. Rezar era su obsesión. Iba a misa de seis de la mañana y regresaba a la iglesia al final de la tarde. Entre una y otra visita al altar, dedicaba a leer la Biblia más tiempo del que compartía con nosotras. Llegué a sentir

tanto celo de ese libro que, recién cumplidos mis nueve años, una tarde al regresar del colegio y encontrar que tanto ella como mis hermanas estaban fuera de casa, me lo llevé al patio y le prendí candela hasta que quedó reducido a lo que era: cenizas de vidas ficticias que sólo sirven para apendejar a incautos.

Luego del ángelus, mamá, emperifollada como una gran dama, de moña lacada y tacones altos, se sentaba a desayunar con té (decía que el café era gusto de gente vulgar) mientras nos corregía, con tono monjil y mirada austera, la postura en la mesa o nos enseñaba la dicción correcta de alguna palabra recién aprendida. Por la profunda fobia que les tenía a los gérmenes, nos ordenaba, siempre con los brazos en jarra en señal de autoridad, lavarnos las manos cuantas veces se le ocurría. También solía olfatear la comida antes de llevársela a la boca, como los perros que por instinto desconfían de lo que van a comer, y nunca nos permitía reír de más o regarnos en prosa en temas en los que no le interesaba ejercer pleno control sobre nosotras. Crecí en un hogar construido con la rigidez de una dictadura.

A las tres nos educaron sin distingos. Pero algo pasó: a medida que fuimos creciendo se fueron acentuando en mí los rasgos mulatos. Justo con la llegada de la pubertad la boca se me fue anchando (cuando carcajeaba, mientras mayor me hacía, más me convencía de que mi rostro debía de ser como la tapa abierta de un piano con todas sus teclas blancas a la vista) y de noche tenía que amansar mi pelo crespo con rulos gruesos bañados con alicer. Mamá, que les heredó a las gemelas su marmóreo cutis italiano salpicado de pecas, sus cachetes rosaditos como nalguitas palmeadas de recién nacido, su abundante melena estofada del color del ajonjolí y hasta esa misma mirada acechante y desconfiada de los tiburones, me distanció aún más de su lado.

A veces la escuchaba discutirle a papá a los gritos, pero con la puerta de la habitación cerrada. La voz de él se escuchaba poco y lo imaginaba queriendo salir de allí a hurtadillas, ahogado en su desesperación. Cuando intentaba entender lo que sucedía, me sacaba a empellones. Decía que los niños no debían meterse en las conversaciones de los mayores. Me miraba con los ojos encendidos de la ira, profundamente rojos. Como si fueran hierro ardiente. Y yo

me preguntaba en silencio si me habría amado igual que a mis hermanas de haber nacido yo con el mismo color de piel que ellas. Papá, en cambio, me abrazaba mientras se mantenía altivo, como un hombre que conoce mucho mundo y no tiene nada nuevo para descubrir bajo el sol.

Él era elegante, no sólo por sus vestidos de traje gris acompañados de corbatas azules en los que se enfundaba desde bien temprano en la mañana, sino incluso en la manera de reír: como alguien que es feliz pero se abstiene de mostrarlo. “Yo te quiero como siempre”, me decía. O “Te sigo queriendo como mi hija”, soltó en alguna ocasión.

Durante mucho tiempo, ese “como” me dio vueltas en la cabeza, pero nunca tuve fuerzas para encararlo porque corría el riesgo de escuchar una verdad para la que no estaba preparada, lo que no significa que las preguntas no me mortificaran en la cabeza. ¿Acaso, antes que odiarme, mamá odiaba en mí la culpa que arrastraba por haberle sido infiel a un hombre tan bondadoso como papá?

La celda de cada persona es su culpa. No hay mayor opresión ni peor castigo que los látigos de la propia conciencia. Para sobrevivir, algunos prefieren sufrir en el otro lo que no son capaces de aceptar en sí mismos. Como pasó muchos años después, cuando mi marido parqueó su carro frente al garaje de la casa de mi vecina y la vecina, sin saber que era el carro de John Tíndaro, a quien ella conocía de tiempo atrás, lo rayó con una moneda por la rabia que le dio que ocupara su espacio para parqueo. Yo, que en ese momento casualmente veía desde una ventana, salí a reprocharle. En lugar de disculparse, de ahí en adelante ella se vomitaba de la ira tan sólo con escuchar mi nombre: se sabía descubierta y, en lugar de aceptar el daño que había hecho, me lo endilgaba sin perdón. ¿Acaso mi rostro, para mamá, era esa letra escarlata que le recordaba la culpa pero ella, en lugar de golpearse el pecho, azotaba el mío? ¿Acaso endilgarme su tropiezo era la forma de tranquilizar su conciencia?

En el interior de nuestra casa solía mantener una distancia tan fría como el Ártico. Pero se convertía en “reina popular” tan pronto se encontraba con sus amigas en el amplio salón del primer piso, con sus techos artesona-dos, sus sofás Napoleón III tapizados con telas de Manuel Cánovas que hacían juego con las paredes enteladas

con delicados motivos primaverales que recordaban el papel de colgadura de *La familia del pintor*, de Matisse, y sus amplios ventanales forrados con pesadas cortinas de Damasco, del mismo tono morado que usan los arzobispos. Allí se sentaban todas como princesas en decadencia en butacas venecianas tapizadas con terciopelo, alrededor de una mesa ubicada justo debajo de un artesonado de la más fina madera.

Siempre vestía de perlas con trajes de colores oscuros, a tono con el grisáceo frío de la ciudad y en contraste con el maquillaje rojo carmesí de sus labios. Sus amigas, las hijas de sus amigas y las amigas de mis hermanos solían repetir "Qué envidia tener una madre así", pues con ellos era una niña juguetona, alegre en el trato pero sin llegar a ser tierna.

A mis hermanas, consentidas de mamá, el más lábil de los virus las tumbaba por varios días en la cama, les daban cólicos, se fracturaban los brazos; una incluso estuvo mucho tiempo con una pierna enyesada porque se hizo añicos el dedo gordo del pie una noche en que se llevó por delante una de las patas de la cama. Yo, en cambio, no recuerdo haber padecido ni siquiera de una gripa lejana. Tan sólo una vez tuvieron que suturarme con puntos una rodilla, cuando tenía ocho o nueve años, luego de que una de las ramas del eucalipto se viniera al suelo por cuenta de mi peso.

Ese día lo recuerdo porque mamá, en lugar de consentirme como a las gemelas, me castigó sin cena y me encerró en la buhardilla del tercer piso, la cual normalmente permanecía bajo llave porque había sido la habitación de Nicolás, mi hermano mayor, cuyo nombre jamás se mencionaba en casa porque las heridas nunca cicatrizaron ni en papá ni en mamá luego de que muriera en un accidente de tránsito cuando tenía quince años, es decir, tres o cuatro años antes de que yo descubriera su mundo privado.

Obsesionada con su regreso, mamá conservaba su ropa organizada en el clóset tal cual él la había dejado y la decoración de la habitación era la misma de cuando él murió. Sobresalía, por ser el único cuadro que adornaba las paredes blancas, aquel afiche en el que Farrah Fawcett, vestida tan sólo con un bañador rojo, sonreía a la cámara mientras parte de su bella cara era cubierta por su leonina melena rubia.

Ese día del castigo, luego de escudriñar cada uno de los armarios y las gavetas que por siempre me habían sido vetados, encontré una caja bajo su cama en la que, ocultas por sus libros y cuadernos, mi hermano escondía un par de revistas *Playboy* y me maravillé imaginando el placer de todas esas mujeres que sonreían con descaro, mientras su desnudez era fotografiada para ser luego manoseada por millones de hombres alrededor del mundo que se masturbaban deseándolas.

A partir de entonces, y luego de esculcar entre las pertenencias de mamá hasta encontrar las llaves de esa habitación, me gustaba escurrirme allí en las tardes cuando ella se iba de visita a las casas de sus amigas y papá todavía no regresaba de trabajar. Entonces me acostaba en la cama de mi hermano y, deslizando las manos por entre mi desnudez, imaginaba a mi hermano tocándose excitado mientras miraba cada noche el afiche de esa mujer frente a su cama.

9.

En casi todas las escenas de suicidas hay espejos. Como si el suicida se mirara antes de matarse. Los forenses se preguntan si lo hacen para verse por última vez o como una forma de matar primero el ego. Yo no tuve que matar mi ego. Tan sólo lo acepté tal como es.

Al observar nuestra figura en el espejo nos acostumbramos a nuestra propia belleza. De tanto ver dejamos de ver, como sucede con los escritores cuando, por leer repetidamente sus propios textos, dejan de percibir los errores. No es el espejo el que miente. Somos nosotros mismos al no lograr echar por tierra una imagen que se ancló en nuestra memoria en el pasado. Esa imagen, con frecuencia, se asienta más en la opinión ajena que en la propia. Somos más como otros nos ven que como nos vemos nosotros mismos. Así como ocurre con la identidad física, sucede con nuestra personalidad. De ahí que seamos tan contradictorios: creemos ser de cierta manera, pero somos diferentes ante los demás.

Esa identidad de la cual presumimos es tan sólo el personaje en el que aspiramos a convertirnos pero cuyos ropajes nunca vestimos. Podemos aceptar nuestro verdadero carácter o buscar convencer a los demás de la mentira de que somos como nos imaginamos. Yo

opté por lo primero y ya no hay temor cuando lo digo: mi rostro y mi profesión se parecen a los de las señoritas de Aviñón. Para muchos, amor propio no es más que decirse a sí mismos que son lindos. Para mí, decir que no soy linda no significa que no me quiera. Significa que lo he superado, porque "Entre más me ufano de mis defectos menos importancia les demuestro", tal como aprendí de uno de esos libros de superación con los que lentamente he ido construyendo mi personalidad.

¿Por qué la identidad femenina suele construirse a partir de su cuerpo, de su sensualidad? ¿Por qué no nos comparamos en lo demás: en la inteligencia, la cultura, la rapidez mental, en todo eso otro que está oculto y requiere la sensibilidad para hacerse notar? Porque necesitamos agradar al hombre. Todos nuestros esfuerzos, todo nuestro universo está construido alrededor de él. Es él quien rige nuestros objetivos, nuestras preocupaciones, nuestros odios y nuestros amores. Las mujeres nunca terminaremos de liberarnos del hombre porque estamos unidas irremediablemente a su costilla y esa costilla no es más que la dominación mental que seguimos aceptando por la necesidad de agradar, de ser amadas por ellos.

Si en realidad sólo somos lo que otros ven en nosotros, ¿a partir de qué momento una mujer se sabe íntimamente fea, se siente fea, se piensa fea? A veces me cruzo por casualidad con un espejo y detallo mi apariencia hasta concluir que en realidad no se ve tan mal. Pero ¿soy fea o no? Si otros lo dicen supongo que así es, aunque con frecuencia lo dudo y creo que, de tanto escucharlo en boca de mamá, me convencí de ello. Como leí en *El secreto*, "Mi vida viene en oleadas, con experiencias de aprendizaje y periodos de evolución y renovación". Es decir, todo depende del ánimo con el que me levanto. Si he de ser del todo sincera, cada día me convenzo más del poder de las palabras de mamá. No necesito justificar mi autoestima ante los demás, pero digamos para concluir que tengo una extraña belleza.

Soy bella cuando doy placer a los hombres. Cuando necesitan un amor de urgencia, ellos no reparan si una es rubia y estilizada o morena de tetas caídas. Por eso en la cama soy una depredadora sexual. Tan agresiva como una pantera hambrienta. Así me comporto. No degusto. Degluto.

10.

Mi apellido paterno es Betancur y el materno es Salai. Mamá, Sarai Salai, era hija de florentinos que llegaron a Colombia a mediados del siglo XX. En la pila bautismal el cura me llamó Leda. Nadie me llama Ledita, ni me trata con cariño o con una palabra que denote ternura. El común de los mortales, cuando me habla, hace como las mujeres que, al bailar, asientan el codo de tal manera que al parejo se le dificulte amacizarlas: creen que, si son más amables de lo normal, me acercaré más de lo debido.

Todavía me pregunto qué estaría pensando papá cuándo me bautizó con este nombre. ¿Tanto me amó que creyó que de adulta sería cortejada por algún dios griego transformado en cisne, en águila o, acaso, en grifo? He escuchado historias de hombres que se enamoran de putas, pero nunca de una mujer de cuya belleza no se pueda presumir. Lo sabemos desde los tiempos de Helena, el nombre que, desde niña, reservé para una hija mía.

Mamá solía aconsejarles a las gemelas que fijaran sus ojos en hombres igual de blancos y rubios que ellas. A mí, en cambio, ni siquiera me daba consejos de boda, quizás porque nadie mejoraría su "raza" al casarse conmigo. Nunca lo dijo, pero su actitud me hacía creerlo. No en vano había aprendido a descifrar su carácter y a profundizar en sus palabras. Por fortuna, desde hacía mucho tiempo había leído en *Cambia tus palabras, cambia tu vida*: "Las palabras pueden aumentar o disminuir nuestro nivel de felicidad; afectan las respuestas a nuestras oraciones y tienen un efecto positivo o negativo sobre nuestro futuro".

A estos libros llegué una noche cuando, luego de salir de la universidad, caminaba hasta el paradero de la buseta en la esquina de la avenida 19 con 3 y me detuve frente a una pared descascarada repleta de viejas pancartas, para leer unas gruesas líneas negras con la promesa "Usted puede ser una mujer bella". Algo me golpeó adentro, una luz de esperanza me colmó de alegría. ¿Podía ser verdad tanta hermosura? Anoté la dirección escrita al final del cartel. Casi al despuntar el día corrí con el corazón en la boca en busca del sitio que me ofrecía un mañana mejor.

El lugar estaba ubicado en el barrio Galerías, no muy distante de

mi casa, caminando a lo largo de la carrera 24. La puerta estaba abierta. Al entrar, encontré un salón inmenso repleto de otras mujeres sin mayor gracia estética. Frente a ellas, micrófono en mano, una mujer de pie sostenía un ejemplar de *Tus zonas erróneas* y explicaba que ese libro le había cambiado la vida en muchos aspectos, al igual que había ocurrido con más de treinta millones de personas que lo habían leído.

Esas páginas decían que cada persona tiene capacidad de decisión y que todas las cosas que suceden a su alrededor guardan alguna incidencia en su vida, pero para ello había que hacer a un lado las palabras necias de quienes nos han convencido de que no podemos hacer nada para cambiar nuestro destino o que hay que ser infeliz cuando alguien nos trata de determinada manera. Aceptar ambas cosas como parte de nuestra naturaleza era erróneo, pues cada quien es producto de las decisiones tomadas hasta ese momento. En lugar de culpar a los demás, para deshacerse de esas zonas erróneas —la duda, el miedo, la negatividad— era necesario aceptarse como único responsable de su vida.

También afirmaba que el cuerpo físico no se puede evadir, pero el alma determina lo que somos. Para ello era necesario entender que percibirse a sí mismo con muchos defectos es ponerle una carga a la vida, una carga que debe ser procesada con la pregunta "¿qué gano haciendo esto?". De ahí la necesidad de creer y aceptar ese cuerpo y entenderlo como la herramienta con la cual es posible lograr lo que se quiere en la vida.

Aquella charla fue como una epifanía. La espina de pescado que durante tantos años se me atragantó en la garganta poco a poco comenzó a rodar. Supe que no necesitaba de alguien para ser feliz. Si era libre e independiente, nadie tenía derecho a juzgarme o imponerme lo que debía hacer con mi vida.

A partir de entonces me volví adicta a cuanto libro de autoayuda y superación se colocara en una estantería con el letrero de "Best-seller". La mayoría de ellos los sumé a la biblioteca que heredé de papá. Otros todavía se apilan, como tótems, sobre mi mesa de noche. *Cómo ganar amigos e influir en las personas, Los siete hábitos de la gente altamente efectiva, El secreto, Reinventarse,*

Soy más lista que el hambre, ¿Quién se comió mi queso?, Tus zonas erróneas y, a la cabeza de todos, *La bruja de Portobello, Diario de un mago* y, por supuesto, la biblia de la sabiduría moderna, *El alquimista*.

Lo que he aprendido de todos ellos es que la literatura me cuenta la vida de los otros tal cual es, pero los libros de autoayuda y superación me ofrecen la esperanza suficiente para sostenerme en pie. Quiero saber, quiero conocer historias y entender la condición humana para nutrir mi cultura, pero al mismo tiempo necesito soñar, ilusionarme creyendo que las promesas envueltas en las palabras de estos otros libros algún día podrían volverse realidad.

11.

A pesar de que, para Navidad o cumpleaños, solía regalarle libros interesantes como *Piense y hágase rico, Padre rico, padre pobre, Pequeño cerdo capitalista* y *Cabrona y millonaria*, mamá no era buena para administrar dinero. Además de devorar en sus tardes de soledad novelas de Corín Tellado que yo misma llevaba a casa (quizás este era el único placer que compartíamos), su único talento, que le sobraba como a un artista genial, radicaba en gastarlo. La herencia material de papá, que las tres hermanas nunca supimos a ciencia cierta a cuánto ascendía, desapareció en menos de una década, pues la dilapidó a manos llenas en los vestidos y regalos que tenía que comprar cada vez que debía hacer una visita por el nacimiento de la hija de fulanita o para el bautizo de la de zutanita, o simplemente para agradar y seguir siendo invitada a esas reuniones que, cuando se dio cuenta de que no servían para nada, ya la habían arruinado.

Tras la muerte de papá, le dije a mamá que, en adelante, quería dedicar mi vida a la actuación. Me ilusionaba creer que podía ser otra; que podía dar vida a mujeres con un destino diferente al mío. “No brinque tanto que se va a pegar contra el techo —gritó entre risas fingidas—, y no cuente con mi dinero para esas pendejadas”. En realidad, se negaba a pagar mis estudios para no gastar en mí el dinero que *también yo* había heredado de papá, le enfaticé las palabras para que se las grabara. “Sea realista, mija: haga un curso

para mecanógrafa". Luego de un mar de discusiones, a través de una demanda logré que me devolviera la parte de la herencia que me correspondía.

Me gradué como administradora de empresas y a partir de entonces comenzó mi verdadero martirio. Mamá ya había muerto y las gemelas, casadas ambas, habían decidido vender la vieja casona de La Soledad en la que, en aquel momento, vivía yo sola. Con mi tercio de esa herencia me hice con este piso en un edificio esquinero, con escaleras empinadas y bombillos desnudos que chorrean una luz quemante como el sol.

Respaldada por las recomendaciones de varios de mis antiguos profesores, en cuanto me gradué me dediqué a distribuir mi hoja de vida en buena parte de las empresas de esta ciudad. En la mayoría de ellas presenté exámenes y tests de valoración pero, luego de la entrevista, de muy pocas me volvieron a llamar. Las tres o cuatro que al final lo hicieron me ofrecieron trabajos tan mal remunerados que salía de allí con la certeza de que ganaba más la empleada de los tintos. Sólo una empresa me ofreció un trabajo digno y bien remunerado como asistente de producción. Se trataba de una fábrica de espejos en la que trabajaba de la mano de su vicepresidente. Sin embargo, me pudo más el miedo: no soportaba la idea de tener que enfrentar mi reflejo en los cientos de espejos que cubrían las paredes de aquel lugar.

12.

Durante mucho tiempo no tuve un plan de vida. Me mantuve viviendo a la deriva, deshalagada, como un barquero sin río y con el dinero escaseando cada día más. Por fortuna ya había aprendido que la historia de cada quien semeja la de esas buenas novelas de ficción en las que, al inicio de su escritura, el autor desconoce el final pero que, poco a poco, la voz interior toma vida propia y guía su mano hasta hacerlo teclear el dictado que escucha dentro de su cabeza y, cuanto más intenta enderezar el camino hacia lo que él desea, más se empeña el destino en obligarlo a recorrer lo que de antemano ha decidido.

"Con frecuencia hay que soltar amarras para poder llegar a casa", me dije el día en que decidí vivir al pairo, que fue una

expresión que alguna vez le escuché a Salvador Huerga para referirse a que andaba a la expectativa, a la espera de lo que la vida dispusiera para él. Al pairo comencé a ofrecer mi cuerpo para sobrevivir en la esquina del Terraza Pasteur. Los sábados en la tarde eran el mejor día por la gran cantidad de soldados que por allá se aparecían. Debía hacer el dinero de la semana a la mayor brevedad posible, pues al oscurecer la zona se llenaba de maricas y travestis, gente a la que le cogí miedo desde una vez que una entaconada casi me saca un ojo al encontrarme en los baños del centro comercial junto con un cliente del que ella estaba enamorada.

En ese entonces me habitué a recorrer Bogotá de noche, cuando escasea la testosterona y hay un paisaje decadente con exceso de alcohol y drogas; de policías de mano resbaladiza que andan a la caza de quien dé oportunidad; de gente solitaria que deambula con mirada frágil y nerviosa; de taxistas cobardes que escanean a la distancia a su posible clientela antes de decidir si le prestan el servicio; de buses vacíos con luces prendidas y música baja, ya no el vallenato a todo volumen que repiquetea durante el día, cuando los conductores se sienten poderosos, alebrestados. Bajo las escasas estrellas del cielo bogotano, ya lucen cansados, aburridos del trajín diario y ni siquiera buscan animarse con el sonido de los acordeones o un reguetón destemplado.

Bogotá de noche no asusta. Es triste, insípida —ni siquiera melancólica—, aburrida. Puede que la recorran vidas, pero carece de vida. Es una ciudad apagada y más gris que cuando de día la mortifica el chischís eterno de la llovizna. Es cierto que a veces se escuchan el sonido de un avión que vuela bajo, los gritos destemplados en una fiesta de apartamentos y hasta el ruido de los camiones que recogen la basura, pero nomás: de resto, es mortecina, apabullada. Pueblerina.

13.

Alguien me habló de El Infierno, ese sitio ubicado en el segundo piso de un ruinoso edificio vecino de la plaza de San Victorino al que se accede por una puerta de madera de una sola hoja, casi escondida en la mitad de una calle desértica durante las noches, pero atiborrada de puestos ambulantes repletos de baratijas y

música de cantina a lo largo del día. Esa puertica conduce a una escalera por la que se ingresa a un segundo piso. A un lado hay una rocola y, al otro, una extensa barra en la que los clientes suelen dejar sus sacos y chaquetas tan pronto ingresan. En el salón no hay más de seis o siete mesas, rodeadas de butacas de madera de las que venden en el Pasaje Hernández; al fondo, un baño cuya puerta permanece cerrada; al centro de una pared, una pequeña puerta conduce a laberintos cuyos amplios ventanales permiten apreciar lo que ocurre dentro de las habitaciones. Una escalera cubierta con un vaho pestilente lleva hasta un sótano oscuro, mientras que otra muy estrecha, de madera crujiente, conduce a un pequeño galpón cuya única iluminación procede de un pequeño televisor. En cualquier espacio de El Infierno, incluyendo el salón de baile que se encuentra a la entrada, suele haber gente teniendo sexo. No importa si se trata de parejas heterosexuales, de gais o de aquéllos con travestís. Ahí ocurre como en la famosa frase de la reina de belleza: “Hombre con hombre, mujer con mujer y viceversa pero en sentido contrario”.

El Infierno es una gran familia: además de las travestís que listé varias páginas atrás, y de su dueño, Felipe Jacinto, trabajan allí, detrás de la barra, la caleña Betsabé, apodada la Coneja por la cantidad de hijos que parió, y la única de sus siete nietas que vive con ella, Yoli Constanza, una adolescente que se pintorretea los ojos de azul con verde desde bien temprano; la sexi rubia de cincuenta y tantos encargada de recibir el pago para el ingreso es Tranquilina Armenta, un hilo de carne largo que sobrepasa el metro noventa, de abundante melena que gusta llevar cortada en capas, con acento costeño y hombros de nadadora; y el que limpia las mesas y barre los condones usados se llama Neftalí; es panzudo y calvo y lo que más le gusta es mostrar lo suyo, por lo que con frecuencia se sube a la tarima a bailar como Dios lo trajo al mundo.

Las putas de El Infierno no son propiamente unas beldades. Son mujeres comunes y corrientes, la mayoría de ellas entradas en carnes y en años, que no usan escotes ni tacones altos ni se embadurnan la cara con afeites. En una noche regular trabajamos entre veinte y treinta, sin contar a los travestís, que han demarcado para ellos la zona oscura de los videos y nos dejan deambular libremente por entre las mesas y la pista de baile: ellos van directo

al sexo en tanto que nosotras preferimos coquetear bailando. Don Jacinto no permite el ingreso a mujeres que desconoce, pues siempre que lo hace la noche termina en gresca.

Frecuento este lugar para retozar siempre entre los mismos: no me interesa que me presenten nuevos clientes. Allí todos los asiduos se conocen, de cara y hasta de nombre, pero a nadie le interesa saber quién es en realidad ese otro salvo para, sexualmente, esquilmarle hasta los sollozos.

14.

He leído en los libros de autoayuda que es posible disciplinar el destino. Para ello lo primero es perdonarse. Por lo que aprendí de papá, uno se perdona cuando comprende su carácter y acepta sin reparos sus fortalezas y debilidades, igual a como hacen las empresas con el DOFA, esa matriz utilizada para saber dónde están paradas interna y externamente. Fue esta la mayor enseñanza que adquirí en mi paso por la universidad: en clase de Mercados era muy buena analizando los pros y los contras de un producto.

Se me dio por llevarla a la práctica en mí misma. Todo comenzó la noche en que me senté en la soledad de mi habitación y, sobre una hoja de papel tamaño oficio que a partir de ese día llevo siempre en el bolso o la billetera, tracé una tabla en cuya parte superior escribí: Debilidades - Fortalezas - Amenazas - Oportunidades, antes de sincerarme conmigo misma. No fue un ejercicio de un día; tampoco fue fácil. Me tomó mucho tiempo ir anotando en ese papel lo que veía en mí de bueno y de malo, para qué era hábil, qué era capaz de hacer o si con lo que natura me había dado podía conseguir lo que aspiraba. Eso incluía una revisión emocional, pero también física. De modo que si a alguien le interesa saber cómo soy en realidad físicamente, he aquí mi propia descripción:

Mis pies son pequeños, con huesos fuertes pero delineados; las piernas, sin rodillas ni muslos prominentes pero con tobillos delgados, son gruesas mas no gordas. Cuando pego una a la otra parecen haber pasado por una máquina torneadora, pues no queda espacio entre ellas; mis caderas son relativamente anchas, como las de esas mulatas borrachas por la brisa que se menean al caminar; el

talle es cimbreante y plano como una tabla: cuando estoy desnuda, las crestas iliacas se insinúan coquetamente a cada lado de las caderas; por detrás, las nalgas —carnudas y redondas— emergen al final de mi columna; mis senos son turgentes, ni grandes ni pequeños (uso brasier talla 34B), coronados con una aureola sonrosada que pasa a un tono celeste cuando consigo el orgasmo; la clavícula, levemente pronunciada, agacela mucho más la esbeltez de mi cuello. Mi piel es de seda, oscura como la canela; soy de pelo revuelto y abundante del color del petróleo, mientras mis ojos —a tono— parecen tinta china. Mido un metro setenta y cinco y peso cincuenta y ocho kilos; mi osamenta es sólida y simétrica, tan fuerte como esas secuoyas californianas que llevan siglos arraigadas a la tierra, lo que significa que gozo de buena salud; mis manos son fuertes y mis dedos, como los de un pianista, son huesudos y tan largos como una pitillera. Callos no tengo en el cuerpo tanto como en eso que llaman "alma", pues hubo un tiempo en el que, de tanto llorar, a mis lagrimales Ies salió costra.

¡De mi cara, en cambio, no hay nada que detallar!

A pesar de que mi voz suena como un rasgueo de guitarras, desde la adolescencia me acompaña una manzana de Adán que seguro pertenecía a algún varón y por arte de birlibirloque terminó en mi garganta. Quizás lo que más me empaña es mi pinta masculina. Soy eso que llaman machorra. En el día a día visto con camisas abotonadas hasta el cuello y pantalones comunes y silvestres que no llaman la atención, pues desde niña aprendí —viendo a papá encerrado en su biblioteca, escuchando para su goce solitario la música de sus encantos— que lujo es prescindir de todo lo que no es importante y que los placeres personales no son aquellos de los que se presume ante los demás, sino los que alegran nuestro espíritu en la intimidad.

Por eso vivo en un apartamento de ciento cincuenta metros cuadrados en el piso más alto de un edificio sin ascensor sobre la avenida Caracas, en la esquina norte del Bolívar Bolo Club, que alguna vez tuvo gloria por su inspiración francesa pero cuya fachada hoy se muestra descascarada y sin color. Un inmenso grafiti cruza de lado a lado la pared principal: "El país se derrumba y yo de rumba", dice en gruesas letras negras. Al otro lado de la calle

hay un mercado de flores al que suelo ir a comprar nardos y rosas, siempre amarillas, siempre en capullos cerrados. Un par de metros más allá se encuentra el cementerio Central, cuyas tumbas suelo divisar desde mi ventana.

El edificio tiene cinco pisos. El primero está ocupado por la ferretería La Llave de Oro, de propiedad de don Abraham (ignoro su apellido, pero supongo que debe ser judío), un hombre de unos sesenta años, soltero empedernido pero padre de Isaac Josué, un muchacho de veintipocos que trabaja a su lado y me tira los perros cada vez que me ve pasar. El chico no es feo. Tiene una sonrisa agradable y una mirada picara. Como la de un impúber monaguillo luego de empinarse el vino de la sacristía. Pero, a esta edad, jóvenes a mí, sólo por negocio. El viejo Abraham, en tanto, me mira de reojo tan pronto presiente mi cercanía. Y hay en su mirada un nosequé que me hace temblar de temor de los pies a la cabeza.

El segundo piso está habitado por la señora Clementina, viuda desde hace tres o cuatro años y que no logra sobrellevar el padecimiento de la ausencia. Antes de la muerte del señor Joaquín era charladora y amigable. Ahora a duras penas modula un saludo cuando me la encuentro en las escaleras. Es una mujer que ya pasó los setenta y desde que se casó fue tan sólo la esposa de su marido. Desde que enviudó, tan pronto despunta la noche carga una inmensa olla sobre un viejo triciclo y se desplaza hacia el norte, a lo largo de la avenida Caracas, hasta la funeraria La Candelaria. Allí se estaciona a vender agua aromática hasta la madrugada. A veces he pasado casualmente por allá y confirmo que no habla absolutamente con nadie. Parece como si el dolor se le hubiera comido la lengua.

El apartamento del tercer piso pertenece a la Candy Darling, una espigada rubia de cabellos hasta la cintura, cara cuadrada, manzana de Adán, voz aguardientosa como de cantante de tangos, cuerpo macizo, espalda ancha y culo de abeja; que no es del todo mujer. Es una guerrera de admirar que vive en un refugio tintado de sombrío: con decoración cruda; muros de cemento desnudo, sin barnices ni brillos; en ciertos lugares, especialmente en el techo, se alcanzan a notar los huesos del edificio; la madera de los pisos, comida por las ratas; las cortinas descoloridas, con las faldas deshilachadas, roídas;

y las paredes, incluso las de los baños y la cocina, tapizadas con cientos de fotografías de cadáveres dispuestos sobre una fría mesa forense, algunos cuerpos completos y otros —tal vez demasiados— abiertos, las vísceras al descubierto. ¿La razón? La pareja de la Candy Darling, Jackie Curtis (rubito, de ojitos verdes, bajito, gordito y con una sonrisa tan cálida y cariñosa como la de su señora), trabaja en Medicina Legal y tiene por *hobby* la fotografía, por lo que acostumbra conservar el último retrato de cada cadáver al que le practica la autopsia.

La Candy Darling tiene ese carácter endurecido a fuego lento, pero a la vez frágil, de quien se ha curtido a fuerza de resentimientos, de quien se ha pasado la vida atajando cuchillos en la noche, y que se refleja en esa típica mirada que pretende decir "Soy más que tú", cuando en realidad se siente inferior; y la piel surcada por los estigmas del desprecio. Hace varios años abandonó el trabajo que la hizo famosa en las esquinas del barrio y se metió a estudiar Derecho. Ahora su apartamento sirve de enclave clandestino desde el cual defiende —por abuso, maltrato, negación de oportunidades— a otras como ella. Lo hace por apoyar su causa y también porque le encanta la idea de saberse una guerrera que complota contra quienes han convertido en colcha de cicatrices su corazón.

El cuarto piso está desocupado desde hace un par de semanas. Antes vivía allí un negro gárrulo, grueso, de pelo quieto, mirada arrecha y un culo grande hermosamente insinuado. Se llamaba Castigo Feliciano y fue mi vecino durante algo menos de un año. Nos conocimos en las escaleras del edificio una madrugada al regresar ambos a casa luego de una noche de faena. Me dijo que trabajaba en la Cámara de Comercio de Bogotá. Le dije que me encantaba su nombre, que sonaba a premonición sexual. Alcancé a confesarle que si algún día se me daba por escribir un relato bautizaría a mi protagonista de ficción con ese nombre tan sonoro y literario. Era un tipo misterioso y eso lo hacía muy atractivo. Nunca le conocí un amigo ni lo escuché hablar por teléfono. Era tan solitario como yo y ahí fue la química. No le importaba lo mío pero yo nunca supe en realidad a qué se dedicaba. Igual, en asuntos de sexo lo que el otro hace poco importa. Tuvimos unos amores sin

aspavientos, de frescura y bacanería. Hace menos de un mes me topé con su cara en un periódico: era un temido jefe guerrillero por el que ofrecían no sé cuántos millones de recompensa. No sé cómo no lo pensé: un nombre tan bello sólo podía ser un alias. Las autoridades informaron que lo había matado un hombre bajo su mando. Una especie de infiltrado del ejército. Como sucedió en medio de la selva y el cuerpo pesaba mucho, para confirmar sus palabras llevó a los militares uno de sus ojos, negro y vidrioso. Las noticias todavía cuentan, tantos días luego de su muerte, que era un hombre realmente peligroso. Belicoso pero al tiempo brillante. Había estudiado Sociología en la Universidad Nacional y, tras internarse en la selva, logró escalar rápidamente por su afortunada puntería y su inteligencia de estratega. Todavía lloro su muerte. Me queda el consuelo de haber sido la amante de un guerrillero. ¿Qué le vamos a hacer? Una también tiene sus fetiches.

La puerta de este edificio que mira al occidente —una astrosa reja de hierro que enmarca, de arriba abajo, doce flores de lis— desemboca sobre una calle sin iluminación por la que temen transitar durante el día los bogotanos, mientras que tras la caída del sol se convierte en cambuche de cartoneros y bazuqueros. A menos de quinientos metros al norte, al otro lado de la transitada avenida 26, queda la entrada principal del Hotel Tequendama, el más costoso y elegante del país.

La ruinosa construcción en la que habito, a pocas cuadras del barrio Santa Fe, con frecuencia se mimetiza bajo las capas de humo que de día emanan los buses y los carros destartalados que abundan en las calles vecinas, por lo que me gusta pensar que vivo en un jardín en medio del infierno. De hecho, cada día me esmero por darle vida al frondoso jardín en el que tengo mis matas y mis árboles preferidos: balazos —que para algunos debería ser el árbol nacional— de lóbulos estriados; palmas bobas con la figura espigada de negra cartagenera con batea en la cabeza; yarumos que se desbordan por entre los vitrales del domo con sus hojas tan grandes, tan fuertes y tan grises como las manos de quienes labran la tierra; y, en especial, catleyas moradas y lilas y naranjas que contrastan con los anturios negros de la variedad vampiro, de

espata grande y alargada, que he sembrado en el pequeño patio que se desborda en el centro de mi casa y que siempre está florecido. Un jardín que florece alrededor de una fuente empisada en arabescos, bañado por chorros de luz que le llegan por entre una cúpula de claraboya, a través de la cual disfruto ver el cielo durante horas como hacía con la ventana de la habitación de mi niñez.

Mi muy cómodo apartamento es un mundo encantado de paredes estucadas en blanco y dorado que mandé ornamentar con dibujos de putti, en las que se sostienen las vetustas y corroídas vigas del techo que sobresalen a la vista; ventanas protegidas con los cortinajes de Damasco que me aferran a las nostalgias; una lámpara de época que pende del techo y arropa todo el cuarto con un tenue tono cobrizo que regala un ambiente de sofisticación; junto a mi cama, cubierta con sábanas de algodón egipcio de seis mil hilos, una pequeña mesa apila los libros que actualmente leo, siempre varios abiertos al mismo tiempo porque, igual que cuando canaleo con el control del televisor, no siempre tengo igual disposición para concentrarme por días seguidos en un mismo tema; y entre los objetos que heredé de papá se destaca el escritorio, sobre el cual nunca faltan flores coloridas en un antiguo jarrón de cristal (siempre he creído que en los floreros simples, sin adornos ni arabescos, lucen mucho más las flores), que le dan vida a mi vida mientras ceno solitaria con cubiertos Christofle, en platos de Limoges pintados a mano. Tengo un *walking* clóset amplio, abundante en vestidos de gala y pieles verdaderas saqueadas del armario de mamá tras su muerte, que me gusta vestir solitaria, en el momento de la cena, en una mesa con candelabros de plata a los que nunca olvido encenderles las velas. He creado un universo a mi medida, buscando no escapar nunca de mi propia realidad.

De todo hay allí, menos espejos.

Así como mis muebles parecen contar su propia historia, ocurre lo mismo con las prendas de vestir: lo que me cubre por fuera se ve sucio y desgastado, pero en aquello que va pegado a mi piel me esmero por sentir el encaje sedoso de la más fina lencería, que suelo comprar en almacenes costosos (el último capricho que me regalé fueron unas tangas ribeteadas en pluma, contrabandeadas

directamente desde París). Y ese perfume que descubrí hace poco —Nuit d'Amour— que adoro rociar por todo mi cuerpo justo antes de acostarme, igual a como hacía Marilyn Monroe con su Chanel N.º 5.

Que nadie me critique por guardar lo bello sólo para mí, pues apenas se me permite soñar con la belleza y sé que si alguien se enterara de que en ocasiones me gusta creerme una mujer elegante y distinguida, se burlaría gritándome que por más que vista de seda, simia por siempre quedaré: el problema no es que la gente sea mala, sino que lo sea porque sólo matoneando a otro puede alimentar su autoconfianza.

15.

Muchas veces, cuando conservo la excitación luego de haber tenido sexo gratificante, me desplazo a pie desde El Infierno hasta mi casa. Soy feliz caminando de madrugada, cuando la brisa helada me golpea las mejillas y disfruto a mis anchas la ciudad. Entonces confirmo que Bogotá es una jovenzuela que no termina de convertirse en mujer, donde a veces en la penumbra se oye el canto de un gallo perdido en la soledad de sus edificios. Sus amaneceres, en medio del peligro que podría acechar cualquiera de sus esquinas —sus calles desocupadas, la luz tenue de sus faroles, la niebla que arropa el pavimento, la oscuridad tras los ventanales—, tienen siempre algo muy tierno. A veces, cuando miro hacia el cielo y mis ojos se topan con la luz encendida en lo alto de algún apartamento, me gusta imaginar lo que ocurre allí justo en ese momento. Románticas escenas de amor, de sonrisas y murmullos bajo el calor de las cobijas; destempladas discusiones familiares de última hora; amigos que se resisten a abandonar la complicidad de una fiesta; los fantasmas del insomnio por las culpas o preocupaciones…

Una madrugada de luz intensa (la luna parecía querer agujerear el pavimento), mientras tarareaba *Ed assaporo allor la bramosia, sottil, che dai vogliosi occhi traspira, e dai palesi vezziintender sa, alie occulte beltà*[2], vi a uno de esos cabecirrapados que ostentan tatuajes de esvásticas y visten pantalones de camuflado, cruzar la calle con rapidez al presentir mi presencia. Como los perros cuando

se niegan a pasar por un lugar que esconde el aliento de un animal salvaje. Lo vi luego mirarme de reojo, como confirmando que yo no era esa figura de temer sino quizás un pajarillo frágil que se guarece con las primeras gotas de la tormenta. A lo largo de varias calles anduvimos en paralelo, cada uno en una acera diferente. Me intrigaba su juego. ¿Debía temerlo o desearlo? Trataba de caminar con seguridad, siempre con la vista al frente, mientras me convencía de la imposibilidad de seducir a un hombre en un sitio diferente a mi lugar de trabajo. Las pocas veces que, con suma discreción, le vi la cara, creí entender que me coqueteaba. Le seguí la corriente sin permitirle ver la leve sonrisa en mis labios. No podía permitir que sospechara que sentía cierta atracción por él. Un par de metros más adelante cruzó la calle. Lo escaneé rápidamente de pies a cabeza. Tenía una apariencia muy juvenil: vestía botas gruesas, *jeans* holgados con varios rotos a la altura de la rodilla izquierda, una chamarra de cuero sobre una camiseta negra con la palabra, sobre el pecho, "Metálica" y una cachucha con la visera vuelta hacia la espalda que se veía tan vieja que ni siquiera estaba tiesa. Era delgado y chaparro (al menos le sacaba una cabeza). Caminaba con zancadas cortas, deteniéndose en cada paso en la punta de los pies, quizás como una manera de parecer más alto o de darse cierta importancia. Otra ojeada furtiva me permitió detallar su barba cerrada, que lo mostraba en exceso varonil. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Me llamaron la atención sus ojos, grandes y tristes. Como los de un camello. Me gustó. Al verlo venir hacia mí, sentí que sus pupilas me punzaron como una corriente eléctrica en la punta de las tetillas. *Così l'efluvio del desìo m'aggira, felice mi fa, felice mi fa*[3] casi bailé. En breves segundos me dejé llevar por la ilusión: su barba tupida rasguñándome las mejillas, su lengua humedeciendo lentamente mis pezones, sus manos aferrando mi cintura, su pene taladrándome hasta la inconsciencia. Me encantaba ese hormigueo que me corría de pies a cabeza. ¿Acaso no sería mejor invitarlo a casa? De ser así, podríamos inventar un montón de placeres nuevos. ¿Será que sí? ¿Será que no?

Una frase se dibujó en mi cerebro. Al principio muellemente, pero fue tomando fuerza como si se tratara de una estaca de hierro

que se incrusta en un cuerpo que cae de las alturas. “¿Podría ese joven tan atractivo fijar sus ojos en una ranita enclenque y horrorosa?”. No podía permitirme el dolor de un nuevo rechazo. Cuando estuvo a breves pasos de mi cuerpo, le sostuve la mirada como un perro con los colmillos a la vista, pero sin gruñir. Entonces él bajó la vista, se adelantó varios pasos y siguió caminando de nuevo por el mismo sardinel por el que yo me desplazaba. *Da me tanto rifuggi*[4]?De vez en cuando sentía que me miraba de reojo, pero ya se me había bajado el deseo. Seguirle el juego ya no me interesaba. Creo que se dio cuenta, pues nunca más pretendió acercárseme. No andaba del todo solo: acompañaba a un joven pitbull a hacer sus necesidades en la zona verde del bulevar. El perro vino hacia mí a olisquearme, no para morderme sino a ofrecerme su lomo para que lo mimara. Creí verle una muy leve sonrisa al hombre cuando mi mano acarició el hocico de su perro, pero no dijo nada. Lo llamó un par de veces (Teflón, recuerdo su nombre). El perro sonreía al sentir mis dedos hurgando cariñosamente en sus orejas. Teflón, volvió a llamarlo, esta vez en un tono seco, como la orden de un militar. El perro corrió a su lado. Entonces vi que me miró como quien pretende decir algo pero se le atragantan las palabras (creí percibir cierta ternura en sus pupilas). Luego dio media vuelta y desapareció en la espesura de esta jungla de cemento.

16.

Cuando la soledad se disfruta, llega un momento en que no se advierte. Sin embargo, no dejo de preocuparme por alguna urgencia médica que pudiera tener que enfrentar si, por ejemplo, me sobreviene un infarto o un derrame cerebral. ¿Quién se encargaría de mí? ¿Quién llamaría al 123 pidiendo el envío de una ambulancia? ¿Quién me acompañaría en la clínica durante la recuperación? Y, peor, ¿quién se quedaría con Gárgola? Los perros se comen las extremidades de los cadáveres de sus amos cuando llevan varios días sin probar bocado. Y no me disgustaría. La idea de ser engullida por lo único que realmente amo se me antoja muy romántico. Pero, ¿y si tan sólo permanezco tendida, babeando al lado de la cama mientras intento correr por ayuda? Morir de

repente, como le sucedió a papá, no me asusta tanto como imaginar una vejez colmada de dolor físico…

Hace poco pensé que había llegado mi día. Sentí un no sé qué en plena madrugada, me levanté corriendo y zas, ¡cataplum! Lo siguiente que recuerdo es que estaba acostada a la entrada del baño, sudando como una condenada, con Gárgola lamentándose pegado a mi cuerpo. No sé cómo auné fuerzas para, a gatas, regresar a la cama y quedarme por un largo rato tendida sobre el colchón mientras sentía mi cuerpo, de pies a cabeza, convertido en un océano.

Ni siquiera lograba pensar bien. Sólo me decía entre lágrimas que la causa de ese desmayo no podía ser La Enfermedad, pues, por mi trabajo, sé que juego a la ruleta rusa con las seis balas ajustadas en el tambor. Me cuido negándome a aquellos que pretenden penetrarme sin el uso del preservativo. Pero nunca se sabe. He oído muchas historias en boca de mis compañeras de trabajo que dan fe de la forma como la muerte puede sobrevenir en cualquier instante.

Mientras yacía en el suelo —llorosa, quejumbrosa— recordé a Carola, una transexual de la que alguna vez fui amiga. Era alguien que gozaba de la rudeza física de los hombres, la valentía de las mujeres y el desparpajo de quienes toda la vida han sido discriminados y ya nada les importa. Fuerte y liviana al tiempo. Toda una sobreviviente. Todo en ella era alegría, como esas cajitas de música que no necesitan que les den cuerda para seguir sonando…

Hasta el día que se enteró de que estaba contagiada.

De repente, comenzó a verse a sí misma como un ser defectuoso. Cayó en picada. No murió por negarse a tomar los retrovirales sino porque no quiso continuar la lucha.

La noche que me desmayé, respiraba con dificultad. Como si fuera un pez boqueando sobre la arena. Todavía pasé mucho más tiempo mirando al techo con la luz apagada hasta que de nuevo sentí frío. Entonces me cubrí con las cobijas y me acosté de lado, en la posición fetal en la que suelo conciliar el sueño, pero sentí que el mundo entero me rebullía en el estómago. Esta vez sí logré llegar hasta el baño y, abrazando la taza del inodoro, descargué con furia

todo el mal que me invadía. A partir de ese momento empecé a mejorar.

Al día siguiente lloré toda la mañana, mientras me preguntaba tantas cosas de la vida y me repetía una y mil veces que necesitaba una compañía, alguien a mi lado que me ayudara a sobrellevar estos miedos del alma.

17.

Una leyenda japonesa asegura que las personas predestinadas para estar juntas desde el nacimiento están unidas por un hilo rojo atado al dedo meñique. El asunto es sencillo: existe una arteria que conecta ese dedo con el corazón y ese hilo sirve entonces para unir los sentimientos entre dos personas, y no se romperá en ningún caso, pase lo que pase.

La leyenda afirma que un anciano que vive en la Luna sale cada noche en busca de las almas predestinadas a unirse en la Tierra. Al encontrarlas, las ata con el hilo rojo para que nunca se pierdan.

Todos los días, inmediatamente luego de despertarme, me pregunto qué habrá pasado con la otra punta del hilo rojo atado a mi dedo meñique.

18.

Gárgola apareció de la nada, igual a como sucede siempre con aquello realmente importante. Unos muchachos de esos que, peleando su sustento diario, maromean entre carros aprovechando la luz roja en los semáforos, cargaban en sus brazos varios cachorros, acosados por la policía que los correteaba. Una de estas crías, con cabellos como el sol, cayó justo a mi lado. En lugar de entregarlo a las autoridades, corrí a esconderlo dentro de mi bolso sin que nadie lo notara. Fue un impulso que a partir de entonces comenzó a llenar de alegría todos mis días: mientras lo bañaba o le contaba mis cuitas, me convencía de que me entendía.

Con la llegada de Gárgola sentía que, entre más cariño le regalaba a ese cachorro, más me colmaba de amor yo misma porque, lo había leído en los libros del alquimista, “el amor no es como una semilla que da su fruto y muere sino como un manantial que, entre más brota, más crece por dentro”. Luego de una

extenuante jornada laboral, me afanaba por volver a casa sabiendo que alguien me esperaba en la oscuridad del hogar y que, al olisquear mi cercanía, corría hacia mí batiendo la cola para demostrarme su alegría. Cuando me veía llorar, me lamía las manos y me recordaba que tenía a mi lado a un amigo que me ayudaba a soportar las angustias, a calmar la desesperanza y a llenarme de ánimos para seguir soportando la miseria de la soledad. Ahora tenía con quién jugar, a quién hablarle, a quién celebrarle su cumpleaños; tenía alguien a quién contarle sobre las novelas que leía, los poemas que me sublimaban y, cuando iba a cine, alguien a quién comentarle lo que acababa de disfrutar.

Todavía, varios años después de haber llegado a mi vida, me encanta su placidez mientras duerme, ese no tener que preocuparse por nada, salvo por la comida y el amor que recibe de mí. Me encanta verlo dormir en esa posición fetal en la que sus patas posteriores se funden en un abrazo tierno con sus manos. Me encanta creer que mientras duerme, acaracolado como un congolocho, es un bebé de escasos meses de nacido que sólo necesita llorar para obligarme a correr a su lado. Y luego, cuando se levanta, me encanta oír el sonido de sus orejas al golpetear su cara cuando se despereza. Y su manera de mirarme, como ofreciéndome ayuda, cuando cambio las sábanas de la cama, plancho la ropa o aspiro debajo de los muebles o detrás de los pesados cortinajes. Aunque lo que más me gusta de Gárgola es la forma como, en las madrugadas, buceando bajo las cobijas tal cual hacen las nutrias en las aguas oscuras, se pliega a mi cuerpo en esa posición acucharada en la que adoro dormir: entonces lo siento más cerca de mí que mi vena yugular, y sé que somos uno solo…

Su ronquido es suave y melódico. Arrullador. Como el ulular de la brisa veranera arremolinada entre los árboles. A veces incluso me genera, al despertarme, mi primera sonrisa, una tierna sonrisa de ingenuidad infantil, al ver su cuerpo arropado bajo las cobijas y su cabeza, por fuera de ellas, apoyada sobre las almohadas igual a como normalmente dormimos los humanos.

Lo que más comparto con Gárgola son sus silencios; esa forma de regalarme su cariño tan sólo con una mirada de tristeza cuando me ve abandonarlo, o con una sonrisa de oreja a oreja cuando

regreso a casa; esa forma de permitirme ser y amarme tal cual soy. Sé que al leer estas líneas más de uno dirá que soy una loca de atar escapada de algún psiquiátrico. ¿Y? Lo cierto es que he aprendido a responsabilizarme por alguien.

El nombre le quedó porque, a medida que comenzó a crecer, sentía su desespero recorriendo los pasos en mi apartamento, un espacio pequeño para su gran tamaño, por lo que, al salir a trabajar en las noches de cada fin de semana, dejaba abiertas las ventanas con el fin de que pudiera asomarse y mirar hacia la calle. A veces, al regresar en la madrugada, alzaba la vista desde la calle y, al ver lo que de su cabeza sobresalía, imaginaba que se trataba de una de esas gárgolas que acompañan algunos tejados de los edificios parisinos que siempre he querido conocer. A pesar de la penumbra, a esas horas de la noche él también me veía y, dando ladridos de felicidad, se escurría de nuevo hasta la habitación a esperar que subiera los cinco pisos. Tan pronto abría la puerta, se abalanzaba sobre mí, en ocasiones arrinconándome en el suelo mientras me acariciaba la cara con lengüetazos.

No exagero al afirmar que, desde que llegó a mi vida, mi casa se convirtió en una fiesta con piñata. Supongo que igual sucede cuando los padres se divierten tan sólo con ver correr a su niño frente a ellos. A Gárgola lo culpo de haberle bajado el ritmo a la escritura: si antes esperaba el amanecer tipeando frente a esta pantalla, ahora suelo engancharme los audífonos en las orejas para evitar despertar con la bulla a mis vecinos, mientras bailo hasta desplomarme del cansancio escuchando la música que a esa hora deja sonar la radio.

Cuando era cachorro solía pasearlo atado de un extenso lazo rojo que fabriqué uniendo las sobras de varias cuerdas. Ya luego le compré un collar fino y una correa retráctil de cinco metros que me facilitaba la labor de pasearlo todas las tardes. Lo llevaba aferrado a mi muñeca hasta el parque cercano, al otro lado de la avenida, no sólo para evitar que fuera atropellado por un vehículo sino también para que no se lo robaran, pues no eran pocas las miradas que, por su espigada belleza, se embelesaban con su presencia. No voy a negarlo: adoraba sentir cómo, quienes no me miraban a mí, lo admiraban a él. Sacaba pecho, orgullosa. En ocasiones, incluso

algunos autos se detenían a mi lado para preguntarme su raza o encargarme un cachorro si algún día tenía cría.

Como “los malos caminos traen buena gente”, en una de esas caminatas conocí a cierto señor de atractiva figura llamado Salvador Huerga, quien solía pasear con Sofía, su border collie, a la misma hora que lo hacía yo, caminando por entre los árboles con la pausada elegancia del vuelo de una garza. Era frecuente verlo sentado en alguna de las bancas del parque mientras su perra retozaba a su lado. Solía verlo de reojo, intrigada por su donosura: de cara angulosa, cabellos argentinos, vestía siempre con abrigos aristocráticos con los que se arropaba y bufandas sedosas. A veces llevaba algún libro, lo que no era frecuente entre las personas que iban a ese lugar. Se me antojaba un hombre como de otro mundo. Un dandi, por así decirlo. De hecho, le faltaba la flor en el ojal para parecerse a Oscar Wilde.

Tan pronto llegábamos al parque cada tarde, Gárgola corría al encuentro de Sofía. Adoraba verlos retozar sobre el pasto, especialmente cuando estaba mojado. Poco a poco, “el papá de Sofía” comenzó a parecerme familiar y en más de una ocasión lo saludé con alguna tímida sonrisa o una frase distante del tipo “Buenas tardes, señor, ¿cómo le va?”. Entones él era amable, pero sin mostrar interés en continuar la charla.

Me atreví a buscarle conversación mucho tiempo después de que nuestros perros se hicieron amigos. Hablaba pausado, con acento suave y arrastrando las palabras al pronunciarlas, como el susurro de una escoba al barrer la hojarasca sobre la tierra. Un día mencionó una película que a mí no me había entusiasmado. Le expliqué por qué y me escuchó atento, quizás sorprendido de que una mujer de la calle le expusiera argumentos razonables e inteligentes. Esa tarde descubrí en él a un hombre de carcajada fácil y charla fluida. Hablamos de cine hasta bien entrada la noche, cuando el viento frío mecía con fuerza la oscuridad.

Al día siguiente lo sorprendí al regalarle un par de películas que él dijo que desconocía. Eran cintas piratas de esas que por cinco mil pesos disfrutaba por recomendación del Tigre, un vendedor de vieja data conocedor de mi gusto por los dramas y por tratar de escudriñar en la mente del ser humano, a quien visito con

frecuencia en las depresivas tardes sabatinas en su local ubicado en el segundo piso de la calle 18 N.º 8 - 24. Le gustó el detalle. Poco a poco fuimos forjando una amistad a partir de ese solo tema, un tema que yo conocía muy bien porque, cuando éramos niñas, en las tardes dominicales papá solía invitarnos a las tres hermanas a ver películas en el cine Palermo y luego nos exhortaba a comentarle con todos los pormenores qué tanto habíamos entendido lo que habíamos visto. Esa es la razón por la que, con los años, una de las gemelas se hizo empresaria del cine y la otra trabaja en una compañía distribuidora de películas.

Volviendo a Salvador Huerga: a partir de entonces nos hicimos tan amigos, que él pronto se sintió con confianza para burlarse de mí las veces que me encontraba leyendo libros de autoayuda.

—Ya entiendo por qué siempre repites esas frases rimbombantes sobre la autoestima.

En otra ocasión me regañó en tono paternal.

—No entiendo por qué a las mujeres les gusta perder el tiempo leyendo ese tipo de libros.

Entre un tema y otro me encontré pensando en él cuando estaba en casa y hasta se me antojaba caminar con Gárgola por el parque a horas ajenas a nuestra rutina con la ilusión de topármelo merodeando por allí. Temía verlo pero al tiempo moría por echarme en sus brazos. Era un miedo que me gustaba porque me hacía sentir cosquillitas por debajo de la piel. Y entonces pensaba "¡Cuán difícil resulta encontrar a alguien que hable el mismo idioma de uno!". Mi corazón palpitaba de la emoción soñando que algún día podía rozarse con el de ese hombre. Supongo que me enamoré de él. Un destello me dijo que por ahí podía ser la cosa.

Hasta cuando me lo topé en El Infierno.

Esa noche él estaba con un muchacho de mirada alcoholada, ojitos a media asta —tan azules como la melancolía del océano—, cabello rubio cortado a ras y piel pálida. Ya me lo había topado en la calle con anterioridad. Ahora que lo tuve cerca me sorprendió su mirada acuosa y sentimental y el olor a bazuco que le impregnaba toda la piel. Pensé, sin decirlo, que los que somos del lumpen tarde o temprano terminamos encontrándonos.

Ambos me saludaron con un gesto.

Antes de verlos esa noche, yo estaba en una de las habitaciones con ventanal sobre los corredores, arrodillada en medio de tres hombres a quienes les practicaba una felación. De repente, un cosquilleo recorrió toda mi piel. Al levantar la vista, por primera vez en mucho tiempo, sentí vergüenza: no soportaba la culpa de que don Salvador me hubiera visto en aquel lugar. Bajé la mirada y partí al raje de allí. Corrí escaleras abajo y salí del local. La carrera 12, sobre la cual golpean las puertas de El Infierno, estaba ingrima de lado a lado. Hacía un helaje que tumbaba y un leve chischís de lluvia comenzaba a derramarse. Miré a mi izquierda. El cielo algodonado que cubría el sur de la ciudad se presentía denso, cargado. La plaza que presta su suelo a la mariposa de Negret, un lugar que de día es un avispero humano repleto de pensionados aburridos con la vida en busca de compañía para desahogarse, vendedores ambulantes y jíbaros que ofrecen su producto al primer postor ante la mirada cómplice de la policía, estaba completamente desocupada. Durante un par de segundos dudé entre desplazarme a lo largo de la Jiménez hacia la avenida Caracas o continuar caminando sobre las oscuras aceras de la carrera 12. Me decidí por la última opción.

La calle estaba solitaria y el silencio de la ciudad era tan pesado que me golpeó en el estómago. Todo lo que veía a mi alrededor me parecía triste y sucio y feo y maloliente y desharrapado. Al cruzar el muro del inmenso portón verde de un parqueadero, me asusté con la presencia de un anciano en cuclillas con los pantalones abajo. "¿Tiene papel?", creí escuchar su voz mortecina en el momento en que pasé frente a él. Seguí mi camino silenciosa y ágil, como aprendí de los gatos. Justo en la esquina anterior a la calle 19, me topé con unas cuantas colegas que ofrecían sus servicios a un lado y otro del andén. Una de ellas, vestida con chores amarillos y blusita ombliguera, me miró hostil, quizás pensando que pretendía hacerle competencia. A través de una pequeña puerta abierta, cuya escalera conducía directamente a un segundo piso, se escapaba a todo volumen la música de una canción alegre y pegajosa: *Me persigue tu recuerdo, todo el tiempo te escucho hasta en el silencio, no aprendo a vivir sin ti… Y yo te veo, a través de la ventana,*

cuando te vas, y llorando me dan ganas de decirte quédate… A dormir junticos, abrazaditos, a dormirjunticos, ay, bien junticos…

Un taxi desocupado pasó a mi lado. Luego otro. El semáforo estaba en verde. Aproveché para cruzar al otro lado de la avenida con rapidez, siempre sobre la misma acera. Caminando contra el viento, una cuadra más adelante una pareja salió de un viejo motel agarrada de la mano. Reían sin mirarse, con una carcajada tan sonora que bañaba todo el silencio. Al llegar a la esquina de la calle 23, dos borrachitos que se apoyaban mutuamente para no caerse me gritaron cualquier babosada. Iba tan abstraída saboreando la sal en mi herida que ni bolas les paré. Al llegar a la plazoleta de La Rebeca me dejé envolver por la brisa helada que levantaba las hojas secas y la basura que se acumulaba en la alberca sin agua. El olor de la lluvia, ese perfume reconocible de Bogotá, revoloteaba como esporas en el aire. Me sentía tan sola y desprotegida que, si hubiera tenido un arma conmigo, me habría disparado en el pecho en aquel momento. Cerré los ojos y me dejé llevar por un instante con una sonrisa triste en los labios. En ese momento un perro callejero corrió hacia mí fatigoso, cual si fuera un animal con huélfago. Lo vi venir y, en lugar de demostrarle miedo, volví a sonreír. Al llegar a mi lado, olisqueó mi ropa. Luego me miró con tanta dulzura que, durante un rato largo, me senté a su lado sobre el sardinel mientras le acariciaba la cabeza sobre mi regazo. Y lloré y lloré de tal manera que creí que se me secarían los lagrimales.

Me dolían los 206 huesos que componen el esqueleto humano. De alguna parte muy dentro me armé de fuerzas y me levanté turbada mientras una muchacha joven y atractiva, que tomaba café a esa hora de la madrugada completamente sola detrás de un espeso vidrio en el ventanal de una cafetería cercana, me miraba con cierta luz de complacencia. Como quien se sonríe con el dolor ajeno creyendo que jamás sentirá algo igual.

La escena me recordó los cuadros de Hopper, lo que de inmediato me evocó la figura de papá. Sonreí con una mezcla de nostalgia y ternura. El perro seguía a mi lado. “¿Por qué sólo los perros quieren estar conmigo?”, me pregunté. “¿Por qué aparecen a mi lado en los momentos más inesperados? Nunca he sido atacada

por uno de ellos: no tengo por qué temerles. El que ahora me acompañaba era lanudo y de orejas caídas, tenía algo de pastor catalán y algo de gozque callejero. “Joder, qué solos estamos”, le dije mientras lo dejaba lamerme las manos, afanado por darme ánimos.

Ahora el cielo estaba borrascoso. Todavía no llovía, pero las nubes enroscadas y el resplandor de los relámpagos presagiaban tormenta. Para colmo, el viento arreció y el frío parecía permear los huesos. Entonces, mientras me desplazaba hacia el occidente por la avenida 26 buscando la Caracas para devolverme al sur, con el perro siempre a mi lado caminando dos o tres pasos delante de mí como si supiera dónde era mi casa, me vino a la memoria un canto y lo tarareé como si fuera una canción de cuna hasta llegar al edificio afrancesado en el que habito, abrí la vieja puerta de hierro bajo la mirada protectora del perro —que luego se devolvió por el mismo camino—, subí los cinco pisos de sus escaleras mohosas y me encobijé aferrada tan fuertemente a Gárgola como si quisiera triturar sus huesos:

Yo estaba bien por un tiempo
Volviendo a sonreír
Luego anoche te vi
Tu mano me tocó
Y el saludo de tu voz
Y hablé muy bien de ti
Sin saber que he estado
Llorando por tu amor.
Luego de tu adiós
sentí todo mi dolor
Sola y llorando Llorando
No es fácil de entender
Que al verte otra vez
Yo seguiré llorando.

19.

Esa semana no fui capaz de llevar a Gárgola a sus recorridos vespertinos por ese mismo parque por donde caminaban Salvador Huerga y Sofía. A lo largo de varias semanas preferí ver correr a

Gárgola en el parque Armenia, pocas cuadras al occidente de mi casa. No por enfrentarla a diario se fortalece la libertad de nuestra conciencia. Yo, que de tiempo atrás creí haber hecho a un lado el pudor y la vergüenza de sobrevivir a expensas del placer, devolvía ahora mis pasos y me dejaba llevar por lo que Salvador pudiera opinar sobre mis actos. ¿Para ser tengo que convertirme en lo que otros reclaman? ¿Realmente sólo existimos en la medida en que negamos nuestra individualidad para ser aceptados por unas cuantas personas? Las preguntas alimentaban mis insomnios hasta que entendí que a la libertad, como a toda semilla de la que esperamos los mejores frutos, es necesario alimentarla con agua y nutrientes cada día.

Así que pronto olvidé el incidente y volví a buscar su amistad como en el pasado.

Un par de meses después me envalentoné y volví a mi antigua rutina. La primera vez que me reencontré con Salvador actuó como si nunca nos hubiéramos visto en El Infierno. Hice lo propio. Quizás ninguno de los dos tenía razones para dar o pedir explicaciones y a ambos nos correspondía actuar como ciudadanos de esos países civilizados donde cada quien se sabe libre y permite, sin murmullos ni rechazos, que el otro también lo sea. De nuevo la caminata de las tardes se nos convirtió en costumbre sin que el tema saliera a flote. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta cuando finalmente lo encaramos.

20.

En ocasiones le buscaba charla a Salvador. Era culto, de buen humor y solía aprenderle algo nuevo en cada conversación. Me desgarró el alma conocer los detalles de su muerte. Un hombre tan elegante asesinado de esa forma tan canalla. Fueron dos muertes en una, pues nunca más volvimos a ver a Sofía. Gárgola nunca dejó de buscarla tan pronto ingresábamos al parque. A veces me miraba con los ojitos alicaídos mientras aullaba con la tristeza de quien ha perdido a un gran amigo. Para colmo, los medios se engolosinaron con el morbo de la noticia, repitiendo demasiadas veces esa palabra que lleva implícito el pecado: “Promiscuidad”, un adjetivo que sólo se usa con las mujeres y los homosexuales pues, en el mismo caso,

los hombres heterosexuales suelen ser admirados como *playboys* o donjuanes.

¿Qué sabe la gente de la sed con la que viven los demás?

Papá tenía un cuadro en su biblioteca. Una reproducción de Edward Hopper que mostraba el rincón de un teatro. En primer plano se veían, de espaldas, varias butacas desocupadas. Al fondo a la izquierda, debajo de varias luces mortecinas, se insinuaban las cabezas calvas y seniles de unos cuantos hombres que parecían disfrutar una película. Justo en la mitad del cuadro, un muro grueso dividía esa escena de otra que mostraba un vestíbulo iluminado bordeado por cortinas rojas medio abiertas, que daban acceso al lugar. Junto a ellas, de pie, una mujer, la acomodadora o la encargada de recibir las boletas de ingreso, miraba hacia ninguna parte, angustiada. Solitaria. Absorta. Era una muchacha delgada y rubia. Bonita. Pero nadie le prestaba atención.

Me gustaba quedarme observándolo y entendí que se trataba de una imagen que condensaba una realidad: mientras el cine, el invento más moderno que existía cuando el cuadro fue pintado, ofrecía a los espectadores un nuevo y maravilloso mundo, la gente a su alrededor seguía atrapada en su vacío sin poder deshacerse de su carga existencial.

Además de esta reproducción, papá tenía sobre la mesa, junto a su sillón, un libro de fotografías de la obra de Hopper. Casi todas mostraban a personas solitarias en una habitación de hotel, en un bar, en un billar. Eran paisajes de silencio que dejaban claro cuán sórdida es la soledad: gente rodeada por otras personas igualmente solitarias. Como papá o como Salvador cuando visitaba esos sitios de “perdición y pecado”.

Varias veces más volví a topármelo por allí, de modo que sabía que para él el sexo era una cacería constante, una búsqueda obsesiva que apuntaba a algo más allá del mero sexo. Como sucede con el mal, que de tanto repetirse se banaliza, igual ocurre con el exceso de pasión, que hace costra y se vuelve maña. ¿Qué era lo que tanto buscaba en esos otros cuerpos? Nunca tuve la suficiente confianza para preguntárselo, pero era claro que el placer no era el sexo en sí mismo sino ese círculo vicioso de encontrar eso que tanto se busca pero que no se quiere encontrar. Algunos lo llaman amor;

otros, identidad. Para una mayoría no es más que la manera de agradar buscando, así sea por breve tiempo, ser aceptado. *El amor es un marinero sin anclas / que huye de la costa / pues le teme al amor / ese marinero triste que tanto sabe de naufragios*, descubrí alguna vez este verso de María Gómez Lara.

No importa el nombre que se le dé. El caso es el mismo: era miedo a no encontrar pero, más aún, miedo a encontrar lo que anhelaba. Como ocurre conmigo, Salvador parecía entender el sexo como la única posibilidad de encuentro con otros cuerpos. Comprender esta particularidad de mi carácter al mirarme en él me recordó el viejo prejuicio de que el sexo es pecado en cuanto se tiene por placer: es la tentación que nos aleja de Dios, a quien se debe amar por encima de todo lo demás. ¿Qué sucede, entonces, cuando el sexo, antes que placer, pasa a ser rutina y se convierte en adicción? ¿Qué ocurre cuando se le entiende como la única medicina capaz de dar calma a un alma mortificada? Cuando eso ocurre, no puede entenderse como pecado, pues duele tanto como ese cilicio con el que se torturan los fanáticos religiosos en su empeño por acercarse a Dios.

De tanto verlo deambular por esos lugares con afán fatigoso y atisbos de zozobra —la mirada vacía, perdida en la distancia; la frase pensada que parecía olvidar tan pronto la iniciaba; ese azul tan profundo, el azul del *blues*, dibujado en la comisura de los labios—, comencé a entender que el sexo para él era esclavitud y, en cuanto tal, arrastraba en el alma una pena tan pesada como las cadenas en los tobillos de mis antepasados.

Hay corazones que, por más almas que rocen, nunca encuentran consuelo a una soledad profundamente vacía.

Eso le pasaba a él.

Pero,

…en fin.

21.

No soy bonita, pero tampoco bruta. Esto también tuve a bien listarlo en aquel papel en el que por tanto tiempo me analicé. Para entonces estudiaba Administración de Empresas en la universidad y

me obsesioné con casarme lo más rápido posible para solucionar el problema de la maternidad. Lo digo así porque lo creía así: un problema. No estaba del todo convencida de qué tanto quería ser madre pero, por ser mujer, creía que debía serlo.

No entro en detalles sobre mi relación con John Tíndaro Lerdo de Tejada, el hombre que, como dirían con cursilería en las telenovelas que tanto le gustaban a mamá, "Fue mi autor" o "Al que le entregué mi flor más preciada". Me casé con él porque no encontré a otro que quisiera estar conmigo. Y creo que él pensaba igual. Era tan esquelético como una escultura de Giacometti, con piernas largas y brazos cortos. Tenía la piel granulada y las orejas tan grandes que, en la foto de la boda, lo confunden con el señor Spock.

Estuvimos juntos cuatro años, casi cinco. Nunca pude salir embarazada, a pesar del sacrificio que significaba tener sexo con él. A ambos nos practicaron toda suerte de exámenes médicos. Al final los doctores concluyeron que a ninguno de los dos se nos imposibilitaba la procreación.

Luego de tantas idas y venidas a la clínica de fecundación, la doctora me recomendó acompañamiento psicológico. "¿Para qué —pregunté—, si no tengo ningún problema mental?". Aun así, le hice caso. Las veces que asistí a aquel consultorio, las conversaciones giraron alrededor de la relación sexual con mi esposo. En algún momento, por alguna razón que ahora no recuerdo, le comenté sobre el análisis DOFA que de tiempo atrás desarrollaba sobre mí misma y traté de explicarle que saber que no era atractiva para los hombres era un tema superado. Doloroso, pero superado.

Se quedó mirándome fijo a los ojos pero no dijo nada.

La siguiente vez que la visité ocurrió luego de que yo saliera de disfrutar *El cisne negro* en una función de cine. Estaba impresionada por la película y le hablé de la escena en la que la protagonista entra al camerino y cree encontrar allí a la bailarina sexi y transgresora a la que luego cree asesinar cuando en realidad, peleando consigo misma, se clava un pedazo de espejo y se mata a sí misma. Mientras me escuchaba, veía cómo corrían sus pupilas de un lado al otro como quien se sorprende con una revelación. De

repente, sin más, me dijo que la causa de mi infecundidad era sicológica: mentalmente me negaba a ser madre. Me sorprendí al escuchar aquello: conocía casos de embarazos sicológicos, pero nunca se me había ocurrido que podía suceder lo contrario. ¿Era posible que mis miedos doblegaran la naturaleza materna?

Continué asistiendo a la terapia sólo para confirmar hasta dónde tenía razón la psicóloga. ¿Habría sido una buena madre o habría sido igual que mi madre? Luego de varias sesiones, en algún momento solté la frase: "Sólo me embarazaría si, adoptando una de sus innumerables formas, el mismísimo Zeus regresara a la Tierra". Entonces entendí que, efectivamente, mi mente se negaba a engendrar un heredero de estos genes malditos que luego sería discriminado en una sociedad cuyos principales valores giran alrededor de la belleza física. A los dos días abandoné a John y asumí con resignación cristiana el camino que el destino me había trazado.

22.

Intenté luego una relación con un costeño barbudo con abdomen de cuadritos, ojos berilios y bucles del color del atardecer, un chico de calendario más cercano a un surfista californiano que a sus paisanos de Puerto Colombia, que estaba convencido de ser el rey de la selva. Cuando lo conocí, siendo marido de una colega de El Infierno, me pareció un hombre hermoso, excitante, sexi. Puro colirio para los ojos y miel para el corazón. Me consentía con palabras cariñosas que dejaba caer como al garete, miradas furtivas y sonrisas coquetonas que comenzaron a generarme primero confusión y luego conflicto. Cada vez que lo veía, mi cuerpo era invadido por ráfagas de electricidad, un placer que pronto se me transformaba en miedo. ¿Acaso podía aspirar a alguien tan maravilloso?.

La primera vez que me besó habría querido quedarme pegada a su lengua para siempre. Durante largos minutos (quince, tal vez veinte) no fui capaz de soltarla. Pensaba que esa oportunidad no se me volvería a presentar, que sólo era la consecuencia de un exceso de copas. Nuestros labios se desprendieron. El volvió a la otra habitación, donde estaba su mujer, y yo ya no pude seguir

trabajando. Le pedí al dueño, en préstamo, uno de los consoladores que las chicas solemos usar para ambientar al público. Lo lavé, lo introduje hasta el fondo en mi vagina y me fui a casa sintiendo en cada paso el placer de aquel dolor dentro de mi cuerpo mientras imaginaba que era su báculo el que me follaba.

A escondidas de su mujer, aquel beso se volvió a repetir dos, tres veces. Si el asunto no pasó a mayores fue porque el peso de la culpa no me lo permitió: no podía irme a la cama con el marido de una compañera de trabajo. Soy puta, y ella también, pero una cosa es alquilar el cuerpo y otra entregar el corazón. Le dije "Ya no más", aunque por dentro moría por uno de sus abrazos.

Año y medio después mi amiga se devolvió a su pueblo. Entonces él me buscó de nuevo. No había pretextos para no aceptar su cortejo, a pesar de que mi vocecita interior susurraba con afanes "Ten cuidado, ve despacio, no permitas que te vuelvan a hacer daño". Había algo que no cuadraba. El tenía encanto para seducir a cualquier otra mujer, ¿por qué decidirse por mí? Me envalentoné e hice a un lado los temores luego de convencerme de que no todo el mundo tenía razones para rechazarme y que podía ser feliz al lado de un hombre.

Se mudó a vivir conmigo y poco a poco empezó a dejar de parecerme atractivo: uno es el hombre del que nos enamoramos y, otro, el de carne y hueso que tenemos que soportar a nuestro lado. Comencé a confirmar que tantas risitas y miraditas eran porque carecía de tema alguno de conversación, salvo luego de dejar mi apartamento apestando con ese olor empalagoso de la mariguana: sólo drogado era ingenioso. A duras penas conocía el nombre del presidente de la república o el de la capital de su departamento. No sabía ni dónde ponen las garzas. Hasta para sumar debía utilizar la calculadora de su teléfono. Era un bobo de pueblo. Un bobo bonito, pero nada más que eso.

Cuando no se dedicaba a hacer barras en el parque cercano al apartamento, se echaba frente al televisor a tomar guaro y expulsar pedos, siempre quejándose de que su esposa lo había cambiado por otro. El escaso dinero que ganaba como vendedor de ropa lo gastaba tatuándose pendejadas de colores en ambos brazos. Como si fuera una estrella rockera. Ni siquiera la tenía de buen tamaño y,

quizás creyéndose Marión Brando en aquella escena de *El último tango en París*, le encantaba que le metiera los dedos en el culo mientras gritaba vulgaridades. Era tan pésimo polvo que en la cama tan sólo ofrecía su cuerpo para que yo hiciera todo el trabajo. Cuando eyaculaba se hacía a un lado y me negaba sus besos y sus abrazos. Pero, eso sí, a la hora de pedir dinero le sobraba lengua. De hecho, por los gais que visitaban El Infierno me enteré de que al hombre lo atraía todo aquel que le diera dinero. En fin, que no era más que un oportunista. Y que yo sea puta no significa que debo mantener a un prepago. Un día me dijo "Todo lo bueno vale" y me di cuenta de que eso era lo peor: que se creía valioso. Como todos los bobos de pueblo. Como todos los bobos bonitos.

Su olor fue palideciendo en mi memoria como una estela que no deja rastros. Poco a poco se me fue antojando repugnante. Llegó el día en que me producía físico asco. Asco como cuando al caminar nos topamos con un vómito en la mitad de la acera. O se cruza ante nosotros una rata. A ese tipo de asco me refiero. Cuando la ilusión del amor se desvanece así, anestesiando el dolor que produce regresar cada día a una casa solitaria, hay que agradecérselo a la vida. En lugar de pensar en morir por su amor, elegí seguir adelante sola.

—Es que tú no te dejas querer —me dijo una madrugada al ver que me levantaba de la cama para no tener que soportar sus caricias.

—Yo no quiero que me quieran —contesté sin voltear la mirada

—¿Entonces?

—Quiero algo más

—¿Un hijo? ¿Eso es lo que quieres? ¿Que te haga un hijo?

—¿Y de esa manera me amarras para siempre? —le pregunté mirándolo fijamente a los ojos

—¿No es lo que quieren todas las mujeres?

—Quizás tengo alma de hombre —bromeé.

—Entiéndelo, querida, no hay nada más. Vas a quedar sola y cuando corras a suplicar mi perdón yo ya estaré con otra.

—Prefiero correr ese riesgo —y luego, cuando lo vi entrar al baño, dije sin que me oyera, casi en susurro—: lo que quiero es un hombre.

Ya no recuerdo los momentos que pasamos juntos. Los bloqueó la razón. Es mi manera de sobrevivir: echando tierra sobre lo que todavía sigue dando tumbos por el mundo. Algunos la llaman "la muerte del olvido", que sucede cuando muere el amor sin generar angustia ni culpa. Ni siquiera un "Te extraño". Alguien que pasó por nuestra vida y, si acaso luego lo recordamos, reconocemos que alcanzó a ser algo menos que un suspiro.

Cuando lo eché de casa, juró regresar a devolverme el dinero que le había prestado. No me molesta que me haya robado, sino que creyera que ser bonito lo hacía superior y que yo no era más que una idiota útil a la que podía desechar tan pronto me exprimiera. Güevón él que, amén de su buena pinta, no tuvo más nada para ofrecer.

23.

No fue el único hombre que en esos días se atravesó en mi camino. Con otros más también intenté consolidar una relación pero, por más que el arroz se calentaba, nunca consiguió quedar al dente. Lo extraño era que, con frecuencia, prodigaba placer a una mayor cantidad de clientes de la deseable. Si los hacía felices, ¿por qué ninguno se quedaba a mi lado? En mis noches en El Infierno me perturbaba tanto saberme rechazada por algún cliente, que regresaba a casa fustigándome con la culpa por mi escasa gracia y, envolviendo con mi cuerpo lo más fuertemente posible a Gárgola lagrimeaba bajo las sábanas sin poder conciliar el sueño.

En general, a las putas no les gusta que les regalen flores porque les recuerda que la belleza, más temprano que tarde, acaba. Yo también habría querido poseer la belleza de una flor. No me importaba tanto estar con un hombre como confirmar que *podía* estar con ese hombre. Por eso de vez en cuando, luego de intentar seducir a alguno cuyo físico me entusiasmaba, me desgarraba al confirmar que me hacía a un lado *seguramente* por dejarse llevar por mi apariencia. Entonces recordaba aquellas frases de mamá que desde niña martillan mi cerebro: "No seas tan pretenciosa", "Alísate ese pelo tan greñudo", "Tienes que mejorar la raza"… Y así: frases que me hacían creer que era de una "raza" inferior. Habitaba en mí una dualidad que me hacía infeliz: creía en las palabras de mamá

pero sabía que yo no era mujer que se resignara a las migajas.

Todavía es así: ¡no acepto las limitaciones! Así sea sólo dentro de las cuatro paredes en las que habito, ¡el mundo es tan mío como lo es del resto!

24.

Una tarde caminaba con Gárgola cuando de repente empezó a jalar de la correa. Lo miré y noté cierta angustia en su cara. Me le acerqué, me arrodillé a su lado y comencé a acariciarle la cabeza. Fue cuando me llamó la atención la forma como olisqueaba el aire. Miré hacia todos lados y no vi nada extraño: gente caminando, al fondo, sobre la acera; una pareja secreteándose sobre una banca del parque; un tipo conversando, bolsa en mano, a la espera de que su perro hiciera lo suyo. Sin embargo, para Gárgola algo andaba mal. Recordé que los animales tienen la capacidad de presentir un desastre natural. Me turbé pensando en la proximidad de un temblor de tierra o quizás de ese anunciado terremoto que, desde los tiempos de su fundación, el mito urbano repite sin cesar que un día de estos destruirá a Bogotá.

Tan pronto me levanté, limpié con ambas manos la arena y hojas secas que se me habían pegado al pantalón a la altura de las rodillas. Gárgola aprovechó el instante, jaló fuertemente de la correa y salió dando zancadas por entre el parque. Corrí detrás de él gritando su nombre con desespero. Nadie me ayudó a atajarlo y él siguió hacia la avenida. Sentí que el corazón se me saldría por la boca cuando escuché el frenazo. “Gárgolaaaaa”, escuché mi propio grito retumbar en el cielo. Mis ojos se encharcaron al pensar que había perdido al único familiar al que realmente había amado. No quería abrirlos para no ver su cuerpo ensangrentado sobre la avenida. Cuando por fin lo hice, la calle estaba completamente limpia. Fue un breve instante en el que por la Caracas no cruzaron carro ni persona alguna. Sólo la fuerte brisa parecía adueñarse de la ciudad en ese instante.

Sin pensarlo —sin siquiera detenerme un segundo a constatar que no se desplazaba ningún vehículo hacia el sur o hacia el norte; es más, sin siquiera mirar el color de la luz del semáforo en ese momento—, atravesé la calle corriendo hasta la esquina occidental

y seguí corriendo mientras me perdía por las callejuelas del barrio, preguntando a una y otra persona si acaso habían visto pasar a su lado un perro grande y hermoso, dorado como el sol y alegre como un carnaval. Todos negaban haberlo visto. ¿Acaso alguien se lo había robado? Mi desespero era cada vez mayor. El dolor se convirtió en rabia hacia esta ciudad miserable en la que nunca nadie ve nada. Suceda lo que suceda frente a ellos, todos afirman luego exactamente lo mismo: que nunca vieron lo que se incrustó en sus ojos. Los bogotanos sólo visten de negro y gris por cuenta del luto congénito con el que penan por su propia vida. Los invade un miedo eterno que desde siempre traen pegado a sus genes. Esta es una ciudad miserable donde la alegría y el color se llevan de manera clandestina, donde es mal visto sonreír y las carcajadas son sinónimo de delito. Y lo digo yo, que desde niña borré la risa de mi cara.

Eso pensaba, al tiempo que seguía esperanzada preguntando por Gárgola. De repente me topé con una casa que nunca antes había visto, a pesar de que la ruina de sus paredes dejaba claro que había estado allí desde hacía varias décadas. Lo que me llamó la atención no fue el mal estado de su fachada sino la forma como el jardín parecía apropiarse de ella. Había allí toda suerte de arbustos florecidos, pero resaltaba una buganvilia de flores moradas cuyas ramas penetraban a la casa por los resquicios de las ventanas.

Por breves segundos estuve absorta contemplando toda esa belleza cuando oí un bisbiseo que venía de algún otro lado. Me volteé y, casi pegada a mi cuerpo, una señora a la que antes le había preguntado por Gárgola dijo en voz baja pero con claridad: “En el parque hay un perro igual al que usted busca”. Le di las gracias y eché a correr. Al cruzar la esquina la alegría me inundó al ver a mi perro, casi en el centro del parque Armenia, con su cuerpo pegado al de una perra. Me acerque sonriente y alcancé a ver su gesto de placer cuando sentí que mi propia cara adquiría expresión de tragedia al darme cuenta de que estaba con la perra más fea —¡horrorosa!— que jamás vi en mi vida: negra como la obsidiana, con el cuerpo desproporcionado respecto a la cabeza y una sonrisa malévola que me recordó a las hienas.

“Supongo que así es el amor —me dije de regreso a casa

trayendo a mi perro fuertemente atado a su lazo rojo—: si ha de aparecer no le importa sortear cualquier obstáculo". Luego de una cadena de fracasos amorosos, me aterré al pensar que Gárgola también podría abandonarme en algún momento.

25.

Caminando por el parque al lado de Salvador mientras veíamos retozar a nuestros perros, una de esas tardes finalmente me atreví a preguntarle: "¿Por qué frecuentas ese sitio en el que una noche nos encontramos?". Casi sin pensarlo, respondió: "Porque es el único lugar donde la sordidez no se oculta —y con una sonrisa de picardía aprovechó el momento para ponerme contra las cuerdas—. Ahora dime tú, ¿por qué eres puta?".

Al escuchar aquella pregunta no supe qué contestar. Me limité a arquear las cejas y enmudecer, como si la respuesta fuera obvia cuando en realidad no lo era. De hecho, durante mucho tiempo me dio vueltas en la cabeza. Lo primero que pensé fue que, como cualquier otra persona, necesitaba ser amada, pero el exceso de sexo de mi profesión pocas veces arrastraba una caricia o incluso un instante de ilusión. Me fui entonces al otro extremo: puteaba para maltratarme, como una forma de convencerme de que nada era suficientemente malo y que todo el lodazal que existía sobre la Tierra había sido creado para mí. Si mamá no me había querido, ¿no era acaso porque sólo merecía desprecio? Pensé en muchas otras razones, pero ninguna respuesta me parecía lógica. Hastiada de dedicarle tanto tiempo al tema, busqué entre mis pocas pertenencias aquel papel en el que alguna vez marqué, siguiendo las reglas de los textos de McGraw-Hill, la matriz del DOFA. Me encontré con que no había escrito nada al respecto.

Hoy, luego de mucho pensarlo, creo que por fin lo sé. No fue el dinero lo que me llevó a ser puta, ni el afán de acostarme con cuantos hombres se me antojara, ni la búsqueda irrefrenable del placer, ni mucho menos eso que llaman "vicio".

La razón es la misma por la que, en mis años de pubertad, amaba caminar desnuda por las calles: necesitaba sentirme deseada… Es más, ansiaba ser devorada como Grenouille en *El perfume*, aunque fuera sólo con la mirada, como lo hace cada

semana Juan Martín Pizarro cuando le presto mis servicios en su casa. A veces pienso que en realidad no es amor ni sexo lo que buscamos. Es el placer de confirmar que alguien se interesa por nosotros, no ser invisibles a los ojos ajenos, creer que alguien cree que puede amarnos…

Sí. A mí también me habría gustado ser un símbolo sexual igual a como lo fue Farrah Fawcett para mi hermano o como todas esas otras mujeres que se muestran desnudas en las *Playboy* lo son para el resto de los hombres; sí, a mí también me habría encantado enfrentar la batalla diaria de esta vida armada tan sólo con una mirada coqueta, una falda corta y una sonrisa; sí, yo habría sido más feliz al saber que otros hombres me seguían con una mirada de deseo, en lugar de la de los vigilantes de los supermercados que, por mi pinta de machorra, suelen ver en mí a una vulgar ladrona.

26.

Hay quienes creen que, por carecer de belleza, no quisiera alguna vez amanecer conversando con el hombre que entusiasma mis ilusiones, tener alguien a quién cocinarle, a quién plancharle las camisas, a quién contarle los anhelos, a quién escucharle las mortificaciones; alguien con quién discutir, con quién desahogar las desdichas o con quién compartir no las tristezas sino las alegrías, pues no hay mayor soledad que cuando ni siquiera se tiene al lado a alguien con quién reír, bailar y hasta emborracharse…

De hecho, hay un dolor que no se va. No sé dónde se ubica…

Simplemente duele.

Me palpo de pies a cabeza para ver si se trata de una herida superfina y ni siquiera me encuentro un golondrino; me toco con fuerza el pecho, el estómago, las axilas; recorro con los dedos todo mi cuerpo y no logro descubrir ese punto exacto que me lleva a llorar. Escucho mi propio quejido: lento, suave, pasito. Como el lamento de un cachorrito abandonado.

Corro a Urgencias del hospital.

Cuando me preguntan, no logro describirlo. Los médicos me ordenan toda suerte de exámenes, la bacterióloga me pincha una, dos, tres veces para extraer sangre de la vena de mi antebrazo; entrego al laboratorio muestras de orina y de materia fecal; me

ordenan radiografía del tórax, cardiograma, electroencefalograma; me hacen padecer claustrofobia durante cuarenta eternos minutos en los que mi cuerpo permanece impávido dentro de una máquina de resonancia magnética.

Luego de tantas pruebas, análisis, exámenes, procedimientos, ni la sangre ni los músculos ni las arterias ni la piel ni ninguno de los órganos presentan algún tipo de enfermedad. Sólo sé que el dolor llega y se queda dentro de mí como una fiebre interna, como una agonía lenta, irradiándose por todas partes hasta impedirme pensar. Es muy fuerte. Como si se tratara de la inflamación de un oído o de la infección purulenta de alguna muela. Intento reponerme —invento una carcajada, como chocolate, escucho música alegre—, para confirmar, una y otra vez, que el dolor pesa más que la razón.

Me sucede con frecuencia.

Es un dolor muy profundo que no cede ni con aceta-minofén ni con aspirina ni con ninguna suerte de medicina.

Llorar a veces lo calma, pero
luego de un tiempo
regresa.
Podría ser otro dolor,
Pero es el mismo de siempre.
Podría culpar a la luz
Al viento
Al cielo astroso
Al tráfico bogotano
O incluso hasta al mismo Dios
Pero,
¿de qué serviría
si siempre vuelve?

27.

Para la época en que comenzaron las obras que buscaban cambiar la cara de la avenida Caracas, conocí a un pintor, no de brocha gorda sino a un artista, que pisó los salones de El Infierno en busca de una puta que le sirviera de musa. Al igual que Salvador, era un hombre mayor que tenía pinta de monseñor vaticano y estaba casado con una mujer de su misma edad, con tres nietos

pequeños a bordo. Según comentó, le interesaba dibujar una serie sobre "el mundo sórdido de los prostíbulos", una explicación que me sonó a cliché.

Este artista, de quien basta decir que su obra goza de reconocimiento incluso allende las fronteras patrias, nos hizo desnudar para fotografiarnos, a cada una por separado, en una de las habitaciones de aquel antro. Un par de semanas después regresó y me pidió que al día siguiente fuera a su taller, ubicado en un edificio cercano a mi apartamento, diagonal a la plaza de las Nieves.

Cinco minutos después de haber ingresado a ese lugar ya me encontraba desnuda, recostada sobre un mecedor de mimbre, postrada de cuerpo entero y la cabeza, con la cara oculta, caída sobre el espaldar. Así estuve a lo largo de varias horas, sintiéndome una Ana María Villa posando para Darío Morales. Al final de la jornada el hombre me invitó a almorzar en la Pescadería Jaramillo, situada al final de esa misma cuadra. No sé si fue efecto de los mariscos, pero al regresar al taller me dejé besar por sus manos palmo a palmo, al tiempo que sentía que a mi corazón le brotaban plumas y que mi esperanza de ser amada comenzaba a volar. Fue todo muy táctil, me acarició con la mirada por todas partes, haciéndome creer que no había ninguna otra mujer sobre la tierra.

A las dos semanas de haberme convertido en su amante dejé de visitar El Infierno. Sabía que era un hombre mayor que gastaba sus últimos cartuchos con una cuarentona, pero en la vida todo depende del cristal con que cada cosa se mire. No en vano, para los ratones, los murciélagos son ángeles. No estaba enamorada, pero quería dejarme convencer de que podían volar mariposas en el desierto. El, en cambio, se encaprichó de tal manera que hasta me presentó a su señora, quien aceptó de buena gana la relación de su marido conmigo.

Yo era la otra, pero tenía a alguien. Me sentía orgullosa cada vez que lo acompañaba a los cocteles de inauguración de las exposiciones de sus colegas o a las múltiples cenas y reuniones en las que me pedía que estuviera a su lado sabiendo que su esposa, por los achaques propios de su edad, prefería quedarse en casa disfrutando la telenovela de turno frente a la pantalla del televisor.

Me tomé tan en serio mi papel de amante reconocida, presumiendo ante tantos por el hecho de que a pesar de mi escasa gracia podía ser amada por un hombre de verdad en lugar de por un príncipe de fantasía, que incluso comencé a organizar reuniones en mi casa, disponiendo de mi amplia mesa de comedor con los platos de Limoges y los cubiertos de plata. No sabía entonces que el tiempo en aquel apartamento corría en mi contra, pero me dejaba acariciar por los aires de cambio de la ciudad que comenzaba a dibujarse entre sus nuevos árboles, cuando las aceras grises de la 7 empezaron a formar parte de su pasado, pesado y triste, para dar paso al verde amarillento, más alegre y más soleado, de los liquidámbares. Entre vinos y champán, departía sonriente con sus amigos hasta bien entrada la madrugada del otro día.

Fueron tiempos de tantas carcajadas que logré convencerme de que había llegado a mi vida el hombre que el destino me tenía deparado. Había tanto para celebrar, que nunca era demasiado temprano para la primera copa…

Pero una noche todo cambió. Sucedió cuando me dejé arrastrar por mi nuevo grupo de amigos para asistir a una sesión de yagé en una finca en Subachoque propiedad de alguno de ellos.

Justo una hora después de haber probado aquel brebaje amargo que me había entregado en las manos un chamán venido del Putumayo a instancias de “mi marido”, vi aparecer ante mí una serie de colores fluorescentes y unas figuras que se diluían en el aire para dar paso a otras igual de hermosas.

De repente me dejé llevar por un mareo y mi mente empezaron a divagar hasta echar abajo el dique con las aguas contenidas de mi pasado. Poco a poco, los recuerdos empezaron a volar hasta el instante mismo en que lloré por primera vez. De un momento a otro me supe en la habitación de la clínica, mientras mamá me sostenía abrazada dándome tanto cariño como nunca jamás lo volvió a hacer. Y vi también ese día en que, por tratar de levantar la pesada ventana de guillotina del salón del segundo piso de la casa de La Soledad, mi cuerpo se resbaló de sus brazos y fue a caer sobre una hilera de matas pegadas a la pared del patio. Y hasta salieron a flote conversaciones entre ella y papá que no recordaba haber escuchado nunca antes. Ahí entendí que la memoria no es perfecta y sólo

recuerda lo que le conviene, así esa conveniencia haga mucho daño. En ellas mamá le restregaba a papá, orgullosa y altanera, que de sus cuatro hijos yo era la única que de veras había sido engendrada con amor por un hombre del que todavía seguía enamorada. "Seguiríamos juntos si no me hubieras chantajeado para que permaneciera a tu lado", con lo que entendí que papá le había negado la posibilidad del amor y ella, en venganza, había recurrido a una de sus típicas pataletas de niña malcriada, castigándome a mí de la misma manera en que yo misma lo haría, forzándome a la amargura.

Vi en seguida a papá aferrado a mi manita a los tres o cuatro años. Caminábamos los dos solos por entre los pasillos de un centro comercial cuando le dije que tenía ganas de hacer pipí. Me llevó al baño, pero al llegar ante las puertas que dividen los de los hombres de los de las mujeres, vi su cara dudando entre a cuál de los dos ingresar. Se decidió por el de ellos, que en ese momento estaba solo. Entramos ambos a una cabina, me bajó las pantaletas y me sentó sobre el inodoro. Cuando terminé, me dijo que lo esperara en la parte de afuera de la cabina mientras él hacía lo mismo. Al salir, había un par de hombres de pie frente a los orinales. Uno de ellos se volteó al verme y, todo erecto, me mostró lo suyo. El otro se arrodilló y se lo llevó a la boca durante un breve instante mientras su cara adquiría cierta sonrisa de placidez. Cuando escucharon que la puerta de la cabina en la que se encontraba papá se abría, cada uno corrió a cerrarse su funí. Al salir del baño, la imagen del hombre que estaba de pie me daba vueltas y vueltas y vueltas en la cabeza. ¿Por qué estaba tan feliz?

Cuando de nuevo reaccioné al yagé, un par de horas después, sentí rabia por no haber ingerido nunca antes morfina, una pastilla de éxtasis o alguna droga que habría permitido que afloraran esos sucesos de mi infancia que, por alguna causa, fueron luego subsumidos por todos esos otros que me hicieron tanto daño.

Quince o veinte minutos después comencé a reír sin tener razones para hacerlo. Como esa risa pendeja que les da a los que fuman mariguana. La risa cada vez se fue haciendo mayor, como si dentro de mí hubiera estallado una piñata. Estuve dos días seguidos carcajeándome. No pude parar de hacerlo. A partir de entonces, una

sola sonrisa se dibujó en mis labios. Como en los delfines. Creo que incluso reía mientras dormía.

La semana siguiente permanecí todo el tiempo en cama. Me sentía alegre pero sin fuerzas. Los recuerdos iban y venían. Papá, mamá, la bisabuela, las gemelas, la vieja casona en La Soledad, el amor esquivo que no terminaba de llegar. Pero ya no había ese mar de preguntas con que me cuestionaba en el pasado. Era como si, de repente, mi alma hubiera encontrado la calma. ¿Había sido el yagé o el yagé tan sólo precipitó ese final? Creo lo segundo: el bebedizo ayudó a echar por tierra las murallas de contención que desde niña había levantado a mi alrededor creyendo protegerme. Y eso era todo lo que tenía que saber —o creer— al respecto, pues el perdón no necesita razones ni argumentos.

Arrunchada entre las cobijas con Gárgola, fui feliz al confirmar que "El patito feo" no es una fábula sobre la belleza sino una metáfora sobre la identidad, sobre el hecho de encontrar nuestro lugar en el mundo y que, para lograr la tan ansiada felicidad, no hay que competir con los demás ni mucho menos compararse con nadie. Basta con encontrar ese hueco terrenal que nos permite fluir y sonreír.

28.

Real o inventado, soñado o fantaseado, supongo que lo que sucedió a partir de entonces es eso que llaman catarsis. Algo comenzó a cambiar lentamente dentro de mí. Por más que sabemos que la muerte es lo único cierto en nuestra vida, confirmar su cercanía suele darle un vuelco al modo de entender nuestra su existencia. ¿Vale la pena esperar hasta el último minuto para atrevernos a ser esa persona que alguna vez soñamos pero que, por miedos o rencores, dejamos esfumar?

Aquello que había convertido, antes que en trabajo, en simple costumbre, como era el sexo, de repente perdió importancia. De nuevo recordé las palabras de ese brasileño que plasmó toda la sabiduría humana en *El alquimista*. "Cuanto más se aproxima uno a su sueño, más se convierte la leyenda personal en la razón de su vivir". Me convencí entonces de que es cierto eso de que las personas siempre estamos a un paso de reinventarnos, lo que no

significa que tengamos que borrar las huellas de nuestro pasado, sino saber convivir con ellas luego de habernos perdonado. Para ello tan solo necesitamos el estopín que nos regale fortaleza para hacer a un lado lo que nos hace daño. Aunque también es cierto que lo que colmó mi voluntad para dejar a un lado la prostitución no fue sentir tan cercana la muerte sino pensar que, de morir, Gárgola quedaría tan solo como el akita de aquella película protagonizada por Richard Gere.

Con el perdón llegó el silencio —ya no retumban voces tormentosas en mi cabeza— y con el silencio llegó la calma. Entendí que la paz interior te hace sentir más fuerte y más vivo y más alegre y más seguro que el amor, de modo que no me conformo con poco: ahora lo quiero todo. Ya no pido aplausos sino castañuelas. De hecho, últimamente me gusta compararme con los nardos porque estas flores, al igual que hacía yo, de noche dejan escapar su mejor olor.

Hoy la soledad ya no "Me pesa como una losa". Tras la caída de la última cáscara de la cebolla, entendí que es un estado del alma y que sólo está solo quien se siente solo. De repente se desvaneció en mí aquel frío en el alma que me hacía temerle o que me evitaba disfrutarla. Hasta tengo claro que, a veces, en el exceso de fealdad es justo donde se encuentra la anhelada belleza, tal como sucede con la actriz Rossy de Palma o con esos perros de raza pug que, siendo tan feos, se nos antojan graciosos.

Los fines de semana, en los que antes me prostituía, comencé a trasnocharlos hasta temprano en la mañana contando en un libro infantil las aventuras imaginarias de Gárgola. Ramón Carretero, editor de literatura infantil de una importante y reconocida editorial española, quedó fascinado con su lectura. Con los laureles obtenidos por sus ventas, de repente me aparecieron "amigos" por todas partes. ¡Hasta una revista de las que a menudo hojeo en la peluquería quiso "embellecerme" para que fuera su portada! Durante un breve tiempo quise convencerme de que me divertía parrandeando al lado de todos ellos, pero el vacío dentro de mí persistía.

Con el dinero que la editorial pagó de anticipo por su publicación, más lo que me dio el Distrito de Bogotá como pago por

mi apartamento, compré a las gemelas su parte de la finca en la que, hasta el día de su muerte, vivió nuestra nona. Es mucho más grande que el piso alto del edificio esquinero sobre la Caracas donde antes habitaba. Hoy ese edificio no es más que un viejo recuerdo luego de que la manzana entera donde estaba ubicado fuera arrasada para dar paso a la ampliación de la avenida por la llegada de los buses rojos de Transmilenio, lo que ha comenzado a cambiar la cara de la ciudad, ahora más bonita, amigable, con tardes luminosas y color en las esquinas.

El patio de la finca es grande, de modo que me despierto temprano a tararear canciones de moda mientras juego con la hija mayor de Gárgola —la más bella de todas, con su cabellera negra—, a la que he llamado Helena. Ellos son mi familia. Su padre ha envejecido hasta los trece años, está sordo y es de andar cansino. Cuando me siento a leer en el sillón junto al sofá de la sala, suele recostar su cabeza sobre alguno de mis pies y yo siento sobre mi piel desnuda todo el peso de sus años. Incluso cuando me lame el brazo con cariño, su lengua carece de fuerza. Me mira con tristeza, como quien sabe que lo mejor de la vida ha quedado atrás, pero no ha perdido el hábito de echarse a mi lado a la hora de las comidas esperando que colme sus antojos con algún bocado y todavía se emociona cuando olisquea en el aire el celo de alguna hembra. Entonces bate levemente la cola, como el movimiento de las palmeras cuando no ventea. Por más viejos que estén, los perros no olvidan sus rutinas. Todavía a esta edad, y luego de tantos años sin volver a verla, a las seis de la tarde Gárgola mira al cielo y aúlla con nostalgia, esperanzado, digo yo, en que Sofía aparezca otra vez frente a sus ojos para alegrarse de nuevo retozando sobre el pasto mojado.

La vejez, que nos vuelve más alcalinos, sucede igual en ellos como en nosotros: es tiempo de nostalgia, de dejadez y bostezos, de cansancio. Aunque en muy contadas ocasiones también yo me siento como Gárgola, deambulando solitaria entre habitaciones decoradas con la misma glamorosa exquisitez de mis lejanas épocas de infancia, sin detenerme a recontar esperanzas que nunca fueron. Sabiendo que cada vez me quedan menos momentos, he aprendido a disfrutar cada uno. ¿Cuánto tiempo seguirá Gárgola a mi lado?

Por no saber cuándo llegará la muerte creemos que no llegará nunca, pero basta un segundo para que se nos agriete el suelo. Por eso, mientras más tiempo dedico a mi perro, me lleno de más alegrías para vivir: con los años he aprendido a despreocuparme de la aceptación ajena y del cariño de los otros, así éste sea sincero, y me embriago en el deleite de permitirme ser lo que siempre soñé: una mujer que despierta cada día con la serenidad de quien es feliz con su propia comodidad.

Lo bueno de las lagunas que traen los años a la memoria es que, al final, uno sólo conserva los recuerdos que embellecen las penas. ¿Cuándo sucedió toda mi historia y, en realidad, de qué manera? El tiempo no importa, ni el lugar, ni las personas. He aprendido a conciencia la parábola del salmón: para ser, hay que ir contra la corriente. Tarde o temprano quedamos tan solos sobre este mundo, que únicamente importa el sentido que le dimos a nuestra vida. Ahora vivo en un mundo autista en el cual sólo importa mi felicidad.

Supongo que haber sido despreciada por tantos otros desde niña —o de haberlo creído, pues al final se confunden los odios ajenos con los propios— también me otorga una ventaja, al no tener que regalarle a mi corazón el suplicio de convertirse en un cementerio de amigos idos. Y es irónico: tanto temerles a las burlas discriminatorias, tanto sufrir por sentirme invisibilizada, tanto dolerme porque me negaran su amistad aquellos que en algún momento creí importantes para, al final de los días, enfrentar la noticia de que no puede haber mayor placer que el simple hecho de saberme aceptada por mí misma.

Para mi fortuna, el libro sobre Gárgola ha tenido buenas críticas y ha sido un éxito en ventas. Derivó en una saga de la que ya hemos publicado siete historias. No he escrito otras más porque últimamente invierto buena parte de mi tiempo en contestar los cientos de mensajes que a diario mi perro recibe en @Gárgola, su cuenta de Twitter, o en subir fotografías a su página de Instagram, que ya suma setenta mil seguidores. En eso se me van los días: en contestar la correspondencia de otros amigos igual de solitarios que, para evitar saberse solos, escriben averiguando cómo pasa sus días un personaje salido de mis fantasías.

Todo el mundo quiere un final feliz, convencido de que la vida debe ser una telenovela rosa: hasta la gordita Bridget Jones —he repetido esta película un par de veces en mi pequeño televisor— fue desposada por el galán de sus antojos. El final de todas estas ficciones depende del momento en el que decide terminarla su autor, de modo que nunca sabemos qué sucede después.

Si quisiera terminar ahora esta historia, sería suficiente con decir que la vida me sonríe. Cuando siento necesidad de juguetear o de arruncharme, me basta con escuchar a mi lado la respiración de Gárgola, al que cuido más que a mí misma con tal de no volver a sentirme vacía. Y esto no lo digo con resignación. Resignación sería tener a mi lado a un hombre sólo porque otros dicen que para ser feliz debo compartir mi soledad con alguno. Hay quienes, en lugar de mascotas, alimentan odios. Yo prefiero a mi lado la alegría de mi perro, que me hace sentir como si fuera la más hermosa de todas, como si fuera su diosa, como si fuera lo único valioso sobre la faz de la Tierra.

Me aterra pensar en lo que sucederá conmigo el día que él muera, aunque ya sé que su muerte significará tan solo que su cuerpo no seguirá a mi lado, pues me quedarán sus recuerdos, su amistad, la felicidad que me ha regalado todos estos años sin siquiera proponérselo, sin juzgarme, sin preocuparse de si soy bonita o fea, sin decirme que me quiere sólo si soy como él quisiera que fuera o sólo si hago, "para demostrarle mi amor", lo que él quisiera que yo hiciera.

Es decir, la felicidad que me ha dado por quererme como soy…

Los años me han enseñado que no hay nada más hermoso sobre la Tierra que enamorarse y, aun así, ser libre. Mi amante pintor con frecuencia me visita pero, en lugar de tener sexo, prefiero extenderme con él conversando a lo largo de muchas horas. Y cantando. Canto todo el día. Canto y soy feliz cuando canto.

29.

Non me ne frega[5] mi pasado "putanesco" ni me arrepiento de lo que hice. Que nadie crea que suplicaré perdón por mis "pecados". *Non, rien de rien, non, je ne regrette rien. Ni le bien qu'on m'a fait*

ça m'est bien egal. No me arrepiento de nada, como dice la canción. Lo que hice fue mi decisión. Si a los demás no les preocupó hacerme a un lado por mi belleza diferente, ¿por qué debo disculparme con ellos por mi dolor?

Tengo un mantra propio: "Hagas lo que hagas y digas lo que digas, hay gente que nunca te va a amar". No se trata de ser o no monedita de oro: cada quien tiene derecho a sus propias antipatías.

Sin embargo, lo dije atrás, como puso Víctor Hugo en boca de Mario al escribir *Los miserables*, "Hay un dolor que no se va". Se trata de una refriega que no sé cómo explicar, algo que me lleva a creer que dentro de mí hay una tumba abierta a la espera de un cadáver.

Quizás por eso, y sólo por eso, cuando visito Bogotá me gusta perderme por entre los pasillos de alguno de esos sitios que antes frecuentaba. Sólo que ahora ya no cobro por hacerlo pues, cada día lo tengo más claro, "La vida que uno se inventa para uno mismo al final termina siendo la única cierta".

Somos ficción. Algunas veces ese personaje es consciente; otros, nunca descubren la mentira en la que viven y, para lograr sobrevivir, creen de sí mismos lo que más les conviene. La nona decía que en mis primeros meses de vida era idéntica a mi mamá. Llega un momento de la vida en el que uno se convierte en su pasado. Quizás por eso, y con la llegada de los años, cada vez que me veo en el espejo —sí, hay espejos en mi nueva casa— recuerdo en mi cara sus mismas facciones, hasta el punto de que, en ocasiones, me encuentro una palidez muy parecida a la de una santa de yeso.

30.

A propósito, si me ves por la calle llámame Gema… Igual al seudónimo con el que firmo los libros de Gárgola: Gema Almendrales. ¿Acaso mi esencia no es tan bella como una esmeralda, como un diamante, como un zafiro, como un rubí?

O mejor habría que decir, parafraseando a Jane Eyre: "No soy una belleza. Soy Gema Almendrales".

No apto para espíritus sensibles

“El ser humano es el único animal que
se odia a sí mismo”.

KURESHI

“Hagas lo que hagas y pienses lo que pienses
de una cosa puedes estar seguro:
siempre estás jodido.
Ahora, mañana, la otra semana
y al año siguiente, hasta
el fin de los tiempos.
Jodido”.

JACKY VANMARSENILLE, *Bullhead*

Antes que nada quiero que sepas que soy drogadicto. No preguntes qué consumo. No es que tenga reparos en contarlo, sólo que ahora no me animo a hablar de eso. Hace apenas un par de años era acuerpado, e incluso hubo un tiempo, cuando dejé de hacer deporte, en que me salió barriguita… Ahora más tarde podemos entrar a mi Facebook… ¿Tienes internet? Hace rato no reviso el mío, aunque ya nadie me escribe. He perdido a todos mis amigos, el único familiar con quien hablo es papá y él no les jala a estos avances tecnológicos. Si quieres ahora te muestro fotos de cómo era cuando pesaba setenta y cuatro kilos. Ahora estoy en cincuenta y nueve, pero hay veces en que he llegado a estar más flaco. Es que con la droga no me da hambre. Puedo pasar tres o cuatro días sin dormir y muchos más sin probar bocado. Me basta mi dosis diaria de vicio, porque desde hace un tiempo todos los días tengo que consumir dos o tres veces, o muchas más, todo depende de la ansiedad, de lo que me pida el cuerpo.

Aunque en realidad todo está en la mente.

No creas que esas cosas no las sé. Conozco el discurso completo. Papá me lo restriega en la cara cada vez que peleamos, que es casi a diario desde que sabe que ando en éstas. A veces la relación entre ambos puede ser como un bloque de hielo. Entonces me voy de casa cuatro, cinco, ocho días, un mes entero. Me largo y me encierro por ahí, dependiendo de la plata que tenga o de la que consiga. Me duele saber que él se mortifica por saber en las que ando, pero me duele más ser consciente de la ruina a la que he llevado mi vida en estos últimos años.

pero, es que

por más que lo intento…

Y lo he intentado varias veces,

¿sabes?

he estado con profesionales que han podido ayudarme,

y no es que no quiera que me ayuden

sólo que…

Ahora sólo creo en el poder que me da la droga.

Lo que pasa es que los drogadictos somos muy manipuladores. Todo el tiempo le mentimos a todo el mundo, no tanto para justificar lo que hacemos, que es lo que menos interesa, sino para conseguir dinero para poder continuar en el mismo desenfreno. Eso es todo lo que nos importa. Meternos en una burbuja para no tener que pensar en este mundo de mierda. Si estoy contigo ahora y luego con alguien más, si trabajo al lado de papá, cualquier cosa que haga, lo único que tengo en mente son las ganas de volver a meter droga, no importa que apenas hayan pasado diez minutos desde la última vez que lo hice. ¿Cuántas veces al día dicen que los hombres pensamos en sexo? Una vez leí que eran muchas. Muchísimas. Algunos, por ejemplo, le gastan al tema ¡hasta la friolera de trescientas ochenta y ocho veces al día!, en tanto que a las mujeres sólo les quita diez de sus pensamientos diarios.

Pues bien, yo pienso en droga más que en sexo. Por cada vez que pienso en estar con alguien se me ocurren otras diez razones para drogarme. Soy como los perros, que andan a toda hora pendientes de la comida. Olfatean aquí o persiguen la estela de una orina más allá, pero siempre con la meta puesta en lo mismo, así hayan acabado de comer y sientan el estómago indigesto, como cuando uno almuerza con bandeja paisa. No importa. La mente de ellos está en lo mismo, comida, comida, comida, siempre olisqueando en busca de comida. Así soy yo de obsesivo. Todo lo que hago, a lo que

aspiro incluso en mis sueños, es a la próxima vez que meta droga.

¿Tienes una pipa o algo donde pueda consumir?

¿No te molesta si armo una mientras te hablo?

No creas,

a mí me da vergüenza pedirte esto… Recién nos conocemos y yo ya me tomo estas confianzas. Lo peor es que ya verás que siempre soy así. Me he vuelto muy conchudo. Antes era un pelao muy tímido, superetraído. Eso que llaman "escrupuloso". Pero ahora no me da pena. Tampoco me avergüenza saber que no te tengo confianza como para hacer esto delante de ti, pero es que ya llevo mucho tiempo sin probar y esto es algo que me puede más, que está por encima de mis propios pudores.

Eso sí, nunca consumo con otros drogos. Me gusta comprar lo mío y largarme por ahí, a un hotelucho de mala muerte o a cualquier sombra donde pueda encerrarme sin que me vean. Me da recato, no creas que no… No nací ni me crie en la calle, papá no es millonario sino eso que llaman "gente de bien", o sea, está relacionado con familias de turmequé. Estudié en el San Bartolo, ese que queda por la carrera 5, a un paso del parque Nacional. Es un muy buen colegio, bilingüe y todo; luego hice un curso de Sistemas en el sena mientras decidía a qué dedicarme; mi papá hizo un esfuerzo luego para apoyar mi paso por la Javeriana. Sí: aquí donde me ves, estudié con curas. Si la suerte hubiera estado de mi lado estaría en otro lugar, produciendo billete en vez de intentar esquilmarle lo suyo al resto del mundo.

Pero no te hablaba de eso, no creas que pierdo el hilo con facilidad.

Te decía que consumo solo porque soy muy tacaño para compartir lo que tengo. Hace rato aprendí que cualquier drogo al que uno lo invite a algo, así sea mínimo, después se te pega como perro al que le das comida en sólo una ocasión. O mejor, como un chinche. Si lo haces, digo, si compartes tu droga con alguien, él cree que en adelante será igual y te buscará y te seguirá y su mirada te escudriñará peor que la de un perro.

¿Te gustan los perros? Si pudiera, me compraría ahora mismo

un bandog, que es un cruce de fila brasilero con mastín napolitano. Son bravísimos. No tendría jamás un perro de carácter afeminado o cobarde, sino que me haría con el más asesino de todos. Ya sabes, para que me defienda y no me vuelva a pasar lo que me pasó. ¿Los conoces? Yo solo he visto dos acá en Bogotá. Tienen una cara que parece el diablo, por eso me encantan, porque con uno de ellos a mi lado podría meterme al Bronx sin temor a que me pase algo. Además de lo cruel que en el pasado fue el destino conmigo, en el Bronx ya me han apuñaleado cuatro veces, una de ellas por la espalda, que me perforó un pulmón, un riñón y no sé qué más cosas, y como las costillas les impedían hacer su trabajo, los médicos tuvieron que abrirme por el frente esta brecha que parece el río Magdalena. ¿Quieres que te muestre? No, mejor no.

¿Sabes? No quiero hablar de eso. Mejor te cuento de…

Di algo, por favor… No me gusta el silencio.

Me siento solo

… A los niños de hoy deberían enseñarles principios, ¿sabes de qué hablo? Yo sí creo que a los niños hay que enseñarles principios, decirles que es malo robar, o que matar es lo peor del mundo, no sé, cosas de ese tipo que los niños de hoy no saben porque nadie se las dice. Y hay que decírselas con voz fuerte para que sepan desde temprano que la vida no es un juego y que, con los años, cada vez hay menos posibilidades de que mejore. Yo a mi hija le hablaba de estas cosas, le decía lo que es bueno o malo, como hacía mi mamá conmigo antes de dejarnos.

Yo tengo una niña, ¿sabes? Ahora mismo tiene nueve años. Vive en Argentina, con su mamá. No quería que se fuera. Cuando ella nació, yo todavía no andaba en éstas. Éramos una familia feliz de lo más común y corriente, hasta que me envicié y su mamá me abandonó. Un día mi exmujer se apareció por allá, en la casa de mi papá donde vivo ahora, con la historia de que tenía un novio argentino y se iba con él a vivir a La Plata. “Firme acá”, me mostró un papel. “¿Qué es eso?”, le pregunté. Me contestó que era mi autorización para que la niña pudiera salir del país. Me negué. Dos,

tres, cuatro meses le escurrí el bulto. Me llamaba a insultarme, me gritaba, mi papá insistía en que lo mejor era que lo hiciera. Yo no quería quedarme solo. Si la dejaba ir —a la niña, digo—, ya no tendría nada más realmente mío, alguien para abrazar, alguien que me diera fuerzas para dejar esto atrás. Me decía esas mentiras todos los días, cuando en realidad a duras penas veía a la niña en una que otra ocasión.

Una tarde que estaban en el parque cerca de donde vivían (yo siempre iba y las espiaba sin que notaran mi presencia. A veces lloraba por todo lo que me estaba perdiendo) me armé de valor y me acerqué a hablarle a mi niña.

Se llama Violeta,

¿ya te lo había dicho? Violeta es una flor que me gusta mucho. También me gustan las hortensias, las veraneras, los anturios morados y todo lo de ese color desde que supe que significa ambición, como los obispos, que lo visten hasta cuando triunfan y, presuntuosos, pasan a ataviarse con el rojo sangre de los cardenales.

Al principio, cuando me vio, Violeta puso una mirada toda extraña, como si no me conociera. Hacía menos de un mes había estado con ella y ahora hacía como si no me reconociera. Sin embargo, se acercó cuando oyó mi voz. "¿Qué te pasa, papito? Estás enfermo?", me preguntó y se puso a llorar.

Le dije que no y salí corriendo.

Esa tarde en el espejo me vi más flaco y cansado y ojeroso y más sudado que nunca. Ya no era el tipo buenmozo que seducía sólo con el color de mis ojos. ¿Sí ves lo azules que son? Los ojos siguen intactos, pero este cuerpo, ah, si vieras… Si vieras cómo era de fuerte cuando practicaba deporte.

Aquella fue la campanada de alerta, el alto a la gloria:

Esa misma noche le firmé la carta a mi exmujer para que ambas se pudieran ir a la Argentina. No soportaba la idea de que mi niña me volviera a ver así, tan poca cosa, tan vuelto napia, tan hediondo a esta miseria.

Lloré mientras oía música en el computador de papá.

Estoy a punto de emprender un viaje

con rumbo hacia lo desconocido
no sé si algún día vuelva a verte
no es fácil aceptar haber perdido.
Por más que suplique, no me abandones
dijiste no soy yo es el destino
y entonces entendí que aunque te amaba
tenia que elegir otro camino.
De qué me sirve la vida si no la vivo contigo
de qué me sirve la esperanza si es lo último que muere
y sin ti ya la he perdido.

¿Has oído a Camila? Es un grupo de mexicanos que me gusta mucho porque las letras de sus canciones son así, de esas que ponen a pensar, como si alguien del grupo —quizás el que la escribió— hubiera pasado por lo mismo que estaba pasando yo. Al menos así las siento. Más tarde te canto una que me parece la mejor de todas porque la siento muy mía. Es más, te la canto de una vez aunque… No, mejor no, que me pongo triste por pensar en Violeta y apenas nos estamos conociendo y estoy contento de estar contigo, así que mejor hablemos de otra cosa.

¿Estoy muy lorudo?

Hay gente a la que le molesta que le dé tanta lora, pero si me vas a conocer es bueno que sepas que soy así de intenso sólo antes de consumir… Me da la habladera y este no poder quedarme quieto en un mismo lugar, ¿sí ves que tengo que caminar y moverme todo el tiempo? Es que el cuerpo comienza pida que pida y por más que me haga el loco,

¿ya te dije que todo está en la mente?

Ese es el problema, porque el cuerpo lo puedo controlar, puedo amarrarme a una silla, por ejemplo, y quedarme quieto de una vez por todas, pero ese no es el meollo del problema, pues desde arriba sigo recibiendo la orden de que ha llegado la hora, de que ya no puedo evitar por más tiempo lo que…

¿Tienes un tapita de esas de Coca-Cola o algo que se le parezca?

¡Hmmm!

¿No tienes?

Tiene que haber algo parecido en esta casa.

¿Cómo así que no tomas Coca-Cola?
Es la primera casa que conozco en la que no se toma Coca-Cola…

Bueno, en la mía tampoco había en mis tiempos de deportista, pero esa es otra vaina que no viene ahora al caso. Puede ser la tapa de otra gaseosa, lo que necesito no es la gaseosa sino la tapa, una así, de ese tamaño, como la de una Coca-Cola. También necesito un lapicero. Debe haber un Kilométrico en esta casa, busca bien, seguro que hay uno, en todas las casas de este país siempre hay al menos un Kilométrico, aunque lo que necesito no es el lapicero sino, también, su tapita; ¿no habrá una de esas por ahí? Busca bien, por favor, para no tener que salir a esta hora. Son casi las cinco de la mañana. Hoy domingo, en esta ciudad, es más fácil comprar heroína que un Kilométrico. Igual, soy capaz de caminar los cuarenta minutos que demoramos en llegar hasta aquí con tal de conseguir la tapa de un Kilométrico.
¿Papel celofán?

Ah, al menos ya comienzan a aparecer las cosas. No necesito mucho, con un tris me basta. El suficiente como para tapar la tapa de Coca-Cola que no aparece.

¿Y un cauchito? Necesito uno pequeño también. Debe haber por ahí, quizá en la basura porque veo que esas flores son frescas y esas vienen amarradas con un caucho.

Si no hay caucho me sirve un condón.

Ah, claro, de esos sí sobran, ¿no?

Pásame uno y lo voy cortando mientras me consigues una aguja.

¿Cómo que no hay agujas en esta casa?

¿Un alfiler?

¿Una puntilla?

¿La punta de un tornillo delgado?

Cualquier cosa que tenga punta me sirve…

¡No puede ser!

En esta casa no hay nada de lo que hay en una casa cualquiera. Toda esa sala adornada con arte y antigüedades que deben valer una fortuna y careces de lo básico para sobrevivir. ¿Qué tipo de persona eres tú? ¿A qué sitio he venido a parar?

Es la primera vez que me pasa.

Bueno, bueno, sí, disculpa, ya bajo la voz, aunque no entiendo para qué si no tienes vecinos. Esta casa está en la mitad de un potrero, ¿quién puede escuchar mis gritos? Perdona, perdóname, tienes razón, es que me desespera si no meto droga a tiempo. Ya sabes, el síndrome de abstinencia, el síndrome de abstinencia.

¡Perdón! ¿Sí?…

¿Perdón?

Ayúdame entonces a armar esto. Tendrás al menos un destornillador pequeño, de esos de estría… No, ese no. Aquel de allá al fondo de la gaveta, por ejemplo, déjame ver… Sí, éste sirve. ¿Y esa tapita de allá de qué es? ¡Gotas para ojos! Tú ves muy bien, no importa que se pierdan, pero esta tapa me sirve. Ah, además está vacío el Frasquito. ¿Puedo tomar la tapita? Gracias, me sirve, y, mira, esa tapa de aquel esfero, no importa que no sea Kilométrico, aunque habría sido ideal haber conseguido un Kilométrico.

No importa, esa también me sirve.

Mientras armo esto, por favor no me mires. No creas que me sentí cómodo hace un rato cuando me inyecté en el lagrimal la heroína que quedaba. No me mires, ponte a ver la tele, haz otra cosa mientras te hablo. Me avergüenza que veas cómo hago esto, ya te dije que soy un tipo conchudo, capaz de cualquier cosa con tal de consumir mi vicio, pero eso no significa que no me avergüence. Eso sí, no me juzgues, si algo no soporto de la gente es que me juzgue. No necesito que nadie me diga lo que ya yo sé. Con toda la perorata que me echa mi papá cada vez que no vuelvo a la casa en tantos días y él se sospecha que ando en lo que no le gusta que ande, con todo eso que me dice, más lo que yo mismo ya sé…

No creas que esto es tan así, que fue que tú y que yo y que los demás y que amén, no; yo sé el daño que me hago, pero también sé que no puedo vivir sin esto. Es más fuerte, mi mente me domina porque ¿ya te dije que todo está en la mente? No es el cuerpo el que pide más y más vicio, es la mente la que lo lleva a uno a hacer lo que uno sabe que no debe hacer.

Ahora sí, está listo esto.

No puedes decir que no soy un mago para armar pipas, ¿eh? Mira qué linda quedó.

Ahora no te asustes, no voy a hacer nada extraño. No soy de esos que se ponen agresivos cuando consumen, o a los que les da por hacer oooo, uuuu, uuu, así, como si fueran simios golpeándose el pecho. Conozco a varios de esos. Una vez casi me doy con uno porque es que a mí eso me asusta, que hagan así como en trance yogui. Yo necesito relax, un sitio en el que me sienta tranquilo, donde sepa que no me va a pasar nada. Ni siquiera me pongo paranoico, ya lo vas a ver; es más, ni siquiera te vas a dar cuenta de que estoy embazucado, así de tranquilo voy a estar porque tú me produces mucha confianza; me siento, no sé…

¿cómodo?

Lo que sí me va a dar pena es que tan pronto aspiro me dan ganas de eructar. Bueno, primero me dan ganas de hacer del

cuerpo, porque esto me revuelca el estómago,

¿no te molesta?

¿Me perdonas?

Tú debes ser familiar de Job porque me tienes una paciencia,

Je, je, je.

Sé que no es nada agradable, dame un minuto. ¿Puedo echar el humo por la ventana? No huele a nada. Igual, no hay vecinos en diez kilómetros a la redonda. ¿Cómo se abre la ventana? Ah, entonces de una… uuuUUUUF… uuuuuu. Cof, cof. ¿Viste? Eso era todo. Ahora necesito diez minutos hasta el próximo pase, con esto que compré; uy, jueputa, cómo está de bueno, se nota que es bien puro. Y eso que me costó tan sólo tres mil quinientos pesos en el parque de Lourdes.

Cof, cof.

Espera un minuto y voy al baño. ¿Puedo usar el tuyo? No, prefiero el de visitas, que está más lejos del cuarto; ya sabes, por si las tripas hacen ruido…

… Ya vengo

Ahora sí, qué bueno está esto. No me mires así que no me gusta.

(Eructo).

Ya te había dicho que esto iba a pasar, ¿me puedo desnudar? Me gusta tocarme las güevitas mientras disfruto este momento. Una vez en ese sitio en el que nos conocimos… ¿El Infierno es que se llama? Ya sabes, al que siempre van putas y los tipos se les echan encima sin importar si se trata del salón del bar o de una habitación con la puerta abierta. A los drogos nos encanta la pornografía porque siempre andamos arrechos pero nunca tenemos con quién tirar, de modo que nos toca echar mano… de la mano.

Una vez llegué allá —te decía— y había varios tipos alrededor de una vieja. Estaba rebuena, ya sabes que me encantan las mujeres así, jovencitas… Hey, a propósito, ¿tienes una peli porno? Me

encanta ver porno mientras estoy así, pero de colegialas, no me gustan ni las maduras ni las tetonas que parecen mujeres de traquetos, sino así, como de uniforme, pelaítas de trencitas, como eran mis amigasen la cuadra…

… De esas. Esa está bien, esa me gusta. Déjala correr.

Te contaba que ese día fui a ese lugar y había una puta, una pelaíta delgada, se la agarraba al tiempo como a cuatro o cinco tipos que la rodeaban en plena pista de baile. Había *full* gente bailando, el sitio estaba casi lleno, y esta vieja en la mitad de ellos agarrándole lo suyo a cada uno de estos manes. Yo llegué y me la saqué y tan pronto me puso la mano ya no quiso soltarla, la apretaba así con fuerza, como con ansias, y cuando dijo que era la verga más grande que nunca antes había visto —"Esta vaina tiene la mitad del tamaño de mi niño cuando nació", fueron sus palabras exactas—, a mí se me infló el pecho delante de aquellos hombres, me sentí poderoso, como debió de sentirse Arturo cuando Merlín lo armó caballero colocando sobre su hombro la punta de Excalibur; y ella me echó otro piropo, dijo que era más grande de lo que había imaginado al verme tan flaquito, y claro, como yo apenas mido uno sesenta y tres y a pesar de que todos los demás eran muchísimo más altos, me sentí más grande que todos ellos; uy, no te imaginas lo que pensaba por dentro, como tocando el cielo en la punta más alta del Everest… Creo que me sonreí así, como con picardía, como pelaíto feliz estrenando balón…

Y no te creas, tampoco era la primera vez que me pasaba algo así. Alguna vez, mientras la sostenía en la mano en otro antro igual a El Infierno, una alguien se me acercó con los ojos todos despepitados y me preguntó entre carcajadas de timidez: "¿Cuánto pesa tu compañera?"… Hmmm… ¿Cuánto pesa mi compañera? Sabía que mi capacidad de querer mide exactamente 29 centímetros, pero esta vieja me tomó por sorpresa. Al día siguiente fui a una fama y reuní suficiente cantidad de carne con su misma forma y tamaño para no quedarme con las ganas de conocer la respuesta. La balanza arrojó la cifra de 897 gramos, casi un kilo, ¿eh?

Pero sigamos con lo que te contaba de aquella vieja que pajeaba a varios al mismo tiempo aquella vez en El Infierno. Entonces se agachó a mamármela, se la llevó a la boca y de una se la sacó y escupió y se metió la mano a la boca tratando de sacarse la saliva que ya se le había pasado mientras gritaba "Esta vaina sabe inmundo, ¿es que nunca se la lava?". Y yo me sentí de lo peor. Pasé de estar encima de las nubes a querer esconderme en el hueco más profundo. Ya no fui capaz de verle la cara a nadie, me la guardé y salí de allí porque me dio vergüenza, así que corrí a la calle y en medio de la lluvia me encontré con mi esencia sabiendo que, en lo que a mí respecta, desde que ando en éstas en este mundo somos sólo yo y mi abultada compañera.

Y no es que estuviera sucio, o porque de veras no me la lavara. Me baño todos los días, a veces hasta dos veces, pero es que por más que me jabono no logro sacarme ese olor. Es que la droga me impregna todo. La exudo por todas partes, por cada poro, por cada uno de mis cabellos, por todas partes huelo a ella, pero sobre todo allá, porque me la agarro después de haber preparado la pipa y también después de haber fumado, y claro, por allí también sale ese olor, ¡y eso que estoy circuncidado!, porque cuando no es así el olor se esconde ahí para siempre y no hay modo de sacarlo ya nunca más. Eso fue lo que pasó ese día que me sabía, como me sabe siempre, a bazuco.

Pero no hablemos de eso, que me pongo tenso; más bien espera y me meto otro pasecito que esto está realmente muy fuerte, así como me gusta. Si quieres te cuento cómo comenzó todo esto, porque esto de la droga es nuevo, de hace menos de un par de años. Puedo hablarte… y créeme que esto no se lo he contado a mucha gente, y menos a mi papá, pero hay algo en ti que me da confianza, tranquilidad. Pero no, mejor no te cuento nada de eso por ahora… ¿O si?

Es que me violaron tres tipos una vez en
La Calera, hace ya muchos años, cuando

tenía dieciocho.

A ver,
si ahora tengo treinta y siete, o sea,

hmmm,

hace casi veinte años de eso.

Pero no, ¿sabes? Mejor de eso no hablemos porque es que yo tenía unas metas muy encumbradas. Después de eso, digo, tanto me dolió, eso fue muy duro porque no es tanto el dolor físico, que eso pasa, sino que uno como hombre, ya sabes, que otros tres tipos crean que pueden hacer contigo lo que quieran…

Con el tiempo lo superé, repitiéndome que tenía que ser berraco, que había que echar pa'lante, que no me podía quedar en esa vergüenza. Fue cuando —al tiempo que asistía a la universidad— me metí de ciclista, porque yo desde niño siempre he sido un macho para los deportes, lo que pasa es que ahora me ves las piernas así de flaquiticas y las nalguitas tan escuchimizadas como las de los hombres después de que han cumplido cincuenta años. Es por la droga, pero antes, en el colegio, nadie me atajaba goles,

aunque lo que realmente me gustaba era el ciclismo.

Desde chiquitico, cuando sólo quedamos papá y yo, nos íbamos ambos en la bici los fines de semana por toda esa avenida Suba y luego la ruta de la ciclovía por la Boyacá hasta la avenida El Dorado y hacíamos el trayecto completo, al devolvernos por la autopista y cruzar luego por la 180, eso es un mundo de kilómetros, ¿ves? Casi le dábamos la vuelta completa a Bogotá, y claro, yo tenía un físico pero ni el hijueputa, y después de aquello que te conté, mejor… ¿sabes qué? Dejemos esa parte sólo en lo que dije porque no me animo a hablar más de eso. Lo único bueno fue que me llenó de berraquera y me puse las pilas y comencé a subir a Patios, mirándole la cara al diablo cuando cruzaba por el sitio donde me habían… ¿Sabes cuánto hacía desde la 7 con 85 hasta el mismito Patios? Dieciséis, diecisiete minutos. Era muy bueno para eso.

A veces me iba para Melgar en la mañana y regresaba esa misma tarde. Sólo paraba para comer, ni para ir al baño porque ni ganas me daban, pues sentía que estaba en lo mío y que iba a coronar una meta importante. Ya conoces ese dicho de que uno tiene éxito cuando le pone pasión a lo que le gusta.

O algo así.

¿Sabes por qué unos alcanzan el éxito y otros no?

A veces, cuando ando todo existencialista por la droga, me daño la cabeza preguntándome vainas como si es que acaso el éxito, como la vida misma, hace una especie de selección natural —no pongas esa cara. Hablo de esos rollos darwinianos que nos enseñan en el colé—, al permitir que tan sólo unos cuantos asciendan a la cima, como si, en lugar de talento y ambición, esa vaina sólo se lograra con la obsesión lacerante de quien renuncia a su propio existir.

Es cierto
(ahora que lo pienso mejor),

No es el talento ni la disciplina:

¡Es la obsesión!

Entonces me vinculé a un equipo con patrocinio y todo, porque hay que pensar en grande y nadie ve el cielo con los ojos en el suelo. Por fortuna, me fue bien desde el principio: luego de hacerme varias pruebas de esfuerzo, me encaminaron por donde podía rendir más. ¿Sabes quién estaba conmigo en ese equipo? ¿Sabes quién es Santiago Botero? Bueno, ese man comenzó conmigo. La gente hasta nos encontraba parecidos, nos preguntaban si éramos hermanos, ya sabes, por lo de los ojos claros, ¿no? Pero no… yo soy más pinta, je, je.

Bueno, es cierto: era más pinta. Ahora ya no tanto.

Me volví bien disciplinado y me estaba yendo lo más de bien como escalador. Cuando comencé a jalarle a esa vaina no tenía con qué conseguirme una cicla de hierro con llantas estrechas, pero al ver la berraquera que le estaba poniendo a aquello, papá me sirvió de fiador para un crédito. Ahí fue cuando me compré la-que-tu-cicla, esa sí que era una joyita, divina mi bici profesional, tres millones de tablas me costó, y le saqué jugo como no imaginas… Hasta que me la robaron. Justo un día volviendo de Melgar, unos tipos en un camión me estaban esperando y me la

bajaron como por Chinauta, y yo a duras penas tenía plata para un pasaje. Eso fue tenaz, si vieras todo lo que caminé ese día, lloré como un condenado y, claro, eso me metió en una depre severa. Estuve en esas un mes, dos meses. Al cuarto o quinto —y a pesar de lo difícil que estaba la sitúa económica en ese momento en la casa—, papá me volvió a ayudar porque, para qué, pero él siempre ha estado allí, dándome la mano cuando lo he necesitado. Compré otra, una más modesta, apenas millón cuatrocientos mil pesos. Y otra vez de nuevo dale que dale, que ahora no me ataja nadie porque hay que fallar muchas veces antes de aceptar la caída total.

De nuevo a Patios; otra vez a Melgar, hasta Girardot. Me decía que nadie podría conmigo y cada vez que me montaba en mi caballito de acero me daba ánimos tarareando en la memoria aquella canción de Muse que amé desde la primera vez que la oí.

¿Tú hablas inglés?

Supuse que sí.

Ven y te la canto mientras la buscamos ahora en internet, que ya oíste que hasta buena voz tengo.

Race, life's a race
And I'm gonna win
Yes, I'm gonna win
I'll light the fase
And I'll never lose
And I choose to survive
Whatever it takes
Yes, I am prepared
To stay alive
I won't forgive
Vengeance is mine
And I won't give in
Because I choose to thrive
Yeah Im gonna win[6].

¿Qué tal la megachimba de canción?

¡Es demasiaaaaaaaado!

Mira cómo se me paran los vellitos con sólo cantarla.

Fight, fight, fight, fight, fight

Yes, Im going to win

Porque eso era lo que yo me decía todos los días: a mí nadie me va a ganar, conmigo nadie puede, yo voy pa arriba a como dé lugar que de perdedor no tengo nada; yo elegí sobrevivir sobre cualquier cosa y me voy a vengar de la vida, jueputa, no voy a permitir que nadie se me adelante porque tengo más fuerzas que toda la raza humana.

¡¡¡JUEPUUUUUUUUTAAAAAAAAAAAAAAAAAÜ!

Mira para otro lado que no quiero que me veas chillar.

Volví al equipo y me iba tan bien que ya tenía hasta sueldo todos los meses para dedicarme sólo a eso. Una empresa superreconocida, esa que produce bebida de campeones, era la que nos patrocinaba. Yo estaba decidido a competir en la Vuelta a Colombia. Con terminarla me daba por bien servido, pues hay mucha gente que no es capaz de jalarle a la vuelta completa porque esa vaina es muy dura, ¿sabes? Así le dije a mi papá, que no se hiciera rollo si no la ganaba, que con correrla completa era suficiente para subirme la moral. Quería que mi papá se sintiera orgulloso de mí, que supiera que todo lo que había invertido —en tiempo, en dinero, en creer en su único hijo— no había sido en vano, que yo era un berraquito de quien algún día el mundo entero se enteraría, que había llegado a la cima, que había triunfado…

Yo,

full entusiasmado siempre,

le decía orgulloso que me iba a anotar para correr la Vuelta porque,

And I'll never lose
And I choose to survive
Whatever it takes[7]

La vida nunca avisa cuándo va a golpear de nuevo, pero —como si se complaciera viéndonos sufrir—, de golpe… nos golpea. Por más que uno intente aniquilar el ego, basta habitar un cuerpo humano para que ese cochinito al que llamamos karma se apodere de nuestras culpas.

Conocí a un tipo ahí que también practicaba cicla y a cada momento nos íbamos juntos a Patios. Un día, al volver, me dijo: "Venga, amigo, lo invito una gaseosa". A mí me pareció hasta raro, porque los ciclistas nunca tomamos gaseosa. Con decirte que yo en ese entonces ni sexo tenía, era su-per-dis-ci-pli-na-do. Duré como seis meses sin acostarme con mi nena, y como la niña ya había nacido, me la pasaba entrenando…

y luego, feliz, jugando con ella.

Pero uno no sabe en qué momento la vida se le tuerce. Debí de haberlo sospechado por tanta felicidad. Porque la vida siempre da la vuelta cuando uno está en la cima. Eso también lo aprendí, que esto es como una rueda de Chicago y si en un momento estás en el curubito al minuto siguiente estás de nuevo bien abajo. Y ya ves, cuando mejor estaba, cuando ni siquiera sospechaba que algo malo podía ocurrir en mi vida, o en la de mi familia, apareció este tipo a invitarme a una gaseosa.

Fuimos a su casa, una casa grande. Recuerdo que entramos por el garaje, dejamos las ciclas, y yo sí me pillé que la casa estaba como vacía pero no dije nada. El hombre trajo la gaseosa, y yo ni me la quería tomar porque sabía que me hacía daño. Me dijo: "Ya vengo, espéreme un minuto". Pasaron diez minutos, veinte, media hora. El hombre no volvió. Salí por donde entré y ni polvo de mi cicla. Qué rabia la que me dio. La vecina me dijo que esa casa llevaba más de un año desocupada, que ahí no vivía nadie. Fui muy inocente, un niño ingenuo que creía que la tenía toda, que iba a ser campeón, y nada, no fui más que un pobre güevón que se dejó engatusar

¡dizque por una gaseosa que a la larga ni quería!

Le monté la perseguidora a ese man. Todos los días me la pasaba espíe que espíe a ver si aparecía. Pero nada, nunca más volvió. Como al mes me cansé de vigilar, pero no me pude olvidar del asunto. Y aún faltaba la estocada final: perdí el contrato con la empresa que me patrocinaba. ¿Y ahora de dónde sacaba plata para mantener a mi niña? Se me vino el mundo encima, otra vez en la inmunda. No me quería levantar de la cama.

Estuve así como una semana, sin ganas de pensar ni de comer.

Una tarde se apareció un man por ahí, en un carro que ni te cuento. Yo iba caminando y frenó a mi lado. Me preguntó si necesitaba plata y yo, el más imbécil otra vez, le dije que sí. Me pidió que me subiera. Me llevó lejos de casa y de repente comenzó a agarrarse el paquete. Para no alargar el cuento, el hombre quería que se la mamara. Por supuesto, me negué, me dijo que no importaba, que quería que le mostrara la mía y eso bastaba para pagarme. Tanto insistió el hombre que me la saqué, ¿y para qué fue aquello? Le saltaron los ojos de las cuencas igual a como le sucede a Jerry cuando Tom le hace alguna pilatuna, casi choca el carro, qué arrechera la que se metió, y yo me sentía superasqueroso, no sé ni cómo se me paró, qué vergüenza. El hombre estaba que volaba con sólo mirarme y me preguntó, todo taquicárdico —no podía ni respirar, te lo juro—, que cuánto le cobraba si se la mamaba y le dije que jamás, que yo a eso no le jalaba. Sacó qué fajo de billetes, ni te digo cuánto había ahí, por los quinientos mil pasó hace rato,

Y sólo porque se la mamara.

Marica, eso fue tenaz,

(pero fue que me dejé llevar por la necesidad).

Por fortuna, el tipo se vino rápido y yo me bajé en cualquier lugar de la ciudad, ni recuerdo dónde, pero con el bolsillo repleto. Tomé un taxi y le entregué todo el billete a mi mujer tan pronto entré a la casa. Cuando quiso saber de dónde lo había sacado le dije que no preguntara tanto, que lo que necesitaba era la plata, no saber cómo la había ganado. Eso sí, me lavé la boca con pasta

dental como cien veces seguidas y escupí todo ese asco que sentí con esa vaina ahí adentro.

De ahí en adelante mi vida no fue más que una historia borrascosa que el escritor más truculento jamás podría contar, no por falta de imaginación sino por todo lo inverosímil que podría sonar. Es que nadie se cree esa vaina de que la vida se ensañe así con alguien… Caí en picada, como si se hubiera abierto la puerta de un avión en pleno vuelo: había conseguido la plata para pagar todas las necesidades de la casa pero me sabía el ser más asqueroso del planeta. Vomitaba a cada momento, pensé que estaba enfermo, pero en los análisis de sangre no salió nada malo. Ahí fue cuando supe que todo lo padece el cuerpo pero la que manda es la mente. Cada vez que recordaba lo que había hecho…

—ah, no sé cómo hacer para sacarme eso de la memoria—.

Para colmo, el político ese volvió, no sé cómo supo dónde vivía y con frecuencia pasaba por el frente del edificio en su megacamioneta. Eso lo empeoró todo porque me supe prisionero en mi propia casa.

Un día me fui a tomar una cerveza con un parcero. Fuimos a jugar billar al centro de la ciudad, a la calle 19 con carrera 4. ¿Conoces por allá? Donde antes quedaba el centro comercial Nutabes. Allá estuvimos pasando el rato y la verdad es que me relajé bastante. Tanto, que no fui capaz de negarme cuando me ofreció un pase de bazuco. Me dijo que sólo esa vez, que era mentira que era adictivo, que eso uno lo hacía sólo cuando quería,

Me superó el *spleen*… Otra vez.

Hasta dejé en el billar el suéter que llevaba, y fuimos a un cuchitril a un par de cuadras, una casa vieja de por ahí, un antro de esos. Él compró el bazuco y nos fuimos a un cuarto a meter. Mientras armaba el asunto, yo entré al baño. Parecía que llevaba varios días sin que lo asearan. Una costra de mierda estaba pegada a la taza del inodoro como sangre seca adherida a la piel. Oriné de afán. Con asco. Salí y mi amigo ya estaba en lo suyo. Me dio a

probar. Pasaron varios minutos. Y, ¿sabes qué? Lo que me pegó a esta vaina no fue ni siquiera el placer en sí que produce sino que cuando me cogió la traba, como a los dos minutos, mi amigo me metió la mano al pantalón y me la sacó toda erecta como estaba, porque es que en menos de un segundo se me puso durísima, tan dura que alcancé a pensar que se me iba a partir. Me la dejé mamar, y ese placer que sentí en ese momento es lo que sigo buscando cada vez que meto.

Yo sé que es así.

Es que fue un placer indescriptible, como el primer pajazo que uno se hace, que no se olvida nunca. Es más, a mí me circuncidaron ya mayor, tenía veinte o veintiún años. El frenillo no me bajaba bien y sangraba cada vez que tenía sexo. Con la paja sola ya sangraba. Me operaron entonces, y recuerdo que como al mes me pajié por primera vez, porque la cicatriz duró en sanar y me dolía. La primera noche que se me paró vi al diablo encuero. Hasta se me reventaron varios puntos, no sé. Si quieres ahora te muestro que hasta me quedó una cicatriz por eso.

El caso es que, luego de la circuncisión, cuando me volví a pajear, fue lo más placentero que he hecho en mi vida, lo más la megarrequetechimba que he sentido en mi puta vida. Eso me vine como un minuto seguido y me mojé con semen hasta los pelos de la cabeza. Pero ni siquiera lo de esa vez se puede comparar con la mamada de la primera traba con bazuco. Nunca pensé que algo pudiera ser tan rico.

Siempre queremos volver a aquel instante en que fuimos felices. Por pretender repetir ese placer, a partir de entonces mi vida parece la letra de un *blues*…

Como te dije, no fue la droga lo que me enganchó. Fue el sexo. No entiendo el sexo si antes no he metido droga. Uno y otro están más pegaditos que hermanitos siameses. Comencé a descubrir cada olla donde se conseguía, las mejores horas para comprar, los códigos para acercarme a cada lugar, los precios, los días de la semana en que se consigue más barato; a diferenciar las mezclas en el perico, a reconocer cuando el bazuco está pasado. Pero, sobre todo, aprendí a conocer la calle, a reconocer los olores de la noche, a diferenciar los miedos de la gente, a colarme en los amanecederos

haciéndome amigo de los porteros.

El primer intento por dejar el vicio ocurrió un par de meses después. Comencé a ir a una sede de Alcohólicos Anónimos ubicada en un segundo piso en la 13 con 60, pegada a un banco, creo que de Bogotá o de Colombia, no importa.

Llegué sin hacer mucho ruido, todo tímido, apocado, tratando de no llamar la atención, y me encontré con un grupo de gente que exigió conocer mi condición. "Me llamo Santiago y soy drogadicto", corrí a decir no tanto porque de veras lo quisiera, sino porque es lo que siempre he visto en la televisión. Luego conté cualquier historia, la que me dio la gana, la primera que se me ocurrió. Me asignaron a un compañero para que estuviera pendiente de mí, ya sabes, por si recaía… Fui durante dos, tres, cuatro semanas todos los días que hubo reunión. Al principio me gustaba ir, no tanto por ese rollo de dejar la droga, sino porque me escucharan mi cháchara, por saber de otros que están en lo mismo, por hacerme sentir. Me fui engarzando en el asunto, volviéndome adicto a la compañía de ese pequeño círculo. Ir allí era mejor que deambular solitario por las calles, picando las piedras de mis fracasos sin tener a quién contárselos. Ahí conocí a un actor de televisión, a un señor que sólo hablaba de su pasado familiar, a un político frustrado, a una anciana que presumía que de niña había nadado en lujo y abundancia, a un banquero en bancarrota y a una sardina que me gustaba porque su historia era parecida a la mía.

La china estudiaba en el Externado, creo que Comunicación Social o algo así, y se le dio por meter bazuco porque al novio que tenía le gustaba… o qué sé yo ahora por qué. El caso es que poco a poco se fue enviciando y, por más que —al igual que conmigo— la familia trataba de ayudarla, ella no se dejaba. Salir de esto no tan fácil como la gente piensa. Esta fuerza es muy poderosa. No es cosa de tomar una decisión y, zas, de repente dejas de hacerlo, no… Yo lo he intentado muchas veces, la madre que sí, marica, y lo mismo le pasó a esa chinita. Cuando la conocí, ambos apenas nos iniciábamos en el vicio, pero por alguna razón a ella le pegó más fuerte. Cuando me vine a dar cuenta, ya hasta se había ido de la casa y vivía en la calle de lo que le daba la gente, repitiendo

“Colabóreme con una monedita” por ahí o, qué se yo, rogando el tal “Monito, ¿le cuido el carro?”. Esto es duro, hermano, no crea que no, esto es humillante y uno sabe que toca suelo, que se arrastra hasta lo más profundo de la tierra, que vendría a ser el abismo de Challenger, ya más pa abajo está el infierno, pero es que la vaina esa te puede más, el naufragio te llega al tiempo con maderas carcomidas por toda la sal del mar, y la vida pesa y el dolor cada vez se vuelve más imposible de sobrellevar por saber que la estás cagando pero no puedes hacer nada para levantarte.

Antes de que todo terminara en un funeral, a esta chinita traté de ayudarla cuando vi que le podía más la tragedia que se la llevaba por dentro; ese dolor de saber que la vida te puede arrastrar como uno de esos arroyos barranquilleros que un día mostró un telenoticiero, que todo sucede como cuando uno traga candela… ¿Tú has tragado candela alguna vez?… No, yo tampoco, pero a veces me lo imagino cuando me da gastritis por algún perico mal enrollado y siento cómo se me quema acá la boca del estómago, como si me exprimieran limones en los ojos. No es un ardor, hermano, es candela viva. Y bueno, es la vida. Es fácil decir que uno es el dueño de sus fracasos cuando éstos son ajenos, es fácil pedirles a los demás que vivan su envidia en secreto, que no la escupan al mundo porque sólo a cada quien le pertenece, que toca atragantarse con ella como con uno de esos gargajos verdes que se atorran en la garganta, todo eso es fácil decirlo de dientes para afuera, pero ve y lo haces: ponte en los zapatos del otro e intenta hacerlo a ver hasta dónde llegas.

La cosa estuvo así por un tiempo, esperando la noche de la reunión de Alcohólicos Anónimos donde me dejaba oír, pero acechado siempre por el riesgo de despertar a destiempo en una realidad que ninguno de los que allí iba quería enfrentar.

De tanto escuchar historias de fracasados terminé volviendo al pecado.

Me quedé con la sardinita porque la entendía, porque ella había vivido lo mismo que yo y era lo más de bonita y se ponía toda tiernita cuando nos encerrábamos a meter en algún cuchitril de mala muerte a donde no llegara otro vicioso a quitarnos lo poco que

compartíamos. Y en esas estuvimos un tiempo, acomodándonos a vivir en el filo de una navaja y siendo felices sabiendo que ni siquiera la muerte podría ser peor.

O, mejor,

esperando que viniera por nosotros.

Yo tenía a mi favor que seguía atado al cariño paternal, pues entre idas y venidas nunca he abandonado eso que llaman el lar familiar; bonita esa palabra, ¿cierto? "Lar familiar". La escuché la otra vez y me gustó, a veces la recuerdo porque me hace sentir culto cuando la digo, pero también porque es real, pues —como te decía— nunca dejé de vivir en casa de mi padre, mal que bien, y no era tanto cosa de que yo no fuera capaz de irme a otro lugar sino que, en medio de toda esta miseria, tampoco me creía con los cojones de dejar solo a papá. Él también ha sufrido lo suyo, aunque de eso ahora es mejor no hablar.

Por caminar sobre cuchillas, a esa china, en cambio, el dolor se la fue llevando. De un momento a otro, se fue como desfigurando.

Esa vaina me partió el alma.

No hay nada más contranatural que la compasión. Mira nada más: hasta los animales, salvo los elefantes, abandonan a sus crías cuando están enfermos o viejos… Si ya yo había perdido mis propias esperanzas, ¿qué peor cosa podía hacer que comerme la mierda ajena? No, marica, con la mía ya era suficiente. He dormido demasiadas veces en la calle, tirado en una acera como un vagabundo, cubierto con cartones y mantas pulgosas que ha dejado alguien que nos ha antecedido bajo el firmamento, aterido del frío que se mete en las entrañas en las madrugadas bogotanas.

Así que la dejé, así, de larín larán, nunca más la volví a ver, hice como dicen que uno debería hacer con la droga: lo decidí y pa lante, hermano. De ahí en adelante quedé completamente solo, caminando pa trás como los cangrejos, pero solitario. Ella me buscó, lo sé. Pero no soy apóstol de nadie. Con mi propio inri es suficiente.

Varios meses después supe que la habían encontrado, cosida a puñaladas, en el fondo de la quebrada que pasa junto al parque Nacional. Según me contaron, murió a manos de esas tales bandas de "limpieza social". Ya sabes, gente con principios morales tan enraizados que carecen de sensibilidad para aceptar que alguien pueda ser diferente a ellos.

… Qué hevy, papá, qué hevy la vida que me tocó en suerte, pero ya no sigo dándoles páginas a otras vidas. Que cada quien pellizque lo que pueda, que yo también tengo un miedo

¡¡¡Bruuuuutalü!

¿A qué? No sé. Supongo que a echarme para atrás. A recorrer el camino de regreso. Eso también duele, ¿sabes? Reconocer que uno la cagó. No que la está cagando, porque eso me lo digo a diario. Sino a pararlo todo y decirme ante el espejo "La cagaste y ya no puedes recuperar el daño que te hiciste, ya no puedes volver a ser lo que fuiste, a sentir los placeres de esa forma tan bacana".

¿Sabes?

Me encantó la primera vez que me dio taquicardia.

Y la segunda,

y la tercera
y la cuarta.

Un corazón normal debe bombear entre 60 y 100 pulsaciones por minuto. Cuando se me desbocaba en 120, 150, 160… me sentía vivo. Como si la esperanza se me alborotara, como que eso era la vida, ¿ves? Así era el placer que sentía con las taquicardias, como saber que con un mal paso todo puede terminar de una vez.

Vivir era estar al borde.

Pero de repente ya nunca más me volvió a dar. Como si el corazón, de tanto llevarlo al límite, se terminó amañando.

¿Me prestas el baño? Estoy que me orino hace rato.

Lo que nunca volvió a ser igual fue el sexo con las mujeres. No han dejado de gustarme las chinitas, las adoro, me muero por acostarme con todas las pelaítas que me topo en la calle con uniforme de colegiala, pero ninguna me soporta este asunto de la droga. No he podido levantar viejas desde que ando en éstas. Salvo cuando voy a puteaderos o a sitios como ese donde nos conocimos. Esas son todas las mujeres con las que puedo acostarme: putas feas, viejas, gordas. Nada comparado con las que solía llevarme a la cama cuando estaba en el colegio. Tampoco es que pueda ponerme tan exigente, ¿cierto? Antes era un man repinta y ahora no soy más que una piltrafa.

Las cosas son como son.

Levanto lo que está a la altura de lo que ofrezco.

En cambio, los hombres me llueven por montones, todos igual de solitarios. Gente que está dispuesta a morir por un polvo. Esta es la frase fácil, lo primero que pienso de tantos gais que he conocido en estos últimos años. Es tal la forma como arriesgan la vida, que a veces creo que buscan la muerte, que quieren que los maten, que ya no soportan un instante más de soledad.

Tenía un amigo, por ejemplo.

Se llamaba Salvador Huerga.

Era un psiquiatra retirado, un hombre cercano a los sesenta que vivía en el *penthouse* de uno de esos edificios viejos por los lados del Tequendama. A pesar de que le iba rebién y ganaba buen billete, padecía de soledad, así que le gustaba frecuentar El Infierno porque quedaba a par cuadras de su casa.

O alargaba lo más que podía la jornada laboral y permanecía largo rato en la oficina con tal de llegar a su casa lo más tarde posible en la noche. Qué triste, ¿cierto? Con tremendo apartamento

con vista sobre la sabana de Bogotá; con decirte que desde la ventana de la sala, en mañanas limpias, vi varias veces el Nevado del Ruiz. Y a pesar de poder darse ese lujo, el hombre nunca pudo tener a alguien a su lado. Es que los gais creen que la belleza dura para siempre, y de repente llegan a esa edad y, por andar tire que tire de rumba en rumba, al final se quedan solos, solitos, solitarios.

¿Por qué es tan triste la soledad? ¿Por qué nos convencemos de que sólo estando con alguien la vida se puede disfrutar? Pregunto esto último al recordar que hasta hace un par de años este no era más que un país de campesinos y que en el campo las casas suelen estar distantes unas de otras. Todavía existen muchos que viven así, se encuentran con otros tan solo cuando salen a vender el producto de sus parcelas hasta las veredas. Sin embargo, no se sienten solos. Es la ciudad la que nos lleva a creer que la vida sólo se puede disfrutar cuando uno está acompañado. Por eso, mientras más grandes son las ciudades, más solitarios se sienten sus habitantes. El otro día oí decir en la radio que en Sao Paulo —una ciudad habitada por veinte millones de almas, rodeada de favelas— mata más la soledad que el hambre.

Y este tipo, Salvador, el médico que te menciono, siempre me pedía que le buscara muchachos como yo que, sin ser homosexuales, nos valemos del sexo para sobrevivir. El pelao iba, hacía lo suyo y salía contento con el bolsillo repleto para comprar más vicio. Así pasaban las cosas, de semana en semana. A todos esos gais *perpay* se los conseguía en el Bronx cuando iba a comprar lo mío, precisamente con la plata que me tiraba Salvador. Por hacerle el mandado. Siempre le decía "Si sigues en esas te van a matar". Por eso a veces, para asegurarme de que no ocurriera nada malo, me quedaba a ver televisión en la pieza de al lado mientras él hacía lo suyo. El sabía lo que le podía pasar, pues a varios de sus amigos estos muchachitos los habían mandado al infierno. Pero era igual que yo y no cogía juicio porque el vicio le podía más.

Hasta que recibió lo suyo.

Eso salió en la prensa, en la televisión. En todas partes.

¿Ah? ¿Te acuerdas de él?

Es que el tipo era muy famoso por los casos tan sonados que defendía.

Sí… ese man era amigo mío.

De lo que le conocía, era un hombre culto, inteligente, de buena posición social: en apariencia tenía todo aquello a lo que el común de la humanidad aspira. Eso que llaman "éxito". Por eso, luego de tanto tiempo de su asesinato, todavía me pregunto por qué se dejó matar… ¡Porque estoy seguro de que él se dejó matar!

Y fue muy duro, ¿eh?
Digo, cómo murió.
Las noticias contaron que antes de asesinarlo le sacaron, con toda la sevicia del caso, las diez uñas de los dedos de las manos y las diez uñas de los dedos de ambos pies.

A veces pienso en eso. Imagino su llanto, sus alaridos, todo lo que debió haber sufrido, y me da algo aquí. Se me encoge el corazón, se me cubre con una nube sabiendo que el hombre no era un mal tipo, sino tan sólo un hombre solitario en exceso.

Por eso también creo a veces que, en últimas, si el trauma que lo mortificaba era superior al amor por la vida, ¡qué bueno que lo mataron!… ¡Al menos dejó de sufrir tanto!… A lo mejor ni siquiera lloró. Como él mismo me contó que dijo Cicerón: "Para las almas fuertes, no hay muerte ignominiosa". Y es que, de tanto tratar de pirarse de la soledad, el cuerpo y el espíritu también se cansan. Así que, a pesar del suplicio físico de sentir cómo su asesino le extirpaba las uñas una a una, no dudo de que Salvador haya encarado la muerte con la dignidad que supe admirarle desde que lo conocí. De haber sido así, el asesino —en su brutalidad— quizás nunca entendió que esa víctima sobre la que en ese momento imponía su masculinidad era mucho más varón que él, pues no es la cantidad de hijos engendrados lo que nos hace hombres sino la valentía con la que asumimos nuestro destino.

Él a veces me comentaba sobre este fulano o sobre aquel amigo o conocido a quien mató alguien que había recogido en la calle y había llevado a su casa. Gente como tú, de esa misma edad que tenía Salvador, que me abriste la puerta de esta casa, me trajiste de madrugada sin siquiera saber mi nombre. Y aquí me tienes, contándote mi historia cuando fácilmente podría estar clavándote una puñalada o asfixiándote con una almohada para que logres la felicidad de largarte de una vez por todas de este mundo.

¿No crees que no sé por qué me has traído acá?

Con ustedes los gais aprendí, primero, que el sexo no es lujuria sino compañía. El sexo es apenas el pretexto para matar las horas de soledad, lo cual bien puede suceder en un sauna, en un video, o en un hueco como en el que nos encontramos anoche.

Pero luego, y esto fue lo segundo que aprendí, supe que eso tampoco es cierto. El sexo en realidad es un arma suicida. Todos ustedes, gais como tú, a quienes he conocido en un antro equis y con quienes luego he terminado en su casa, no son más que una parranda de cobardes incapaces de cortarse las venas bajo una ducha de agua tibia luego de tomarse una aspirina o de apurarse las tres cucharadas necesarias de Racumín; de apretar el gatillo contra su cerebro o de descerrajarse el cráneo con una escopeta, como me contó una vez Salvador que hizo un escritor tan famoso que hasta se ganó uno de esos premios que regalan en Estocolmo.

En lugar de eso, agobiados por el dolor desparramado y la agonía de los recuerdos, deambulan por la madrugada buscando el arma homicida, que somos nosotros, gente de la calle, drogadictos… Por eso nos llaman “desechables”. Para eso nos buscan. Para que los matemos. Conozco casos, no solo el de Salvador y el tuyo. Supe también de labios de Salvador, porque a él le gustaba contar esas historias bien sórdidas, de un famoso pintor que en los años ochenta tocaba la gloria con las manos por las pinturas alegres de barcos coloridos y puertos donde siempre rondaba la esperanza. Pero el hombre no era feliz, y llevaba desconocidos a su casa alegando que le alegraban la soledad cuando en realidad lo que él buscaba era que le destazaran el alma. Es que la vida es un acantilado desde el cual, abajo, sólo se divisa toda esa mierda a la que tarde o temprano hay que tirarse sin anteojos y sin

paracaídas.

Hasta que uno se atrevió y lo hizo.

Los periódicos de crónica roja de esos días ganaron millones de pesos contando cómo encontraron, en el entonces muy moderno edificio donde vivía, en el barrio La Alhambra, su cuerpo descuartizado: los brazos por aquí, una pierna más allá, al pecho le faltaban ambas tetillas, a los dedos de las manos les habían arrancado las uñas, el pequeño pene circuncidado yacía en un cenicero sobre la mesita de noche, los cuadros que recién había pintado y que ya ocupaban buena parte de sus paredes estaban bañados toditos de sangre, e incluso un par de ellos estaban tirados sobre el suelo, amarrados unos con otros con el intestino grueso y con el delgado. Pero a pesar de todo esto, se le advertía una expresión de dulzura, de placidez, y una sonrisa que parecía decir "Por fin me largué de este hijueputa mundo".

Historias como esta las he escuchado por montones. Eso que policías y fiscales llaman "crímenes pasionales" —como si asesinato no fuera asesinato; como si matar por amor estuviera justificado— no son la excepción sino la regla. Tiempo atrás, Salvador también me habló de otro famoso crítico de cine —esta vez neoyorquino—, que murió de la misma forma luego de que le aplastaran la cabeza con una sartén de su cocina, y de un escritor en Londres a quien la pareja que había tenido durante diecisiete años le partió la cabeza a martillazos. Y me dijo que lo mismo pasó con un poeta famoso al que mató un *ragazzo* (me gusta esa palabra porque me recuerda que a Salvador le encantaba usarla) al que horas antes se había levantado en una estación de trenes de Roma. Supongo que sabes que al ascenso profesional suele rodearlo el caos personal. Su vida era un páramo frío y desamparado donde reinaba la soledad, pues el hombre nunca logró superar las diferencias con su padre, ni el asesinato de su hermano en una masacre, ni el escándalo por sus preferencias sexuales que hizo que lo expulsaran del Partido Comunista al que le había dado su vida y su prosa pero, en especial, fue incapaz de cerrar las heridas luego de que el hombre al que le había dedicado nueve años de su vida lo abandonara por una mujer. Unos dicen que su asesinato fue político, pero —según decía Salvador, "era un hombre grande y fuerte como para dejarse vencer

por un adolescente debilucho"—, desde que su alma comenzó a deambular solitaria por este mundo de cabrones se dedicó a lo turbio, al sexo fácil y el riesgo constante, "pretendiendo exprimir todo el sabor de la vida, pero en realidad esperanzado en que algún día lo aplastaran en una calle desconocida"; una lectura de la vida parecida a la que el mismo Salvador hacía de la suya.

Quizás un domingo de soledad, igual que hoy.

Todas estas historias me las contó una noche de tragos en su apartamento cuando me dejó ver una película que el hombre había hecho, que si mal no recuerdo se llamaba *Sodoma* o algo así, y hasta me leyó varios poemas en los que el hombre escribió que su homosexualidad era un enemigo que caminaba a su lado. Se dejó matar porque ya no soportaba seguir formando parte de este paisaje hostil donde todo es infierno.

De la misma manera he escuchado historias de muchos gais que se negaron a tomar las medicinas sólo porque desde antes de contraer el virus ya tenían claro que querían dejarse morir de esa enfermedad. Hace poco, para no ir tan lejos, supe de alguien que conocí al que se le reventaron todos los ganglios luego de varios días sin tomarse las pastillas. Dicen que su cuerpo explotó como una bomba de helio de esas que aferran en sus manos los niños que corretean por el parque de Lourdes.

Para lo que ahora nos ocupa, yo vengo a ser como ese maldito virus: tan sólo un arma, la escopeta con la que pretendes descerrajarte el cráneo, el estopín de la granada que eres incapaz de jalar.

¿Crees que no me había dado cuenta de tu desesperación? ¿Crees que no entiendo que, sin modular palabra, me gritas que te mate? Podría hacerlo. Igual, nadie me vio entrar a esta casa. No había vigilantes cuando llegamos anoche luego de que me invitaras a guaro directamente desde el tetrapak en aquel lugar y luego a descorchar una botella de champán en tu mansión. A propósito, qué estilo el tuyo, ¿eh? Lo supe notar. Podría robar la mitad de las antigüedades que hay en tu sala y comprar con eso droga suficiente para varios años.

¿Sabes por qué no lo voy a hacer?

Y no creas que cuando se me adelgaza la voz es porque me dan

ganas de llorar, no, es porque…

¿De veras no sabes por qué no lo voy a hacer?

Porque ese abrazo que me diste allá en aquel lugar no lo había sentido jamás. ¡Qué cosa más tierna! Ni aquella mamada, la vez que probé la droga, me supo tan a gloria como ese mero abrazo de hace un par de horas.

Y para colmo, tan pronto entramos a esta casa me pediste que nos bañáramos juntos…

¿Sabes hace cuánto no entraba a una ducha acompañado de alguien?

¿Hace cuánto alguien no me jabonaba y me acariciaba el cuerpo de esa manera?

Por eso me dejé besar. Eres la primera persona a quien beso en más de dos años. ¿Te diste cuenta de que no quería soltar tu lengua, que me habría encantado seguir mordiendo tus labios hasta el amanecer? Ese placer que acabo de sentir, el de alguien que no sólo me regala su ternura sino que incluso ha tocado con exceso de cariño este cuerpo que a las mujeres les repugna, que ha pasado su lengua por este olor a éter que emana de mi piel, de mis poros, de cada uno de mis cabellos… Por no saber que eso que sientes es amor, me diste todo el que guardabas en apenas unas cuantas horas. Pasé de ser un "desechable" de la calle, a recibir el cariño que a mi propia familia le espanta darme.

No.

El que va morir hoy aquí soy yo.

Si quieres que te mate, primero tendrás que matarme a mí, porque sé que nunca volveré a sentir lo que acabo de vivir bajo esa ducha, esa piel tan cerca de la mía, esa barba refregándose en mi cuerpo, esa ternura… Esa ternura de delfín, de cachorrito recién nacido, que de sólo contemplarlo te revuelve los lacrimales…

¿Qué dices a mi oferta?

¿Cuál de los dos será capaz de empuñar primero ese cuchillo que suavemente, como sin querer queriendo, has dispuesto bajo tu almohada?

ALFONSO SÁNCHEZ BAUTE (Valledupar, Colombia, 1964). s escritor y columnista de *El Heraldo* y *Semana.com*. Es autor de *Al diablo la maldita primavera*, Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá 2002; *¿Sex o no sex?*, crónicas periodísticas enmarcadas en Bogotá; *Líbranos del bien*, novela que traza un paralelo entre las vidas cruzadas de "Simón Trinidad" y "Jorge 40"; de la telenovela para rcn *La luz de mis ojos*; de *¿De dónde flores, si no hay jardín*?, tres relatos sobre violencia urbana en Bogotá; *Nocturno Bogotá*, columnas de opinión publicadas en *El Espectador* entre 2003 y 2006; del libro de ensayos cortos *Las formas del odio*; y de *Leandro*, biografía ficcionada del compositor Leandro Díaz.

Notas

[1] *Cuando voy sólita por la calle, / la gente se para y mira, / y mi belleza / todos admiran, / de la cabeza a los pies*. <<

[2] *Y saboreo, entonces, ese anhelo / sutil que en sus ojos brillan / y la suave evidencia de mostrar / la oculta belleza.* <<

[3] *Toda me envuelve, / y me siento feliz, ¡liviana y feliz*! < <

[4] ¿*Tanto huyes de mí*? < <

[5] No me importa. < <

[6] *Carrera, la vida es una carrera / Y yo voy a ganar / Sí, voy a ganar / Voy a encender la mecha / Y nunca voy a perder! Y elijo sobrevivir! Cueste lo que cueste / Sí, estoy preparado / Para mantenerse con vida / No voy a perdonar !La venganza es mía !Y no voy a dar en ! Debido a que elijo para prosperar ! Si voy a ganar.* < <

[7] *Y nunca perderé / Y escojo sobrevivir I Cueste lo que cueste.*
< <